

Didier Deleule

BORRAR  
LIBROS  
=  
QUEMAR  
LIBROS



*La psicología,  
mito científico*

EDITORIAL ANAGRAMA



# La psicología, mito científico



Didier Deleule

# La psicología, mito científico



EDITORIAL ANAGRAMA  
BARCELONA

*Título de la edición original:*  
La psychologie, mythe scientifique

© Robert Laffont  
París, 1969

*Traducción:*  
Nuria Pérez de Lara y Ramón García

*Maqueta de la colección:*  
Argente y Mumbrú

© EDITORIAL ANAGRAMA  
Calle de la Cruz, 44  
Barcelona - 17

Depósito Legal: B. 18138-1972

GRÁFICAS DIAMANTE, Zamora, 83 - Barcelona

## PRÓLOGO

*«La verdad profunda y precisa es un desideratum de la investigación científica pura».*

(Mario Bunge, *La investigación científica*.)

*«Para el hombre de ciencia, el individuo único es simplemente el punto de intersección de cierto número de variables cuantitativas».*

(H. J. Eysenk, *Estudio científico de la personalidad*).

*«... quiero hacer constar únicamente que los principios básicos del positivismo no pueden alentar otra pretensión que la de ser un programa que emana de unos valores determinados, unidos a una determinada civilización, de tal modo que estos principios son, en consecuencia, tan relativos e históricos, tan ideológicos y estimativos como los principios que hacen depender, por ejemplo, el conocimiento humano del derecho de una revelación divina objetivamente acontecida.»*

(Leszek Kalokowski, *El racionalismo como ideología*).

Y dijo Nietzsche :

*«... ver alguna vez las cosas de otro modo, querer ver-*

*las de otro modo, es una no pequeña disciplina y preparación del intelecto para su futura "objetividad" —entendida esta última no como "contemplación desinteresada" (que, como tal, es un no-concepto y un contrasentido)...»*

*«... guardémonos mejor, por tanto, de la peligrosa y vieja patraña conceptual que ha creado un "sujeto puro del conocimiento, sujeto ajeno a la voluntad, al dolor, al tiempo", guardémonos de los tentáculos de conceptos contradictorios tales como "razón pura", "espiritualidad absoluta", "conocimiento en sí": aquí se nos pide siempre pensar un ojo que de ninguna manera puede ser pensado, un ojo carente en absoluto de toda orientación, en el cual debieran estar entorpecidas y ausentes las fuerzas activas e interpretativas que son, sin embargo, las que hacen que ver sea ver-algo, aquí se nos pide siempre, por tanto, un contrasentido y un no-concepto de ojo.»*

*«Existe únicamente un ver perspectivista, únicamente un "conocer" perspectivista; y cuanto mayor sea el número de afectos a los que permitamos decir su palabra sobre una cosa, cuanto mayor sea el número de ojos, de ojos distintos que sepamos emplear para ver una misma cosa, tanto más completo será nuestro "concepto" de ella, tanto más completa, será nuestra "objetividad". Pero eliminar en absoluto la voluntad, dejar en suspenso la totalidad de los afectos, suponiendo que pudiéramos hacerlo: ¿cómo?, ¿es que no significa esto castrar el intelecto?...»*

*(Friedrich Nietzsche, La genealogía de la moral)*

El libro que aquí presentamos está, como su autor admite, absolutamente «inacabado»: se trata de una pieza dentro de un engranaje cuyo funcionamiento debe ser clarificado mediante la labor de muchos. Diríamos que



podría muy bien ser un interesante capítulo —*el tercero*— dentro de un programa crítico que lo acoge.

*La psicología, mito científico* representa un intento de acercamiento a la zona ideológica que fundamenta el edificio de la psicología moderna. Ahora bien, hay que decir inmediatamente que la existencia de tal zona ideológica es negada por los promotores y funcionarios de la psicología en su deseo de que la disciplina que ellos practican sea considerada como *ciencia* y ellos como *científicos*. Este deseo convierte tal negación en una doble negación: negación de que la psicología esté asentada sobre una zona ideológica y negación del condicionamiento ideológico de la ciencia: la ciencia, se dice, es pura y neutral, no está ideológicamente determinada.

Esta primera consideración nos lleva a plantear la conveniencia de que en el programa crítico aludido se abra un primer capítulo que muestre y demuestre la realidad que de que *la ciencia está ideológicamente determinada*.<sup>1</sup>

La determinación ideológica (juego de ocultación-racionalización) que la ciencia muestra en su repercusión sobre la realidad —en su uso y en su abuso, si se quiere— no debe remitirnos, en mi opinión, a una crítica «desde la ciencia» de tales usos y abusos, sino al cuerpo interno de la ciencia misma que ha asumido el factor ideológico haciéndolo urdimbre propia —red estructural— y convir-

1. Este tema lo he desarrollado extensamente en mis trabajos *Ciencia e ideología* (conferencia pronunciada en la Academia de Ciencias Médicas, Barcelona 1969 y publicada en *Anales de medicina*, Vol. LVI, n.º 1, enero 1970, págs. 121 y ss.) y *La ideologización de la ciencia, fundamento de la alienación* (Universidad Autónoma de Barcelona, San Cugat, 15 de marzo de 1972. Multicopia). En lo que sigue van proposiciones “concentradas” extraídas, en parte, del contexto que propone la segunda de estas conferencias.

tiendo, así, la ciencia en CIENCIA y el método en MÉTODO.<sup>2</sup>

Podemos plantear un momento fundamental de este problema. El sistema (estructura de producción-destrucción) necesita de un instrumento clarificador que le proporcione los datos necesarios para la comprensión del mundo y de lo que en él acaece, necesita saber incluso de

2. En relación con este planteamiento un cierto número de intentos críticos respecto de la ideología científica deben ser, a su vez, calificados de ideológicos. Ideológicos por cuanto tales intentos quedan paralizados en aquel momento en que la crítica debería enfrentarse con su verdadero objetivo: el método mismo, sus categorías y sus implicaciones.

En tales intentos críticos, el que bien pudiera ser calificado de ideólogo de la oposición parece sentir un especial vértigo —en el sentido kierkegaardiano de angustia— que, como toda angustia, le “paraliza” o, si se quiere, le coarta en la posibilidad de acercarse más y más al fondo del problema. Y esto porque acercarse críticamente al fondo del problema de la llamada ideología científica representa, creemos, la destrucción de la base de sustentación sobre la que todos —unos y otros— pisamos, pero que, para los “ideólogos”, además de suelo es alimento que digerir y aire que respirar. (No olvidemos que los ideólogos todos —también los de la oposición— viven en y del sistema; y esto no en un sentido genérico en el que pudiéramos decir de todo hombre que, como ser socializado, vive en un sistema social, sino en el sentido más concreto de que habiendo internalizado las pautas esenciales del modo de vida propuesto por el sistema las acoge como propias ya sin recelo alguno). No es, pues, extraño que el ideólogo de la oposición sienta vértigo, angustia y paralización ante las puertas de la crítica de la ciencia, de la crítica del conocimiento, esto es: ante la posibilidad de irrumpir destructivamente sobre la base de sustentación del sistema mismo. Y es así que nos encontramos frecuentemente con que la llamada crítica de la ciencia se queda en una simple discusión —en el fondo intrascendente— respecto de si la tal ciencia se emplea “en obras de bien o en obras de mal”, concluyendo, por lo general, en ese absurdo vocabulario de “ciencia verdadera” y “pseudociencia”.

Un ejemplo de este proceso lo tenemos en la obra de J. D. Bernal. Este autor, cuya aportación es en muchos aspectos ciertamente interesante, al no situar su mirada crítica en la perspectiva desde la que pudiera llegar a ser crítica de la racionalidad científica, cae continuamente en una discusión en torno a la aplicación de la ciencia y a las “únicas alternativas” de tal aplicación, a saber: “el uso destructivo de la ciencia para la guerra o su uso constructivo para la paz” (ver su obra *Un mundo sin guerra*). Con ello Bernal cae en la escisión que

la contradicción para ocultarla (el conocimiento como posibilidad de dominio)... necesita lo que el instrumento le proporciona y al instrumento mismo. La ciencia —el MÉTODO— es este instrumento *proporcionador de saber*. Y la historia de la ciencia —con arreglo a su función— está implicada esencialmente en ese proceso de clarificación / ocultación, de saber / no-saber. Se necesita de un instrumento lo suficientemente experto como para dar un saber-del-mundo, pero no tanto como para llegar a ser crítico, esto es: un instrumento que distinga entre lo que está fuera y lo que está dentro; un instrumento que sea: *sólo instrumento*, incapaz de incluirse a sí mismo en el saber sobre-el-que-críticamente-hay-que-saber. El método científico es ejemplar en este sentido: lleva ya en sí mismo incluidas la zona de clarificación —lo que está

---

teórica y explícitamente ha negado: la escisión entre ciencia y técnica (ver su obra *Historia social de las ciencias*. Tal caída en la escisión, tal dificultad en la crítica, está íntimamente relacionada con su posición sumisa —acrítica— respecto del proceso de industrialización en la URSS y, en última instancia, respecto de los principios de productividad-autoridad que sustentan tal proceso. En definitiva, Bernal —debido fundamentalmente a su planteamiento “ortodoxo”— no ha desenmascarado lo esencial de aquello que se proponía: “... demostrar que la influencia de las divisiones clasistas ha empapado la ciencia, material e ideológicamente, desde su origen mismo y ha influido sobre su estructura, su desarrollo y su utilización” (*Historia social de la ciencia*, T. II. Subr. mío).

Algo semejante puede decirse de la obra de S. Lilley. Nuevamente, no se llega a la crítica real de la ciencia por ponerse —también aquí— el acento sobre la utilización, sobre el “uso”. Expresivas, a este nivel, son las palabras escritas en 1956 dentro de un capítulo titulado —elocuentemente— “Nuevos poderes para bien o para mal”: “*Lo mismo que el primer arco y la primera flecha pudieron ser usados para aumentar las reservas de alimentos, pero igualmente podían haber sido utilizados para la guerra; lo mismo que la televisión puede ser a la vez una forma de progreso cultural y un soporífero, de igual manera también los efectos de la automatización pueden ser buenos o malos según el uso que hagamos de ella.*” (S. Lilley, *Automatización y progreso social*. Ver también *Hombres, máquinas e historia*).

fuera, lo objetivo— y la zona de ocultación —el método mismo, la ciencia «al servicio de».

Mantener incluida esta doblez (*doble inclusión* —clarificación / ocultación— que es, a su vez y fundamentalmente, inclusión / exclusión) es el momento esencial de la relación ciencia-ideología por ser a un tiempo finalidad de toda ideología científica (planteamiento en «ideas» de la *función* de la ciencia) y categoría eternizada de su método (escisión, comportamiento... división del trabajo)<sup>3</sup>: escisión objetividad / subjetividad, racionalidad / irracionalidad, conciencia/ inconsciente, naturaleza / valores, medios / fines, ciencia / ideología, ciencia / técnica, teoría / práctica. Y sus interminables derivados (mucho más cercanos de lo que pudiera pensarse en una primera aproximación): capitalista / proletario, propietario / asalariado, adaptado / inadaptado, cuerdo / loco, sano / enfermo, padre / hijo, maestro / alumnos, médico / enfermo, explotador / explotado...

La categoría *escisión* hecha método científico —y con ello radicalmente unida a la ideologización de la ciencia— es la expresión más íntima de la reinención, por parte de la ciencia, de la «norma». O más exactamente: la «norma» es precisamente la línea que marca la escisión, el signo de delimitación (/) en la *doble inclusión* científica (inclu-

3. "... lo que parece cierto es que la ciencia, tal como ha sido desarrollada, sólo constituye el extremo remate, sistematizado y tecnificado, de la alienación.

La alienación científica, como la radical alienación real y como todos los demás modos de la alienación ideológica, separa la teoría de la práctica, separando además, en el interior de la teoría científica, los diversos dominios mediante tabiques herméticos. La actividad científica alienada separa igualmente la naturaleza de la historia y la ciencia de la vida. Cortando la totalidad en rebanadas y recor-tándola, según unos puntos de vista cada uno de los cuales se considera el único verdadero, esta alienación se basa en la división del trabajo y en la técnica alienada" (Kostas Axelos, *Marx, pensador de la técnica*).

sión / exclusión, saber / no-saber, clarificación / ocultación, dentro / fuera, excluye / excluido y todas las escisiones derivadas).

Pero entre todas las escisiones dependientes de la *doble inclusión* que define al MÉTODO CIENTÍFICO queremos destacar la que se refiere a la escisión entre los medios y los fines y a la marginación de los valores (y del juicio de valor). Precisamente porque esta escisión (con la consecuente negación de un planteamiento «científico-racional» respecto de cualquier finalidad y concretamente respecto de la finalidad del proceso científico-técnico; y con la consecuente, también, negación de todos los valores y, específicamente, de la racionalidad científica como valor) se muestra como la expresión más clara de esta zona ideológica que la ciencia incluye —y niega— como cuerpo de su *cuerpo metódico*, es por lo que debemos afirmar que la llamada ideología científica —con toda la descomunal fuerza que hoy se nos aparece— no viene determinada desde fuera de la ciencia sino que está sustentada por su misma esencia: el método científico y su razón racionalista.

Iniciados ya en algo de lo que quiere decir el que *la ciencia está ideológicamente determinada* estaríamos en condiciones de proponer, en nuestro programa crítico, la consideración de la ciencia como único mito-alusivo-consentido en el mundo moderno (lugar éste en el que se inserta y hace comprensible la necesidad y el deseo de la psicología de ser considerada como ciencia; Deleule entra ya en esta cuestión).<sup>4</sup>

4. A propósito de este deseo y esta necesidad en otras disciplinas afines —concretamente la psiquiatría— pueden verse mis trabajos “Ideología de la locura y locuras de la ideología” y “Una experiencia frente a la ciencia” en *¿Psiquiatría o Ideología de la locura?* Ed. Anagrama. Col. Cuadernos. Serie Psicología. Barcelona, 1972.

Desenmascarar la doble mixtificación —la suma del mito de la pureza virginal y el mito de la eficacia y el progreso— sobre la que la ciencia se apoya es, sin duda, revolver la ocultación y lo ocultado —y remite, claro está, a los fundamentos ideológicos de la ciencia.

La realización de una tal tarea de desenmascaramiento que tiene, sin duda, sus antecedentes<sup>5</sup> —y que constituye el capítulo segundo de nuestro «programa crítico»— abriría la posibilidad de que los contenidos esenciales de este libro —capítulo tercero del «programa»: La ideología como fundamento de la psicología y de su función— adquiriesen esa perspectiva más amplia a la que ciertamente pertenecen.

Por último, y cerrando nuestro imaginario programa crítico, se debería analizar cuáles serían, en la perspectiva

5. En estos antecedentes debe considerarse como un hito —junto a Marx, junto a Freud— la obra de Nietzsche:

“... la ciencia es hoy un *escondrijo* para toda especie de mal humor, incredulidad, gusano roedor, *despectio sui* (desprecio de sí), mala conciencia —es el *desasosiego* propio de la ausencia de un ideal, el sufrimiento por la *falta* del gran amor, la insuficiencia de una sociedad *involuntaria*. ¡Oh, cuántas cosas no oculta hoy la ciencia! ¡Cuántas debe al menos ocultar! La capacidad de nuestros mejores estudiosos, su irreflexiva laboriosidad, su ebullición: día y noche, incluso su maestría en el oficio —con cuánta frecuencia ocurre que el auténtico sentido de todo eso consiste en cegarse a sí mismo los ojos para no ver algo! La ciencia como medio de estudiarse a sí mismo: *¿conocéis esto?...*” (Freidrich Nietzsche, *La genealogía de la moral*).

“... Nuestra fe en la ciencia reposa siempre sobre una *fe metafísica* —también nosotros los actuales hombres del conocimiento, nosotros los ateos y antimetafísicos, también nosotros extraemos *nuestro* fuego de aquella hoguera encendida por una fe milenaria, que aquella fe cristiana que fue también la fe de Platón, la creencia de que Dios es la verdad, de que la verdad es *divina*... ¿Pero, cómo es esto posible, si precisamente tal cosa se vuelve cada vez más increíble, si ya no hay nada que se revele como divino, salvo el error, la ceguera, la mentira, —si Dios mismo se revela como nuestra *más larga mentira?*” (Idem, *La Gaya Ciencia*.)

a la que nos hemos acogido, los caminos que más posibilidades abren de la psicología y su planteamiento actual. Recordemos, a este propósito, la necesaria impregnación de «valores» de toda actividad de conocimiento: la misma «racionalidad» —principio y fin de la ciencia— es un valor. Ante esta realidad se produce en la práctica una doble alternativa:

a) Desconsiderar el problema de los valores *como si no existiera*.

b) Considerar abiertamente la realidad de la impregnación de los valores.

En el primer caso, el «método» de la actividad de conocimiento —a través de toda una serie de escisiones cuya última finalidad es apartar (exorcizar) el problema de los valores— se convierte en el ocultador máximo, en el momento supremo ideológico. Se tapan, se ocultan, se enmascaran los valores, pero no por ello —claro está— se disuelven. Se impide constantemente que los valores sean criticados y controlados y se está así, siempre, en y a favor de los valores dominantes. (Dentro de la teoría y la práctica psicológicas el conductismo y el neoconductismo serían los momentos-hito de esta «alternativa»).

En el segundo caso la admisión de los valores es un principio posibilitador de su crítica. Tal admisión y tal crítica son las que unen en el fondo, y a mi entender, a Marx, Nietzsche y Freud en una común tarea de *transvaloración de los valores*. Admitidos metodológicamente los valores, se alcanza la perspectiva del valor excluido y desde ella se construye la arquitectónica teórica: Marx «transvalora» acogiéndose a la perspectiva del *proletariado*; Nietzsche acogiéndose a la perspectiva del *superhombre*; y Freud acogiéndose a la perspectiva del *enfermo*

y, en algunas ocasiones fundamentales, a la del *niño*.<sup>6</sup> (Subráyese que *el proletariado, el superhombre, el enfermo y el niño son los cuatro grandes excluidos “desde” los valores dominantes.*)

En esta línea podríamos puntualizar que el momento de máxima validez de la ruptura epistemológica<sup>7</sup> que inaugura la teoría psicoanalítica es, a un tiempo, una *efectiva admisión de los valores, su interpretación*<sup>8</sup> y su *transvaloración*.<sup>9</sup> La «transvaloración» es el *tambaleo* produ-

6. Abstrayendo la cuestión debería decirse que Freud se acoge a la perspectiva del inconsciente ese otro *gran excluido* desde *el valor* de la racionalidad-conciencia.

7. La ruptura a la que nos referimos tiene un doble origen: a) por una parte, el que se refiere a la consideración del cuerpo: “la ruptura que opone el cuerpo biológico al cuerpo fantasmático no es un momento histórico inmediatamente superado que permanece como elemento constitutivo en el proyecto psicoanalítico (...) el campo psicoanalítico se establece definitivamente en oposición al campo biológico y es en esta ruptura en la que nace...” (F. Gantheret, “Remarques sur la place et le statut du corps en psychanalyse” en *Nouvelle Revue de Psychanalyse*, n.º 3, 1971).

b) Por otra parte, la superación de la teoría de la seducción y la admisión del juego del deseo y de la fantasía (Ver S. Freud, *Los orígenes del psicoanálisis* —cartas a W. Fliess).

La importancia de tal “ruptura” queda caricaturizada, en el plano de la vida personal de Freud, en el papel que jugó en la rotura de relaciones con su mejor amigo: W. Fliess —representante de la actitud científica. Tal suceso podría fijarse como símbolo del posterior y casi permanente enfrentamiento entre la “ciencia” y el psicoanálisis (éste sigue siendo “magia” y “pseudociencia” a los ojos de muchos científicos).

8. La dirección de la “ruptura” epistemológica que hemos explicitado en la nota inmediatamente anterior, y que señala claramente hacia *el símbolo y su necesaria interpretación* (véase, entre otros, Paul Ricoeur, *Freud: una interpretación de la cultura*), alcanza su momento de máxima coherencia metodológica con *La interpretación de los sueños* (año 1899).

A tal línea de “ruptura” debe añadirse —como segundo pilar de la teoría psicoanalítica— aquella otra que, centrándose en la disolución alcanza su máxima expresión con *Una teoría sexual* (año 1905). (Ver a este propósito, entre otros, O. Mannoni, *Freud*).

9. “Para poder levantar un santuario *hay que derruir un santuario*: ésta es la ley —¡muéstreme un solo caso en que no se haya cumplido!...” (F. Nietzsche, *La genealogía de la moral*).



cido sobre el signo que escinde y que separa, «mediante una línea», lo incluido de lo que se excluye, el dentro del fuera, el saber del no saber, la razón de la locura... el *tambaleo* de ese poder y de esa violencia que desde la «racionalidad» se ejerce y convierte lo «irracional» en lo definitivamente excluido.

Freud fue, sin duda, promotor ejemplar de ese *tambaleo*: ¿no fue acaso él —instaurando la negación de la negación del Inconsciente— quien contribuyó de manera fundamental en el cambio de perspectiva del pensamiento del siglo XX en el sentido de una crítica profunda de la racionalidad que es siempre conciencia?; ¿no fue Freud —junto con Marx, junto con Nietzsche— quien, al sentar las bases de una nueva interpretación, arrojó luz sobre el signo que escinde posibilitando la crítica de toda ocultación, de toda ideología?; ¿no fue Freud quien disolvió la perspectiva de la norma, quien rompió definitivamente la separación entre la inocencia infantil y la perversión polimorfa, quien demostró sobradamente que el Bien y el Mal se unen en su origen y que uno y otro son simple apariencia?

RAMÓN GARCÍA  
Barcelona, marzo de 1972



Introducir a... es siempre poner en guardia contra... Una introducción no debería consistir nunca en una enumeración más o menos exhaustiva y conjetural de antecedentes o determinantes; no debería nunca proponer «recetas» al uso de... ni «claves para»...

Introducir no es darle al eventual lector el mágico «sésamo» del pensamiento, ni es, tampoco, guardar celosamente el «secreto» que —a cubierto de imposible vulgarización— quedaría mejor guardado en lo no-dicho de un discurso, por otra parte generoso.

Introducir es, en primer lugar, *inquietar*, *poner en cuestión*, en el doble sentido de la expresión: formular la cuestión —preguntar por el sentido mismo de la cuestión, es decir, descubrir su origen.

Introducir es *iniciar*, es decir, tomar el camino de la interrogación y comunicar en primer lugar la necesidad de la interrogación misma.

De lo cual se desprende que introducir no es facilitar la comprensión de la obra, la disciplina o el autor, sino —al contrario— hacer extraña la empresa y, en este sentido, asignarle una *dificultad* que, de entrada, no se percibe. No se introduce a una obra, a una disciplina

o a un texto; se introduce una problemática en la obra, la disciplina o el texto para que aquello a lo que va destinada la introducción aparezca como ajeno a ella. En este sentido, contrariamente a la norma establecida, no se trata en absoluto de ponerse en el lugar de... sino más bien de situarse en ese «otro lugar» —lugar de origen— desde el cual se descubre la aptitud para mejor captar el lugar en el que emerge.

Poner al día la cuestión fundamental que se le debe plantear a la psicología moderna; mostrar cuál es la significación del olvido, hasta hoy, de tal cuestión; introducir, pues, una necesaria dificultad en la disciplina psicológica, es precisamente el objetivo de este libro.

Esta puesta al día, precisémoslo, no concibe la psicología moderna más que en la solidaridad intrínseca de su universo conceptual y de su práctica social. Es decir, que no entra en los propósitos de este ensayo —que se propone revelar el «espíritu» de la psicología moderna— el hacer balance de las investigaciones en psicología o en neuropsiquiatría, en etología animal o en psicolingüística (por no citar más que estas «ramas»), ni tampoco el discutir las «teorías» psicológicas tal como se encuentran desarrolladas, por ejemplo, en los gestaltistas o en los genetistas. En otras palabras, no se trata aquí de una «panorámica» de la psicología moderna y se comprenderá que hayamos querido trabajar en el marco de una lógica de los conceptos más que recorrer todo el campo extensivo de la disciplina, lo cual, evidentemente, formaría parte de un proyecto totalmente distinto.

# Introducción

Las investigaciones sobre las leyes de la adaptación y del aprendizaje, sobre la relación del aprendizaje y las aptitudes, sobre la detección y medida de las aptitudes, sobre las condiciones del rendimiento y la productividad (ya se trate de individuos o de grupos) —investigaciones inseparables de su aplicación a la selección o a la orientación— admiten, todas ellas, un postulado común: la naturaleza del hombre es ser un instrumento, su vocación ser colocado en su puesto, en su tarea.

G. Canguilhem, *Qu'est-ce que la Psychologie?* Revista de Metafísica y Moral, 1958, n.º 1. Reproducido en *Cahiers pour l'Analyse*, 1 y 2, 2.ª edición, p. 91.



## EL FALSO DEBATE DE LO ABSTRACTO Y LO CONCRETO

En 1928, G. Politzer depositaba todas sus esperanzas en el advenimiento de una psicología *concreta* como psicología *positiva*. Definía así sus condiciones de existencia: la psicología debe ser una ciencia a *posteriori* (estudio correcto de un conjunto de hechos); debe ser *original* (estudio de hechos irreductibles a objeto de otras ciencias); debe ser *objetiva* (definir el hecho y el método de tal modo que sean universalmente accesibles y verificables). (Cf. *Critique des fondements de la psychologie*, nueva edición P.U.F. 1967, p. 242). La acción conjunta del psicoanálisis y el conductismo deberá ponerse en el camino de una tal psicología, verdaderamente científica.

En enero de 1929, Politzer deposita su esperanza en la formación de una psicología «funcional» salida del conductismo, no tanto de la obra de Watson como de los trabajos de la «tecnopsicología», es decir de la psicología del trabajo, del oficio, etc., que conducirán con mayor seguridad a una psicología positiva cuando, «liberados de toda influencia de la psicología mitológica, hayan tomado una plena conciencia de sí mismas» (Cf. *La fin d'une parade philosophique: le Bergsonisme*, nueva edición, «libertés nouvelles» 3, J. J. Pauvert ed., 1968, pp. 82-83 nota).

En febrero de 1929, en un artículo de la joven «Revue de Psychologie concrète»: *Psychologie mythologique et psychologie scientifique* (Cf. Politzer, *La crise de la psychologie contemporaine*, Ed. Sociales, 1947, pp. 15-86), Politzer distingue claramente dos tradiciones psicológicas: 1) La tradición dramática (la literatura, el teatro, la *Praktische Menschenkenntnis*). 2) La tradición animista (La psicología clásica abstracta y sus sucedáneos en el pensamiento contemporáneo). Es necesario que esta primera tradición —la tradición del conocimiento empírico del hombre— alcance el estado de ciencia. La transformación adecuada pasa, por tanto, por la elaboración científica del material psicológico literario.

En julio de 1929, un nuevo artículo, *Où va la psychologie concrète?* (ibíd. pp. 87-193) se orienta deliberadamente hacia una óptica más marxista: la psicología debe ser «encauzada» dentro de la economía; el determinismo psicológico no es soberano, no actúa si no es dentro de las «redes» del determinismo económico: «La psicología, escribe Politzer, tiene importancia en tanto en cuanto los sucesos humanos son considerados en su relación con el individuo, y no tiene importancia alguna cuando se trata de hechos humanos en sí mismos».<sup>1</sup>

Esta revolución —este giro, incluso— manifiestan hasta qué punto Politzer fue consciente de las dificultades inherentes a la distinción abstracto-concreto y a la elaboración del concepto de «drama». Bruscamente, vamos a parar desde una opción en apariencia perfectamente individualista, a una opción «relacionista», en la exacta

1. Una interesante aportación a este punto se halla en el artículo de Rodolphe Roelens "Une recherche psychologique méconue", la corriente "dramática" desde G. Politzer hasta nuestros días, *La Pensée*, n.º 103, junio 1962, págs. 76-101.



medida en que la explicación psicológica no puede ya ser considerada como explicación última y en que se hace necesario recurrir, en particular, a la economía política, en última instancia «marxista», para restituir al «drama» su verdadera grandeza, así como su verdadera miseria. El análisis completo de los hechos psicológicos no puede más que revelar la pregnancia de esta instancia y es precisamente hasta *ahí* donde el psicólogo debe atreverse a llegar.

En contra de la abstracción de la psicología clásica, que se desinteresaba del individuo singular para no ver en él más que el sujeto de *funciones* estudiadas en general y por ellas mismas, Politzer elabora la noción polémica de «drama»; así la constante de la obra se refiere a la idea de «concreto»: tanto si se trata del individuo aislado como del individuo implicado en una red de relaciones socio-económicas, la psicología sigue siendo posible como ciencia positiva a partir de la consideración del sujeto «concreto», tal como se manifiesta en la vida familiar o social, a través de la literatura o en el entramado de las necesidades económicas. Así pues, la ciencia psicológica no puede ser más que ciencia de lo «concreto». Pero, por idéntico mecanismo, la ciencia misma se basa, en su proyecto, en el concepto de «concreto» elaborado de modo polémico; de tal modo que es a partir del hecho bruto, del dato, como debe afrontarse la constitución de la ciencia psicológica.

A este respecto, L. Althusser hace gala de una gran lucidez al afirmar, en una observación accidental, que Politzer es «el Feuerbach de los tiempos modernos» (Cf. L. Althusser, *Lire le Capital*, Ed. Maspéro, 1967, tomo II, p. 100, nota 26. Cf. también tomo I, p. 48, nota 18). El conocimiento no existe más que en «la abstracción de los

conceptos» y todo conocimiento que tiene por objeto lo «concreto» está condenado, en su constitución misma, a confundir el conocer y el ser y, por ello, a quedar preso en la configuración ideológica de la que, precisamente, intenta desprenderse. El proyecto científico implica, en realidad, una construcción de objetos que se manifiestan perfectamente extraños al dato «concreto» suministrado por la inmediatez perceptiva.<sup>2</sup> «La ciencia, decía Bachelard, no es el pleonasma de la experiencia».<sup>3</sup>

2. Una referencia provechosa puede ser la del manual de epistemología que constituye el libro de Bourdieu, Chamboredon y Passeron, *Le Métier de sociologue*, tomo I, Mouton-Bordas, 1968.

3. A decir verdad, podría parecer que el mismo Politzer ha respondido ya a esta posible objeción. En *Où va la psychologie concrète?* no duda en identificar psicología concreta y psicología materialista en el sentido marxista de la expresión. Además, indica claramente que su crítica de la abstracción no es formal más “que en relación con la psicología” (cf. pág. 106), que no entiende por psicología concreta “no sé qué locura de lo inmediato”, que la psicología de lo concreto “no es un nuevo romanticismo” (ibid.) y que su crítica de la abstracción apunta a una psicología “que sustituye unas historias de personas por historias de cosas”, que “suprime al hombre y, en su lugar, erige como actores unos procesos; que abandona la multiplicidad dramática de los individuos y la sustituye por la multiplicidad impersonal de los fenómenos” (cf. pág. 51). No obstante, si se estudia con detalle la evolución de los dos artículos reunidos en *La Crise de la psychologie contemporaine* se observa que la crítica no está exenta de la ambigüedad. Lo más importante de estas críticas consiste en mostrar que la revolución de la psicología científica frente a la psicología clásica no es, de hecho, más que una pseudorevolución. Por una parte, nos conduce a convertir la psicología moderna en “una segunda física”, una física de las representaciones que estudia unos fenómenos *sui generis* (lo que aún hoy se llaman las “grandes funciones psíquicas”: percepción, memoria, voluntad, lenguaje, etc.) y olvidando por ello mismo la realidad del individuo humano en su singularidad. Por otra parte, prolonga, por sus mismos postulados, la “traducción animista” reemplazando la metafísica por el fenomenismo que no deja de escindir en entidades separadas las facultades humanas (Cf. págs. 43 y ss. y pág. 47). Pero Politzer plantea la posibilidad de una psicología científica a partir de los datos: 1.º Lo que él llama la *praktische Menschenkenntnis* que no es “más que una cierta profundización de nuestra experiencia dramática inmediata” (p. 40), que prolonga, por así decirlo, la percepción inmediata que tenemos de los demás, y que se refiere a la tradición de una “sabiduría”,

A partir de aquí, se comprende que los psicólogos del trabajo, los orientadores y los seleccionadores, los psicoterapeutas de todas clases, pretendan realizar una psicología «concreta» y se nieguen, a menudo, a trabajar en la abstracción; y es que lo «concreto» viene definido,

---

tradición del conocimiento empírico del hombre que se trataría de hacerlo pasar “del estado de empirismo al estado de ciencia positiva” (p. 41). 2.º Las investigaciones en psicología industrial o, más ampliamente, en psicotecnia, que parecen descartar toda hipótesis “referida a la vida interior del obrero” (pág. 45). Gracias al primer dato, se evitaría toda forma de realismo, es decir, de “reificación”, del objeto del conocimiento, considerando al individuo en su práctica cotidiana. Gracias al segundo dato, no se restauraría por ello la idea de una vida interior. Evitaríamos así, al mismo tiempo, el “realismo” y el “animismo”, dos características esenciales en la psicología abstracta. En todos los casos se trata de evitar lo que Politzer llama la “transposición del drama” en términos animistas que ordinariamente se efectúa “con la ayuda de un conjunto de personajes abstractos y formales” (págs. 54 y ss.) y se trata de hacer de tal modo que la “totalidad del individuo” sea la hipótesis inicial de la investigación (cf. pág. 62). Desde ese momento, el trabajo del psicólogo se divide en dos: el estudio de “las actividades libres” (psicología individual) y el estudio de las actividades “estandarizadas” como el trabajo en fábrica, el oficio ejercido, etc. (psicología general), de todo lo cual, la *praktische Menschenkenntnis* por un lado y la psicotecnia por el otro, aparecen como los estadios precientíficos. La ambigüedad se transforma en verdadero malentendido cuando, en el texto de la *Enquête* propuesta por Politzer, la psicotecnia que se sitúa “fuera de los problemas de la psicología tradicional” (pág. 141) es considerada de un interés capital “para la solución del problema de los fundamentos de la psicología” (ibid.) en la medida en que ella puede dar lugar a una psicología general *concreta*. Sin duda, al menos en apariencia, la psicotecnia es extraña al “realismo espiritualista” y se comprende entonces que Politzer haya confiado en su empresa; pero es igualmente evidente, que la fascinación de “lo concreto” —incluso entendido en el sentido materialista— lleva a Politzer a acreditar una disciplina eminentemente ideológica que va casi contra la corriente respecto de las esperanzas del autor (y ello a pesar de la esperanza formulada de la toma de la disciplina por el proletariado mismo “bajo la forma de sus centrales sindicales” (cfr. pág. 118 nota 1). Es cierto, en efecto, que la psicotecnia —en la medida en que considera al hombre como utensilio— proyecta, también, una visión “abstracta” del individuo, amañada según las necesidades de la sociedad industrial. Por esta razón —a pesar de las últimas precisiones de Politzer— el concepto “concreto” permanece ambiguo y no elimina totalmente el aspecto ideológico del debate.

por el momento, por la eficacia. Ser concreto, para el «sentido común» o para el «buen sentido», es ser «práctico», eficaz, «realista», es decir, tener en cuenta una cierta idea de lo real. Sin duda Politzer otorgaba una significación muy distinta al concepto de «concreto»; pero el hecho de que dudara sobre la definición exacta de tal concepto y retornara, en definitiva, a una concepción marxista de la determinación económica —concepción en la que la psicología se convierte, por así decirlo, en indeterminable como disciplina autónoma— es ya en sí mismo suficientemente revelador; la confianza que le otorgaba, además, a la llamada «psicología aplicada» —en su misma obra— alimenta una cierta ambigüedad que hubiera sido necesario desenmascarar, aunque sólo fuera para demostrar que la psicología «aplicada» no es la aplicación posible de una teoría ideológicamente neutra, sino que, de hecho, constituye el «telos» de la teoría misma, de la que se muestra inseparable tanto *de iure* como *de facto*. El concepto polémico de «concreto» resulta inadecuado para fundamentar una ciencia psicológica que no sea la disciplina que se afirmó en la segunda mitad del siglo XIX, porque su coeficiente ideológico es parte integrante de la panoplia de que dispone la ideología psicológica contra la que se dirige tal concepto.

Así pues, se puede comprender y aprobar el proyecto de Politzer, pero no por ello su «conceptuología» deja de ser pionera de la ideología que intenta denunciar. Ciertamente lo que llamamos psicología está en relación con el comportamiento individual; pero, al menos según las enseñanzas de Sapir y de Mauss, es necesario señalar que la diferencia entre el comportamiento individual y el comportamiento social no puede ser más que una simple diferencia de punto de vista. El compor-

tamiento del hombre no es ora individual ora social, sino que diremos más bien que unas veces es más cómodo estudiarlo desde el punto de vista individual y otras desde el punto de vista social. Por tanto, lo que está en juego es el punto de vista del observador y no el fenómeno mismo. En este sentido el estudio del comportamiento individual implicaría un cierto poner entre paréntesis los modelos sociales.

De lo dicho pueden desprenderse un cierto número de consideraciones:

1. Es el psicólogo quien, mediante el ejercicio de este poner entre paréntesis, crea el objeto de la psicología, es decir, el comportamiento individual.

2. El comportamiento individual es pues, en primer lugar, una «abstracción». Sin duda alguna lo que a primera vista percibimos es el comportamiento de un individuo; pero afirmar que la psicología como ciencia debe situarse en la prolongación de esta percepción inmediata, es decir, que no debe cuestionar una tal percepción, sería caer en la ilusión de la transparencia ya denunciada anteriormente: del mismo modo que existe una sociología espontánea nacida del hecho de que cada sujeto social percibe a otro sujeto social y se cree, por ello, capaz de «hacer sociología», también existe una psicología espontánea por el hecho de que cada sujeto individual percibe, en su cotidianidad, una serie de sujetos individuales con los cuales cree poder «simpatizar». Cuando la psicología prolonga este movimiento natural, está condenada, desde el principio, a un fracaso científico. En contra, en cierta medida, de este posible destino de la psicología se erigió, a mediados del siglo XIX, la empresa de una psicología científica.

3. Como consecuencia de este poner entre paréntesis los modelos sociales en el estudio del comportamiento individual, parece que el estudio mismo no pueda desarrollarse libremente más que en el seno de un universo reducido en el cual los factores sociales, al menos en apariencia, intervendrían mínimamente, es decir, en el laboratorio o en la consulta.

4. Desde el instante en que el objeto de la psicología es constituido por el psicólogo mismo, la fascinación del aparato científico puede actuar libremente y los hechos psíquicos —unidades abstractas aisladas por el psicólogo «por comodidad»— pueden ser estudiados desde el punto de vista de la cantidad; la medida se convierte así en un instrumento privilegiado de la psicología que quiere ser científica.

Por tanto, podemos decir que en cierto sentido —y a pesar de las esperanzas de Politzer— la psicología moderna con vocación científica sigue siendo «abstracta»; pero, dado que esta abstracción debería ser, en principio, la condición de posibilidad de la psicología como ciencia, es evidente que el relativo fracaso de la crítica politzeriana es, al mismo tiempo, como sucede frecuentemente, la mejor denuncia de la tara fundamental de la psicología moderna en tanto que quiere ser, a la vez, ciencia de lo general y de lo individual, según utilice los métodos experimentales o los clínicos. Hay que comprender, pues, que la distinción general-individual no alcanza absolutamente la distinción ideológica abstracto-concreto y que el individuo estudiado por el psicólogo es, necesariamente, una «abstracción» en un proyecto del que queda aún por demostrar si es *verdaderamente* científico. He ahí porque Politzer, consciente también del problema, se vio

finalmente obligado a reducir la psicología a la porción congruente con ello, desde el momento en que el concepto de «drama» tomaba tal extensión que el individuo no era concebible más que en relación con sus determinantes socio-económicos. En el límite, la psicología como ciencia autónoma se hacía imposible y al psicólogo no le quedaba más que un terreno privilegiado: la literatura.

Éstas son las dificultades incluso de la más radical crítica elaborada en los fundamentos mismos de la psicología, que nos invitan a cambiar radicalmente de problemática.

Se hace, pues, necesario «desvelar» el pseudodilema de lo «abstracto» y lo «concreto» a través del cual, desde hace cuarenta años, se está planteando esencialmente una posible crítica de los fundamentos de la psicología. Mientras que la crítica se mantiene en este terreno, los psicólogos conservan una posición «fuerte»; aceptan de buen grado los términos del debate sin responsabilizarse nunca de despojarlo de su temible ambigüedad. Hasta tal punto que no se da una clase de psicología «general» que no se inicie con un recuerdo de la crítica politzeriana y un homenaje dedicado a la sagacidad del filósofo. La psicología moderna quiere ser ciencia —y ciencia autónoma. Esta autonomía, proclamada en fogosos manifiestos en la segunda mitad del siglo XIX, entra actualmente, de hecho, a nivel de la actividad universitaria. Por ello la única crítica externa que tolera la psicología se ha transformado, en realidad, en crítica interna: los psicólogos se hacen a la vez portavoces y defensores, balanceándose entre la timidez del *mea culpa* y la exuberancia de la apología. Una vez planteado el concepto de «concreto» —de lo cual los fenomenólogos son responsables en gran me-

dida— en términos humanistas, se trata, en el interior de la ciencia psicológica, de poner, aparentemente, en peligro la dignidad y la autenticidad del sujeto, pero de tal modo que tal autenticidad y tal dignidad permanezcan, suceda lo que suceda, invulneradas. Todas las críticas realizadas a la psicología se han dirigido, primordialmente, contra la psicología experimental debido a su aspecto «inhumano»; todas ellas giran en torno a la defensa humanista del sujeto frente a la tecnología psicológica y, sin dificultad alguna, el psicólogo puede responder a ellas, tranquilamente, jugando con delicadeza con las necesidades «abstractivas» de la ciencia y el aspecto eminentemente «humano» de su ciencia.

¿Cuáles son, pues, estas críticas? Paul Fraisse, en su *Defense de la méthode expérimentale en psychologie* (Prólogo a su *Manuel pratique de psychologie expérimentale*, P.U.F., 2.<sup>a</sup> ed. 1963) las ha agrupado bajo tres grandes secciones. La psicología científica sacrificaría: 1) El conocimiento del individuo a una ciencia de lo general; 2) Un conocimiento global a un conocimiento analítico; 3) La subjetividad esencial del hombre a la objetividad.

A estas tres secciones se puede añadir otra que manifiesta el mismo tipo de configuración mental: 4) El estudio en el laboratorio del comportamiento humano produce una situación artificial que altera el comportamiento mismo, cuya naturaleza se desea comprender. (Cf. Andrews, *Méthode de la Psychologie*, P.U.F., 1962, tomo I, pp. 18-19.)

El psicólogo puede, fácilmente, manifestar su desprecio, en nombre de la ciencia y de sus imperativos, hacia las críticas humanistas a las cuales juzgue conveniente responder; le es fácil demostrar que el carácter general



de las leyes psicológicas proviene de la necesaria aclaración de las «relaciones reales entre los hechos psicológicos» y que, lejos de distanciar a la psicología del conocimiento de lo individual, sólo esta «generalidad» permite un verdadero conocimiento científico de lo individual. *En definitiva, escribe P. Fraisse, (op. cit. pág. 18), el carácter general, abstracto cuantitativo, de las leyes psicológicas no es imputable a un método que menosprecia lo singular, lo concreto o lo cuantitativo, sino al deseo de sobrepasar lo aparente para llegar a las relaciones reales entre los fenómenos. La experiencia, la medida, la utilización de la estadística no tienen otro objetivo que el de la eliminación de los aspectos contingentes en relación con el fenómeno estudiado (...) no existe, pues, la antinomia entre lo general y lo individual, sino que en la práctica hay que pasar por la ley general para conocer el caso particular.*

El psicólogo también puede denunciar fácilmente, en nombre de la necesaria delimitación que implica la actividad científica, la reivindicación de la aproximación global (en contra de la aproximación analítica) como una actitud intuicionista que postula la captación inmediata del ser en su esencia, *como un mito irrealizable por nuestro espíritu que, como la mirada o como el discurso, no procede más que en la sucesión* (Ibíd., pág. 20).

Por último, al reproche de «objetivismo», el psicólogo puede fácilmente responder en dos planos distintos: por una parte, la psicología científica es *objetiva* en la medida en que sus resultados no deben depender de la subjetividad de sus observadores; si el hecho psicológico puede definirse, no por el estado de conciencia (pues es a este concepto psicológico a lo que, en última instancia, se refieren los detractores del objetivismo), sino como

una «conducta» o un «comportamiento», el conocimiento del otro debe pasar por los mismos caminos que el conocimiento del mundo exterior para el sujeto, es decir, por un proceso de objetivación. Pero, por otra parte, este «objetivismo» —que pone de relieve una actitud esencialmente científica—, no implica, en absoluto, que el hombre sea, por ello, transformado en cosa ni que su subjetividad sea olvidada: *en efecto, no hay relación inversa entre la objetividad de la ciencia y el hecho de que cada conducta sea asumida por un sujeto* (pág. 35).

La totalidad de la psicología clínica está ahí para ser testigo de ese interés concedido a la subjetividad del individuo, y sólo cuando se produce la metamorfosis interna del investigador en «guía» se hace necesario recordarle al psicólogo —por medio de cualquier código deontológico— su deber, *en nombre de esta misma subjetividad, de respetar al sujeto más que aquéllos que lo abandonan o le subordinan; no deben sustituirle, sino darle claridad, ayudarle en la solución de sus conflictos por medio de las necesarias tomas de conciencia, con el objetivo constante de liberarle y de procurarle mejores adaptaciones o adaptaciones que, espontáneamente, no se realizarían. El psicólogo, más que cualquier otro hombre de ciencia, debe tener una moral; pero sería ilegítimo, debido a posibles abusos, detener el desarrollo de la ciencia* (Ibid. pág. 39).

La psicología clínica, que exige el cara a cara —sea cual sea, por otra parte, el grado de implantación experimental en el seno de su técnica— puede servir siempre de argumento al psicólogo para defender el aspecto «concreto» —es decir humano, «dramático» incluso, en el sentido en que lo entendía Politzer— de su disciplina. Y es fácil jugar con los dos sentidos —científico y huma-

nista— de lo «abstracto» entendido unas veces como no-subjetivo, y otras como no-personal, del mismo modo que también es fácil jugar con los dos sentidos —humanista y técnico— de lo «concreto» entendido una veces como autenticidad subjetiva y otras como eficacia práctica. La crítica psicológica de las críticas humanistas de la psicología revela bastante esta doble referencia continua . La psicología no puede librarse de todo presupuesto ideológico más que proyectando el haz de su unidad problemática a partir de la ideológica dicotomía entre psicología clínica y psicología experimental, es decir, rechazando la abstracción científica por una parte y las relaciones «concretas», por otra; en realidad, salvando las apariencias y al mismo tiempo dando largas.

Es necesario olvidar, por un momento, el debate abstracto-concreto que no desemboca más que en una crítica humanista del contenido científico de la psicología moderna. Si la crítica cae en las redes de la ideología sería de desear que se desplazara, al menos una vez, la cuestión, renunciando temporalmente a plantear el problema de las condiciones de posibilidad de la psicología como ciencia, tema central de todo el trabajo de Politzer. Se trataría, más bien, de problematizar la necesidad, sentida por el psicólogo, de «rotura» con el discurso filosófico en un cierto momento. ¿En relación a qué había llegado a ser inadecuado este discurso? Ésta es una de las maneras en que se puede plantearse la cuestión. ¿A qué nuevo objeto le conviene el discurso científico como el único que resulta adecuado? Ésta es otra manera de plantear la cuestión. En un librito «al uso del gran público cultivado», discutible, pero de cuya discusión podemos prescindir, Ph. Müller escribe: *Resumiendo, la psicología se ha hecho un lugar en la sociedad moderna;*

*incluso cuando todas las resistencias que se le han opuesto no han dejado aún las armas, incluso cuando los entendidos en disciplinas más antiguas le disputan a veces sus títulos científicos, la psicología puede pensar que este lugar es legítimo y que ella forma, a pesar de todo, parte de la ciencia* (Ph. Müller, *La Psychologie dans le monde moderne*, Ch. Dessart ed.; Bruselas 1963 pág. 7.)

Esta afirmación se encontraría, *mutatis mutandis*, en muchos otros lugares, y la he extraído voluntariamente de una obra de «divulgación» porque presenta la imagen —que quisiera ser tranquilizadora— de lo que yo llamaría la «epistemofrenia», o si se prefiere la fascinación, el frenesí de la ciencia, imagen profusamente distribuida por todos los canales de la Universidad y de los mass-media.

Que la psicología no sea una ciencia es algo que, en rigor, se puede demostrar con la ayuda de grandes artificios retóricos y tocando con complacencia los instrumentos del tradicional estatuto galileano de la cientificidad objetiva de una ciencia. Pero, que el lugar científico de la disciplina psicológica sea considerado como «legítimo» es lo que nos invita a preguntarnos sobre el «sentido de esta legitimidad» y su «lugar» en la sociedad moderna. Que la psicología pretenda ser una ciencia y por qué lo pretende; dicho de otro modo, de dónde le viene a la psicología la necesidad de pretender ser científica, es, sin duda, por una vez, el necesario desplazamiento del problema. Este desplazamiento es el que el lector queda invitado a efectuar.

1

# El fundamento ideológico de la psicología

La existencia de ideas revolucionarias en una época determinada supone ya la existencia de una clase revolucionaria.

Marx: *La ideología alemana*



## I

El lector advertido podría, con todo derecho, poner en duda el buen funcionamiento del problema planteado a la disciplina psicológica. En efecto ¿por qué preguntarse de dónde viene la necesidad de la psicología moderna de pretender ser científica, cuando a nadie se le ocurriría dirigir esa misma pregunta, por ejemplo, a la física o a la química? El objetivo de este párrafo es justificar, en la medida de lo posible, la legitimidad de la pregunta, dicho de otro modo, demostrar que esta cuestión previa no sólo es posible sino que incluso es necesaria en lo que concierne —entre las ciencias «humanas»— a la psicología moderna en tanto que ésta quiere ser científica.

Planteemos como tesis inicial que *toda ciencia está ideológicamente determinada*.<sup>1</sup> Esta proposición podría parecernos familiar a la luz de un cierto número de tra-

1. *Ideología* designa, en el sentido marxista, el hecho de ocuparse de ideas como entidades autónomas, que se desarrollan de un modo independiente y están sometidas únicamente a sus propias leyes; el que las condiciones de existencia material motivan la elaboración del proceso mental, permanece inconsciente precisamente para aquéllos que “forjan” la ideología. Esta inconsciencia es la característica esencial de la ideología. En una carta a Franz Mehring del 14 de julio de 1893 (cf. Marx, Engels, *Études philosophiques*, Ed. Sociales, 1961, pág. 165), Engels escribe: “La ideología es un proceso que el llamado pen-

bajos recientes; no obstante, constantemente se problematiza de nuevo y se hace indispensable insistir sobre su eventual significación. ¿Qué significa, pues, afirmar que toda ciencia está ideológicamente determinada?

---

sador cumple, sin duda, conscientemente, pero con una falsa conciencia. Las verdaderas fuerzas motrices que le impulsan le son desconocidas, de lo contrario no sería un proceso ideológico (...) Él hace referencia exclusivamente a los materiales intelectuales; sin pararse a pensarlo, considera que estos materiales provienen del pensamiento y no se preocupa en investigar si tienen algún otro origen más lejano e independiente del pensamiento". (M. E. Moscú, vol. II pág. 501-506, 502). Así pues, la condición *sine qua non* para una ideología (derecho, religión, moral, política, filosofía, arte, etc.) sea tal, es la de que permanezca desconocida como ideología a los ojos de los que la viven, que forme parte de su propio mundo. Por ello, cuando Marx —en su *Discurso sobre el libre cambio*— denuncia la ideología burguesa de la libertad muestra que ésta era vivida por la burguesía como transposición en el plano ideal de una relación social muy real: la idea de derecho natural (todos los hombres son libres por naturaleza) es, a un cierto nivel, la expresión al mismo tiempo que la justificación del derecho de la economía capitalista liberal. Pero la ideología —en la medida en que es parte integrante de la estructura de la sociedad global— no desaparece por el acto mismo de su denuncia. No es la flor que puede separarse impunemente de su tallo: aún denunciada permanece. Hay que comprender, pues, que la denuncia de los ídolos no está acompañada de su destrucción. Más bien, por un proceso de integración más o menos oscuro, las antiguas ideologías (aquéllas que quisiéramos "superadas" o "muertas") se mezclan a las nuevas y ayudan, cuando se trata de la ideología dominante, a enmascarar, al mismo tiempo, la situación real de la formación ideológica revolucionaria y de la clase social que es su portadora. En última instancia, no podemos ni siquiera decir que Marx, por ejemplo, denuncia las "falsas formas" de la libertad: verdad y falsedad no tienen aquí sentido lo que se denuncia es una cierta imagen de la libertad que permanece constante ya que es correlativa de una cierta estructura económica y social. Decir que hay imagen y no realidad es el paso que Marx franqueó mostrando —y ello fue, sin duda, lo más importante— que esta imagen de la libertad individual va acompañada de una real explotación del trabajador individual. En este sentido es en el que el materialismo dialéctico proporciona los conceptos de una ciencia de la ideología permitiendo desentrañar, con la ayuda de estos conceptos, la estructura ideológica necesaria al funcionamiento de una sociedad dada. Este corte no se hace posible, en el mismo Marx, más que por una ruptura ideológica (la misma que reflejan los escritos de juventud) ligada a la idea de la ascensión del proletariado, como clase revolucionaria, a las aspiraciones aún poco o mal formuladas.



La doble objeción que inmediatamente suscita tal cuestión podría ser la siguiente: decir que *toda* ciencia está ideológicamente determinada, 1) esto no tiene sentido, y 2) esto conduce a la negación misma de la idea de ciencia.

1) Esto no tiene sentido —ejemplo célebre y repetidamente citado— la química nace con Lavoisier, contra la teoría aún alquimista del flogisto. La teoría flogística está, ciertamente, determinada ideológicamente (ligada a una cierta visión escolástica del mundo), pero Lavoisier aparece como un verdadero fundador de ciencia, al igual que Galileo frente a la concepción aristotélico-tomista del universo. El descubrimiento de Lavoisier no es posible más que por una ruptura con la ideología reinante; el signo de la ciencia sería esta ruptura manifestada en un nuevo lenguaje (la ciencia, lenguaje bien hecho, en oposición a la ideología que sería un lenguaje mal hecho).

2) Esto conduce a la negación misma de la idea de ciencia, pues, ¿mediante qué signo reconoceremos un discurso verdaderamente científico si su lengua está a la vez, bien hecha (ciencia) y mal hecha, ideología)? Esta nueva forma de escepticismo conduciría, en el límite, a una nueva sofística, en la cual es posible decirlo todo sin equivocarse, en donde el error se hace indeterminable puesto que —por otra parte— todas las ideologías son válidas. La última consecuencia de la tesis mantenida sería la ciencia inalcanzable.

A ello hay que responder :

1) Que la afirmación del contenido ideológico de toda ciencia supone que toda ciencia transporta en su seno, y a través de un lenguaje que le es propio, una cierta ideología. Pero esto no supone la afirmación de la va-

lidez de todas las ideologías: existe la ideología dominante —que es la de la clase social dominante— y la ideología de la clase dominada que —por la misma situación que le es propia a esta clase— está oprimida, o, en ciertos casos, reprimida. Oprimida por la clase dominante, reprimida por el individuo mismo, esta ideología, en el momento mismo en que se forja, es perseguida, rechazada, censurada desde el instante en que empieza a querer expresarse públicamente, es decir, en el momento en que la clase social que es su portadora empieza a hacerse representativa en sus aspiraciones en el seno de la nación, revolucionaria frente al poder establecido, crítica en acto de la ideología dominante. Un ejemplo de ello es el ascenso de la burguesía en el siglo XVIII como clase social consciente de su valor y de su dignidad, con riesgo —en los escritos que publica sobre la intolerancia, la superstición, la reivindicación de la libertad de pensamiento...— de persecuciones reales, censuras eclesiásticas o incluso de encarcelamientos. A este respecto, en la lucha por el progreso y las luces, el descubrimiento de Lavoisier, es decir, la formalización de un «hecho» en un lenguaje riguroso y representativo, simboliza mucho más que un simple descubrimiento científico «desinteresado»; a su manera, este descubrimiento, era un verdadero atentado contra el orden establecido y el oscurantismo que es su más firme sostén. Tal motivo explica también su inmensa repercusión: este descubrimiento científico es, al mismo tiempo, un signo de la liberación ideológica; el lenguaje mismo que lo expresa manifiesta ese deseo de claridad y de precisión propio del espíritu burgués de las luces, por oposición al pathos y a la confusión mantenidos por el espíritu escolástico de la oscuridad y del oscurantismo: *La química se había convertido en una*

*ciencia oculta y misteriosa; sus expresiones no eran más que figuras, sus giros metáforas, sus axiomas enigmas; en una palabra, la característica propia de su lenguaje era ser oscuro e ininteligible* (Macquer, *Éléments de chimie théorique et pratique*, citado por P. Charbonel en su Prefacio a *d'Holbach; Textes choisis*, tomo I, Ed. Sociales, pág. 43).

No es en absoluto causal que Lavoisier empiece y termine su *Discours préliminaire au Traité élémentaire de Chimie* (1789) por un elogio y unas citas de Condillac para quien «el arte de razonar se reduce a una lengua bien hecha». Aquí se entrecruzan todos los temas esenciales de la época: apología de la experiencia contra la tradición, la autoridad, los prejuicios; de lo natural contra lo sobrenatural; pero también la conciencia aguda de la necesidad de un nuevo lenguaje como condición posibilitadora del advenimiento de una ciencia: *Por verdaderos que fuesen los hechos, por exactas que fueran las ideas que ellos hicieran nacer, no transmitirían más que falsas impresiones si no tuviéramos los términos justos para expresarlo* (*Discours préliminaire*, cf. «Cahiers pour l'Analyse», n.º 9, *Généalogie des Sciences*, Seuil, pág. 170).

De donde resulta que la condición de posibilidad del hecho científico es mucho menos el hecho mismo (que, en este caso, había sido ya adquirido con anterioridad a Lavoisier) que la liberación respecto de un determinado discurso ideológico por el advenimiento de un nuevo discurso ideológicamente determinado, que resulta adecuado al objeto de que se trata. En este sentido, hablar de una clara ruptura entre la ideología y la ciencia vuelve —a pesar de las apariencias— a garantizar el precepto burgués del desinterés, de la neutralidad de la ciencia, y,

por tanto, a formar parte de una cierta concepción ideológica (dominante) de la ciencia. La ciencia no es ni neutra ni desinteresada; su discurso no es posible si no se admite que todo corte epistemológico tiene como condición de posibilidad una ruptura ideológica (Galileo contra la concepción aristotélico-tomista del universo, Lavoisier contra la alquimia místico-religiosa y la química oscurantista); se trata de una ruptura tal que libera el discurso de la ciencia.

2) A partir de ese momento, decir que toda ciencia está ideológicamente determinada no es, de ningún modo, entregarse a un escepticismo conformista o desesperado ante un cierto pensamiento imposible impuesto desde fuera, sino que es afirmar que, en cierto modo, todo discurso científico es esencialmente *polémico* porque implica una concepción del mundo que —como ocurre frecuentemente— pone en peligro de un modo evidente o velado la concepción del mundo dominante. Podremos, pues, decir que toda ciencia es, en primer lugar, ciencia de la ideología que la ha precedido, con tal de que inmediatamente añadamos que sólo a través de una formación ideológica distinta a la ideología dominante se hace posible la liberación del discurso científico.

El lector experimentado, aun aceptando las observaciones precedentes, muy bien podría plantear ciertas dificultades: si es cierto que toda ciencia está ideológicamente determinada, ¿de qué modo podría constituir esta determinación ideológica un argumento suficiente para problematizar la científicidad de una disciplina como la psicología? ¿No será que la psicología moderna se encuentra, al contrario, en esa incómoda situación en que se encontraba la física de Galileo, por ejemplo, cuando se le negaban sus títulos científicos? La pregunta ini-

cial sobre la necesidad de la psicología moderna de pretender ser científica, ¿no sería, en definitiva, el signo de «resistencia» que a menudo se manifiesta ante toda nueva disciplina rigurosa y exigente?

Hay que contestar sin demora a estas preguntas que ponen en entredicho la legitimidad de la cuestión preliminar. Y desde este momento.

Planteemos una doble tesis: 1) No todas las disciplinas científicas —en su elaboración— siguen el mismo camino invariablemente; 2) es necesario distinguir entre fundamento ideológico de una ciencia y «ciencia» cuyo contenido se agota en su determinación ideológica.

1) El hecho de que no todas las disciplinas científicas siguen —en su elaboración— el mismo camino, es una evidencia que hay que recordar de vez en cuando. Es cierto que la científicidad se arranca, con dura lucha, por un «golpe de estado» teórico y que es así como se constituyen la física mecánica contra la concepción aristotélico-tomista del universo, la química contra la alquimia, la biología contra la historia natural, etc. Es cierto también que toda ciencia está ideológicamente determinada en el sentido expresado anteriormente de que el discurso científico se elabora arrancándolo de las tenazas ideológicas que le impedían avanzar. Esta ruptura ideológica es la que inaugura el cambio de problemática y la determinación de un nuevo «objeto», único camino que permite dar cuenta del «hecho científico y posibilita el «descubrimiento» científico. Pero el proceso del descubrimiento puede quedar suspendido en diversas ocasiones: puede tratarse de una serie de experiencias seguidas, pero no científicamente establecidas, es decir, cuyos resultados sigan siendo ininteligibles mientras la ruptura no se haya dado (así Priestley produciendo ex-

perimentalmente un gas que llamará «aire desflogisticado» pero manteniendo, por ello mismo, la teoría del flogisto, por tanto sin comprender el sentido de su producción); puede ser un «hallazgo» supeditado a ciertas posibilidades técnicas (lo que la leyenda popular ilustra con el tema de la bañera de Arquímedes, o de la manzana de Newton); o puede ser un suceso totalmente contingente, como la inadvertencia de un auxiliar en el montaje de una experiencia (el descubrimiento de la inmunización y, sobre todo, las consecuencias ideológicas que de él se desprenden); o puede ser más noblemente, el rechazo inicial de los derechos del «sentido común» y la revolución teórica del *experimentum mentis* que sustituye la idea de causa por la idea de ley (Galileo); o puede ser también la transgresión de ciertas prohibiciones ideológicas, transgresión que libera la observación, afina la técnica y hace así posible la teoría (Servet, Vesale); o puede ser, por último, la necesidad de simplificar una explicación, simplificación que —por sus consecuencias... conlleva de tarde en tarde una crítica fundamental (Copérnico y el movimiento retrógrado de los planetas). *Et caetera*. Así, pues, el armazón teórico de una ciencia precede y hace posibles las técnicas que la confirmarán, al tiempo que el desarrollo de las técnicas hace posible el perfeccionamiento del armazón teórico. Pero, en todos los casos, la ciencia no se conquista más que al precio de una ruptura ideológica que denuncia como «obstáculos epistemológicos» los conceptos hasta entonces dominantes cuya impregnación —en su solidaridad con la «concepción del mundo»— paralizaba todo descubrimiento real. Se da el hecho, en efecto, de que las querellas científicas son, en primer lugar —y no precisamente por azar— querellas de palabras; los trabajos

de Koyré son, en este caso, ejemplares. Por lo demás, y esto es lo esencial, toda ciencia —porque es ciencia— conserva su bagaje teórico independientemente del transcurso ideológico de la historia, y únicamente sus aplicaciones pueden, en ciertos casos, poner en evidencia una toma de partido ideológica. ¿No se extrañaba Descartes, en la primera parte del *Discurso del método*, de que las matemáticas, culminación de la exactitud, no hubiesen encontrado aplicación más que en las artes mecánicas y, sobre todo, en el arte militar? En el mismo sentido, no es cierto que la demanda social haya puesto en el camino del descubrimiento del átomo, a pesar de que las investigaciones fundamentales en este campo estén actualmente ligadas a esa demanda social y a la aplicación que ésta quiera hacer de ello en el terreno militar. En lo que respecta a las ciencias «humanas» las cosas son muy distintas. El proyecto mismo está ligado, del modo más estrecho, a la demanda social y a una determinación ideológica de un cierto estilo. Esto es particularmente cierto para la psicología que, lejos de romper con la ideología dominante, aporta a esta última el apoyo de su aparato técnico y de su armazón teórico. Cuando la psicología, en la segunda mitad del siglo XIX, se declara impetuosamente ciencia autónoma, se apoya de inmediato en el terreno de la técnica de laboratorio para garantizar esa independencia. La psicología surgida de los laboratorios de física y fisiología, no tarda en elaborar sus propias técnicas a partir de esas dos disciplinas; pero, nos encontramos ante la paradoja de una disciplina que se proclama *formalmente* ciencia apoyándose, para probarlo, sobre un cierto número de técnicas y —al mismo tiempo y en el mismo movimiento— se constituye como un conjunto de técnicas en busca de su científicidad. La

psicología moderna, desde su nacimiento, confunde ciencia y técnica, espíritu científico y arquitectura teórica de la ciencia. Así, en sus *Elemente der Psychophysik* (1860), Fechner escribe: *Nuestras investigaciones no se refieren más que al aspecto fenoménico del mundo físico y del mundo psíquico, es decir, a lo que nos viene dado de inmediato por la percepción interna o externa, o a lo que se puede concluir de los fenómenos... Ciertamente, nosotros estudiamos lo que es físico como lo hacen la física y la química; estudiamos lo que es psíquico como lo hace la psicología experimental, sin buscar bajo los fenómenos la esencia del alma y del cuerpo como lo hace la metafísica.*

Vemos que la psicología experimental es declarada científica en la medida exacta en que utiliza técnicas análogas a las de la física y la química. Así pues, es la utilización de técnicas que basan su eficiencia en un armazón teórico científico lo que —*por analogía*— hace proclamar ciencia aquella disciplina que utilice técnicas análogas. Se bautiza así, ciencia, a un conjunto de técnicas en vías de elaboración pero, al mismo tiempo, se da como garantía del espíritu científico una cierta actitud frente al objeto considerado (no ya la esencia sino el fenómeno). Th. Ribot, por su parte, lo confirma: *La psicología de que se trata aquí será, por tanto, puramente experimental: no tendrá por objeto más que los fenómenos, sus leyes y sus causas inmediatas, no se ocupará ni del alma ni de su esencia, pues esta cuestión, dado que está por encima de la experiencia y fuera de la verificación, pertenece a la metafísica* (Introducción a *La Psychologie anglaise contemporaine*, 2.º ed. 1875, Librairie Germer Baillière, pág. 34.)

Una actitud tal se basa en un postulado fundamental



crigido contra el dualismo metafísico alma-cuerpo y que preside la organización racional de toda la disciplina. Wundt lo expresa en estos términos: *La investigación psicofísica debe basarse en esta proposición siempre confirmada por la experiencia: nada se da en nuestra conciencia que no encuentre su base fundamental sensorial en unos procesos físicos determinados. La sensación simple, la combinación de sensaciones en forma de representaciones y, en fin, los procesos de la percepción y de la excitación de la voluntad están acompañados de efectos fisiológicos de los nervios.* (Wundt, *Éléments de psychologie physiologique*, 1874. Trad. Elio Rouvier, Alcan, 1886, tomo II, pág. 521.)

Y Ribot en estos términos: *Todo estado psíquico está invariablemente asociado a un estado nervioso cuya forma más simple es el acto reflejo (...) Cualquier estado psíquico determinado está ligado a uno o varios acontecimientos físicos determinados que, en muchos casos, conocemos bien, en otros poco o mal. Admitido este principio, —que está en la base de la psicología fisiológica— las cuestiones se presentan bajo un aspecto completamente nuevo y reclaman la utilización de un nuevo método. A la fórmula vaga y banal de las «relaciones alma-cuerpo», como dice la vieja escuela, a la hipótesis arbitraria y estéril de dos sustancias que actúan la una sobre la otra, se opone el estudio de dos fenómenos que están en una conexión tan constante para cada especie particular que sería más exacto llamarlos un fenómeno de doble cara* (Introducción a la *Psychologie allemande contemporaine*, París, 1879, págs. IX y XI.)

En realidad, se comprende fácilmente la significación del rechazo polémico de la tradicional problemática psicológica, pero no tanto la importación exclusiva de téc-

nicas experimentadas en otros lugares, al campo de la nueva problemática psicológica. Dicho de otro modo, ¿de dónde viene esta nueva problemática? ¿Dónde basa su legitimidad sino en la voluntad —poco justificada por otra parte— de declarar científica una actitud de espíritu que utiliza unas técnicas cuya validez científica se apoya en una problemática completamente distinta? Una ciencia no se constituye por el puro calco de métodos ya establecidos científicamente, sino por un cambio interno de problemática, acompañado de un cambio de «objeto». En este caso, el «objeto» psicológico no ha sufrido un cambio tan profundo: es el *mismo* objeto estudiado no ya desde el punto de vista esencial sino desde el punto de vista fenomenológico; precisamente por ello la problemática —lejos de metamorfosearse internamente— limita en su error las problemáticas científicas elaboradas en el campo fenoménico. Si se prefiere, no es el «fenómeno *psíquico*» el que adquiere aquí su especialidad, sino que la psicología moderna aborda en principio el «*fenómeno* psíquico» a partir de presupuestos metodológicos que contribuyen a disolver la especificidad eventual del objeto psíquico. Tendremos ocasión de ver que incluso la «revolución behaviorista» de Watson, que parece romper aún más radicalmente con la tradición, cae bajo el golpe de la misma crítica. Por esta razón nos parece que podemos, con todo derecho, preguntar a la psicología moderna de dónde le viene su necesidad de pretender ser científica.

2) La explicitación de la segunda tesis se desprende, en gran parte, de lo que antecede. Si el advenimiento y el desarrollo de la psicología moderna están ligados a una cierta demanda social, es decir a un cierto número de imperativos impuestos por la sociedad industrial en

la fase transitoria de su organización (paso de la economía de tipo liberal a la centralización de las empresas que concentran la producción) se admitirá fácilmente que las nuevas condiciones de trabajo, al mismo tiempo que implican un afinamiento de la ideología, requieren nuevos modos de reclutamiento; el desarrollo de los puestos de control y de vigilancia, especialmente, requiere un cierto número de aptitudes y de rasgos de personalidad cuya evaluación proveerá la psicología moderna. Tanto si se trata de la orientación o selección (escolar o profesional) como si se trata de las «relaciones humanas» en el medio de trabajo o de la adaptación o readaptación al medio escolar o profesional, sería absurdo creer que nos encontramos bien ante una investigación fundamental y desinteresada o bien ante aplicaciones múltiples cuyo buen fundamento se puede incluso criticar; de hecho, estos dos tipos de actividad son absolutamente indisolubles y no existe una psicología «pura» por una parte y una psicología «aplicada» por otra. Hay un conjunto de técnicas con pretensiones científicas que descansan sobre un armazón teórico estable cuyo fundamento ideológico queda por desentrañar. Todas las críticas que se encuentran normalmente en la prensa y en otros lugares se refieren a la utilización de las técnicas psicológicas, ninguna de ellas pone en tela de juicio el armazón teórico que da a tales técnicas su verdadera significación. Preguntar a la psicología moderna de dónde procede su necesidad de pretender ser científica no es mal camino; tal pregunta nos lleva a poner de relieve la unidad indisoluble de la teoría y la práctica y a mostrar a qué necesidad responde la arquitectura de los conceptos que permiten la eficiencia de las técnicas y le confieren su justificación. Si, entonces, nos damos cuenta de que la disciplina

psicológica se agota completamente en su determinación ideológica, y que aparte esa determinación, no asume más que un discurso «huero» y, en consecuencia, es una pseudociencia, habrá llegado, sin lugar a dudas, el momento de preguntarse sobre el sentido real de la psicología moderna. Habremos dado respuesta, también, a la primera pregunta.

## II

Todo lo que sigue no tiene otro objetivo que el poner algunos jalones en el camino cuyo espíritu general acaba de esbozarse. A este nivel, no se encontrarán más que las grandes líneas de una posible reflexión. El despliegue completo de la crítica exigiría un trabajo colectivo de gran envergadura, apoyado sobre un meticuloso desmenuzamiento de los textos psicológicos y sobre una necesaria confrontación con los profesionales a todos los niveles. Un trabajo tal, no es necesario decirlo, no debería darse en el ambiente restringido de ningún oportunismo político. Precisamente por ello, era mucho más útil insistir sobre los «a priori» epistemológicos y la justificación eventual de la cuestión planteada.

La abundancia de literatura psicológica nos ha obligado, evidentemente, a efectuar una selección, pero la hemos efectuado de modo que sea lo más representativa y significativa posible. Sin duda, no faltará quien nos reproche trabajar exclusivamente sobre materiales literarios y no preocuparnos demasiado de las múltiples dificultades que encuentra el psicólogo práctico en el cotidiano ejercicio de sus funciones. Este reproche no altera

en absoluto el proyecto que nosotros planteamos, y que se basa en el postulado de la indisolubilidad de la teoría y de la práctica: no existe, en efecto, la teoría psicológica, por una parte, y la práctica (entendida como psicología «aplicada»), por otra. En realidad, la disociación de estos dos aspectos es imposible: la técnica psicológica extrae su validez de la arquitectura teórica sobre la cual se basa y ésta posibilita, en contrapartida, la legitimidad del ejercicio de las técnicas.

Otro posible reproche se refería al trato particular otorgado al «behaviorismo» de Watson como sistema arquitectónico de los conceptos esenciales de la psicología científica. La obra de Watson, se me dirá, representa una tentativa entre otras muchas; un sistema entre otros; existen otros sistemas tan importantes como éste y no todo psicólogo es discípulo ciego de Watson. Sea. Pero la empresa de Watson conduce a la elaboración del primer sistema coherente de la psicología moderna (¿no se ha hablado de revolución behaviorista?) y, sean cuales sean los puntos de vista adoptados por otras escuelas e incluso las críticas (a veces duras) dirigidas a Watson, sigue siendo cierto el hecho de que todos los conceptos-clave de la psicología científica están ahí, por primera vez, explícitamente tematizados y que el behaviorismo — a pesar de las divergencias en aspectos de matiz— le da a la psicología científica su armazón teórico *dominante* bajo la forma de conceptos extraídos de otros lugares (de otros psicólogos o ya forjados en otras disciplinas) o de conceptos inventados por el mismo autor. En este sentido es en el que el «behaviorismo» contiene el modelo teórico de la psicología moderna.

### III

Sabemos que existen, en realidad dos maneras de concebir la actividad del psicólogo. O bien la psicología rompe con la evidencia inmediata para constituirse en discurso científico y recurre a la experiencia, al laboratorio, a la medida, es decir, a todo el aparato científico; su objeto aparece en este caso como una abstracción, pero esta abstracción sería la condición de posibilidad del carácter científico de la disciplina. O bien, la psicología prolonga la evidencia inmediata, profundiza en ella, de modo que cada uno es un poco psicólogo a su manera en sus relaciones cotidianas concretas con el otro, pero entonces la psicología no puede ser científica, no puede ser más que novelesca. En el primer caso nos encontramos ante un fenómeno social aparecido en la segunda mitad del siglo XIX: la psicología moderna pretende ser científica y define su proyecto de modo polémico frente a la filosofía. En el segundo caso, nos encontramos con la psicología en el sentido vulgar de la expresión, una necesidad de las relaciones humanas en el seno del grupo social, es decir, no una disciplina científica o con vocación científica, sino una actitud respecto del otro cuya ejemplaridad se encuentra en la obra novelesca de ciertos autores privilegiados.

Es importante mostrar en primer lugar y rápidamente (puesto que no es lo esencial) que la psicología que pretende ser científica presenta, en el seno mismo de su proyecto, lagunas que hay que llenar cuando, de manera evidente, naufraga en la ilusión intuitiva que caracteriza la novela psicológica. Así pues es, en primer lugar, esta psicología que podríamos llamar «no-seria» la que debe considerarse brevemente,

Tomaremos como testimonio el artículo de Félicien Challaye sobre *Psychologie génétique et ethnique (Traité de Psychologie* de G. Dumas, tomo II, Alcan, 1924), considerado todavía por algunos como una autoridad en la materia. El autor escribe (pág. 704): *Podríamos intentar así una definición psicológica de las distintas edades: el niño vive en el presente; el adolescente descubre el porvenir; el adulto vive en el porvenir; el anciano vive en el pasado.*

Éste es, pues, el modelo al que deberá obedecer la descripción presuntamente psicológica de la ontogénesis: desde el punto de vista psicológico, se dice (y la palabra está subrayada en el texto, pág. 705), *el rasgo característico del niño es que vive en el presente.*

Es, pues, natural que el mismo modelo formal sirva para la descripción «psicológica» de las razas humanas, sin que, por ello, el psicólogo llegue a inquietarse:

*Los psicólogos contemporáneos no se limitan a la comparación de las edades, comparan también las razas. Y pueden intentar una aproximación entre ambos estudios.*

Desde este momento el juego ha comenzado. El tiempo, valor o cantidad discriminativa, servirá de medida en la verdad —esto es: de la eficacia— en la descripción comparativa de las razas, papel que ya había asumido totalmente en la descripción comparativa de las edades: el primitivo, sobre todo el negro, es el niño; la raza blanca encarna, por el contrario, los rasgos característicos de la edad madura, mientras que la raza amarilla representa los rasgos característicos de la vejez:

*Podríamos intentar resolver este problema tan discutido comparando las razas y las edades tal como acaban de ser estudiadas: ¿Puede diferenciarse las razas, al igual*

*que las edades, por la actitud que se adopta frente al paso del tiempo? Se ha calificado a menudo de niños a todos los primitivos, sobre todo, a los negros. Podríamos, igualmente, encontrar en la raza blanca algunos de los rasgos característicos de la edad madura y en la amarilla algunas de las características de la vejez. Propondríamos, pues, esta fórmula: los negros viven en el presente, los blancos en el futuro, los amarillos en el pasado (pág. 728).*

Reconocer, en un extremado afán epistemológico, que una fórmula tan general da lugar a un gran número de excepciones, no impide, en absoluto, considerar dicha fórmula como verdadera, al menos en la actualidad, para la mayoría de los hombres pertenecientes a cada una de las razas; ni impide tampoco lanzarse a un ruín cálculo por el cual el niño negro sería como dos veces niño, el adulto como dos veces adulto y el viejo amarillo como dos veces viejo.

Así se expresa el psicólogo.

Evidentemente, hoy en día no nos atreveríamos a mantener tales asertos. La era de la descolonización se ha abierto y la buena conciencia es ya inadmisibile. Pero lo que más llama la atención en esas líneas, es precisamente la inocencia, o si se prefiere la ingenuidad, con que han sido escritas. En ellas, el *a priori* del tiempo es considerado como el factor esencialmente discriminativo, en una empresa psicológica que se considera seria; por otra parte, este *a priori* —en ningún momento aceptado como tal—, cediendo a todas las facilidades mitológicas, produce una verdadera novela psicológica que, además, es una mala novela. Evidentemente, el negro es niño en función de la importancia de sus necesidades físicas: *Lo que preocupa al negro, principalmente, es el deseo de*



*comer y beber y, también, el deseo sexual* (pág. 728). Y, para mantener tales tesis, el autor se basa en las observaciones de los viajeros: *el negro tiene un amor por la danza rayando en el delirio; tiende a repetir idéntica y mecánicamente los actos ya realizados; es fatalista y se contenta con el momento que vive sin pedirle nada al futuro; su vida afectiva es lábil y superficial* (ver pág. 729), etc. La raza blanca está, como contrapartida, dotada de todas las virtudes del espíritu científico, de la previsión y del ideal igualitario.

Lo sorprendente, en el fondo, es que semejantes absurdos se hayan podido escribir, tranquilamente, en el primer cuarto del siglo XX, es decir, en una época en que la psicología pretendía (al menos a un nivel manifiesto) haber cumplido ya su revolución científica y, por consiguiente, haber renunciado a cualquier ilusión de conocimiento inmediato. Y precisamente lo que caracteriza el texto de Challaye es la total ignorancia de este precepto, ya que el paralelismo niño-primitivo (negro) y adulto-civilizado (blanco) se basa en la idea más vulgar, en la más completa ilusión de perfecta continuidad entre lo «intuitivo» y lo «objetivo». La creencia en la consistencia científica de un aserto tal —incluido, por otra parte, en un Tratado que pretende ser serio y de gran alcance— entraña —por su misma ingenuidad en la demostración— un determinado tipo de alienación conceptual que no es más que la expresión de extraños «ideales».

En la prolongación de esta ilusión intuitiva nos encontramos inmediatamente con una disciplina que, difícilmente renunciaría al título de científica: me refiero a la caracterología, popularizada en Francia por Le Senne y Berger a partir, esencialmente, de los resultados de

unas encuestas realizadas por dos psicólogos holandeses, entre las familias de todos los médicos de Holanda. Es perfectamente conocida la célebre distinción entre factores del carácter (los tres fundamentales serían emotividad, actividad y secundariedad) y tipos de carácter que se dan en pares de contrarios (coléricos y apáticos, apasionados y amorfos, etc.). Se conoce, también, en qué clase de alquimia desembocan las combinaciones entre estas diferentes instancias.

¿Dónde se encuentra aquí la prolongación de lo que hemos dado en llamar la ilusión intuitiva? En primer lugar los mismos caracterólogos parecen garantizar, en sus manifestaciones, la citada ilusión. Así Le Sense escribe en su *Traité de Caractéologie* (P.U.F. pág. 8) *El pensamiento común vehiculiza, conlleva ya una caracterología que condiciona la acción mutua entre los hombres. Así, se dice de un hombre que «pronto se le sube la sangre a la cabeza» o que actúa «a la chita callando». Esta caracterología popular contiene ya de manera implícita los postulados y los métodos de toda caracterología posible. Pero los errores que se pueden cometer a consecuencia de un saber rudimentario son, en este terreno, demasiado graves para que no deseemos reflexionar al máximo sobre la naturaleza de los hombres y sus relaciones, de tal modo que vayamos confeccionando una caracterología cada vez más precisa y más adaptada a las exigencias de nuestra acción.*

No se trata, evidentemente, de confiarse ciegamente al veredicto del «sentido común» popular, pero el proyecto científico, tal como lo muestra este texto, no deja de referirse a las posibilidades del «sentido común», olvidando entonces que éste es un obstáculo epistemológico y que de ningún modo puede constituir el punto

de partida de una ciencia; lejos de dar vida a un proyecto verdaderamente científico, no hace sino paralizarlo, puesto que dicho proyecto no puede conformarse más que rompiendo con las presuntas aportaciones del sentido común. Más claro todavía: el «pensamiento común» no puede pretender dar —ni siquiera de manera implícita— los «postulados y los métodos» de una ciencia.

La constante utilización por parte de los caracterólogos de las citas literarias (La Bruyère y La Rochefoucauld se llevan la palma) para apoyar sus tesis, de los personajes «célebres» para situar sus tipologías no deja de suscitar cierta desconfianza: los candidatos a bachiller aprenden con regocijo que Chopin era un nervioso, Napoleón un apasionado, es un decir, un emotivo-activo-secundario y Kant un flemático, con una evidente constitución de no emotivo-activo-secundario, como todos notan en cada página de la *Crítica de la Razón pura*. Este nuevo giro hipocrático mal construido se prestaría a risa si no se revistiera de todas las ambiciones del trabajo científico. Desde este punto de vista parece que la ciencia caracterológica no sea más que la recopilación de los tipos psicológicos literarios e históricos, lo cual implica —dicho sea de paso— una determinada concepción, absolutamente convencional, de la literatura y de la historia. La caracterología, a este nivel, no es más que la literatura hecha en fichas.

Por último, y esto es lo más grave, el postulado básico de la caracterología no puede, en absoluto, dejarnos indiferentes. Definir el carácter como *el conjunto de disposiciones congénitas que forman la estructura mental del hombre*; pretender que los elementos adquiridos en el transcurso de la vida, añadiéndose a estas disposiciones congénitas, formarán lo que se llama la personalidad,

no permite distinguir de ningún modo —dentro de la misma tipología— lo que es innato de lo que es adquirido; la idea misma de «rasgo del carácter», no hace más que reflejar las exigencias de una cultura dada (el análisis factorial de la personalidad ha puesto de relieve, por otra parte, esta dificultad) y no comprende fácilmente cómo todavía se puede aceptar con Gaston Berger que la caracterología permite, *a pesar de la diversidad de los individuos, mantener la idea de una naturaleza humana* (*Caractère et personnalité*, P.U.F., p. II).

Detenernos en las deficiencias de la caracterología sería, sin duda, dar prueba de mala fe; continuar divirtiéndonos a sus expensas sería, desde el punto de vista intelectual, deshonesto. Para zanjar esta discusión, digamos que la caracterología no aporta absolutamente nada, no sólo en el terreno científico sino ni tan siquiera en el campo de la investigación psicológica. Kant —entre otros— en sus *Consideraciones sobre el sentimiento de lo bello y de lo sublime* y, más tarde, en la *Antropología desde un punto de vista pragmático*, había puesto ya de relieve, sin pretender por ello hacer gala de sabio, todo lo que los modernos caracterólogos han afirmado; igualmente había señalado también —como adepto moderado de la fisionomía y sin esperar a las tipologías de Kreschmer (1921) o de Sheldon (1927)— las correlaciones, entre el tipo psicológico y los aspectos somáticos, correlaciones que, como todo el mundo sabe, no pueden referirse más que a unos estereotipos nacionales o culturales. Hacer de la opinión ciencia es el pecado mortal de todo proyecto científico: el artículo de Challaye, la caracterología, el análisis de los rasgos de personalidad —sea cual sea el aparato técnico con que se revistan— no constituye, en realidad, más que una novela psicológica, cuyo

principal defecto es el de no querer reconocerse como tal. Así, el clamoroso éxito de la caracterología, además de testimoniar la fascinante seducción que la facilidad ejerce sobre los espíritus «no atentos», revela también que su finalidad profunda —la prospectiva sobre la que fracasa su discurso— le impelía a conformarse sobre un contenido presuntamente científico.

#### IV

Si la iniciación se ha presentado con estas pocas y rápidas anotaciones sobre la caracterología de los pueblos y de los individuos no es tanto para criticar el carácter no-científico de estas disciplinas como para poner en duda su mismo valor psicológico, valor cuyo verdadero representante es, por más de una razón, la actividad auténticamente novelesca. En otras palabras, lo que nos ha venido preocupando es más la denuncia de una psicología no-seria que la denuncia de una falsa ciencia. A partir de ahora nos ocuparemos de la psicología seria que ofrece, además, las apariencias de un cierto valor científico. La caracterología no es, en efecto, más que la sustitución de la antigua psicología intuitiva, esto es, aquélla de la que, precisamente, a mediados del siglo pasado quiso renegar la psicología moderna de carácter científico. Precisamente por ello, no es demasiado difícil —incluso con una reflexión precipitada— mostrar que la caracterología no es más que una supervivencia del espíritu y de los métodos de la antigua psicología. Es mucho más difícil

adoptar la misma actitud ante aquella psicología que ha roto realmente las amarras y de la que vamos a ocuparnos a continuación.

Responder a la cuestión previa y desencajada que hemos planteado no es, pues, contentarse con una denuncia superficial de ciertos «abusos» teóricos y prácticos de la psicología moderna; se trata, por el contrario, de buscar, en el fondo mismo de la disciplina psicológica, la idea de ciencia y de técnica que preside su organización; se trata de romper radicalmente —ante las apariencias de valor científico de que se rodea— con su discurso sobre las garantías de independencia, sobre la benévola neutralidad, sobre el desinterés, en una palabra, sobre la objetividad, ese discurso cuya exclusividad no posee, puesto que lo ha recibido, ese discurso que permite trabajar con el alma en paz y situarse en la «escuela de los hechos».

Sabemos perfectamente que es necesario luchar constantemente contra el tenaz prejuicio de la neutralidad de la ciencia y de la técnica. Por otra parte, con frecuencia es útil distinguir entre las dos instancias ciencia-técnica, que a menudo se confunden en el discurso ideológico. La disciplina psicológica nos ofrece un ejemplo manifiesto de una técnica que busca su científicidad. Cuando, en la segunda mitad del siglo XIX, los psicólogos proclamaron su voluntad de autonomía frente a la filosofía, a través de fogosos manifiestos, afirmaron perentoriamente la solidez científica de su discurso a través, precisamente, de un aparato técnico incipiente. Cuantificante, experimental, la psicología moderna, desde sus albores, recurre libremente a la magia de la objetividad al unir un aparato físico-matemático y una embrionaria teoría de fundamento biológico procedente del darwinismo. ¡Mal-

ditas las nociones metafísicas de alma y cuerpo, maldito el dualismo substancialista heredado del cartesianismo! Sólo la observación, la experiencia, la medida y el cálculo son aptos para rendir cuenta de lo que se llama ya, y todavía, los fenómenos psíquicos, de lo que más tarde se llamará el comportamiento. La técnica existe y se perfecciona de década en década; la ciencia es proclamada por todas partes, incierta para algunos, imposible de encontrar para los inconformistas.

Pero la técnica misma no es «neutra»; se elabora y se desarrolla en el seno de las sociedades industriales avanzadas de la época, en el momento en que se impulsa el reino de la tecnología. La técnica psicológica responde, en realidad, al proyecto de la sociedad industrial, a la necesidad que ésta tiene de seleccionar y orientar a sus individuos en el medio laboral y, por tanto, en el medio escolar, de adaptar mejor las condiciones de trabajo con vistas a un mayor rendimiento, de integrar mejor al trabajador a su empresa y, de modo más general, al ciudadano a la sociedad. La discriminación entre los sujetos psicológicos —en su voluntad de racionalidad— se corresponde muy exactamente con la necesidad de «racionalizar» la organización del trabajo y la promoción social. En la misma época se constituye también la psicología patológica que, a su vez, aporta un cierto número de respuestas a las cuestiones planteadas por la «mutación» de la sociedad y los males que de ello resultan. Los psicólogos reconocen de buen grado que la psicología del trabajo ha surgido de una demanda social (ver, por ejemplo, M. Reuchlin, *Le développement de la psychologie du travail au XX siècle*, en: *La psychologie du XX siècle* n.º especial del Journal de Psychologie, P.U.F., 1954, págs. 209 a 232), pero, se apresuran a añadir que la psi-

cología del trabajo no es más que una de las *aplicaciones* posibles de la psicología científica y que incluso en el caso de que presentara algún peligro, sería absurdo tomar una parte por el todo. Cuando se sabe que los primeros trabajos «teóricos» de la psicología moderna se planteaban, deliberadamente, problemas totalmente culturales y cuestiones de organización social óptima (Cf. Galton, Cattell, Binet...); cuando se sabe que Galton, por ejemplo, en su obra de 1833, *Inquiries into human faculty and his development*, se planteaba la cuestión de cómo se podía mejorar la especie humana —frente a la degeneración que afecta al hombre desde el declive de la civilización ateniense— sustituyendo la selección natural por una selección inteligente y racional, ya no hay por qué plantearse el caso de conciencia de la aplicación legítima o abusiva de una teoría perfectamente neutra; en las investigaciones «teóricas», la aplicación se perfila como el ineludible *telos*, puesto que la «teoría» no ha sido elaborada más que para el cumplimiento de esta finalidad con la exclusión de cualquier otra.

Los psicólogos no dejan de objetar, en un estado de alerta paralelo pero de signo contrario, que la «teoría» no representa nada más que el cumplimiento sistematizado pero temporal, y por tanto hipotético, de investigaciones de orden técnico. Y que hacer una especial distinción de tal o cual teoría considerada como peligrosa, no pone, en ningún caso, en tela de juicio la validez del trabajo científico que se produce *en otro lugar*. Si la «teoría» no es más que el esfuerzo de sistematización balbuceante de los resultados de unas investigaciones técnicas, razón de más para preguntarse de dónde procede la necesidad de la técnica misma y cuál es su lugar de origen; en resumen; a qué demanda responde. Razón de más,



también, para considerar la «teoría» como algo distinto a una torpe traducción de la experiencia técnica.

Encontramos, de nuevo aquí, el eterno procedimiento que consiste en apoyarse más veces en la «teoría» y defender su inocencia para mantener el carácter científico de la disciplina, denunciando sus «malas» aplicaciones; mientras que en otras se mantiene el carácter necesariamente científico de la investigación técnica y se invita a la desconfianza ante prematuras sistematizaciones que, en su «mal uso», no hacen más que traicionar la autenticidad de la investigación.

De hecho, es imposible —si no se trata de una lamentable ceguera— disociar la teoría de la práctica. La obra de Watson, en la medida en que constituye una de las fases teóricas esenciales de la psicología moderna, es, a este respecto, susceptible de evidenciar ese carácter indisoluble puesto que el «behaviorismo» elabora una verdadera arquitectónica de los conceptos que es interesante que consideremos por un momento.

El «behaviorismo» es la primera gran concepción coherente de la psicología moderna con vocación científica; con su cambio conceptual, ofrece un aspecto voluntariamente «revolucionario» que no duda en ofender al «buen sentido» ni en entregarse a los excesos verbales. Todo ello es, en resumen, simpático. El «behaviorismo», como todos sabemos, inaugura su discurso con un acto de ruptura arrojando del campo de la psicología su objeto tradicional, llamado «alma», «conciencia» o «espíritu», o, también, «estado de conciencia» o «vida interior», secuela —en nuestra civilización técnica— del lejano animismo:

*El behaviorista, que siempre ha estado en la escuela de la experiencia, mantiene además que la creencia de*

que existe una conciencia es una regresión a los tiempos más antiguos de la superstición y de la magia (J. B. Watson, *Behaviorism*, edición revisada, Chicago 1930, Phoenix Books, 1966, pág. 2).

Más aún: *Un ejemplo de conceptos religiosos de esta especie es que cada individuo tiene un alma que está separada y es distinta al cuerpo. Esta alma es, en realidad, una parte de un ser supremo. Tal es la concepción ancestral que condujo a la plataforma filosófica llamada «dualismo». Este dogma está presente en la psicología humana desde la más remota antigüedad. Pero nadie ha tocado nunca un alma, nadie la ha podido observar en un tubo de ensayo; nadie ha entrado nunca en relación con un alma como se puede hacer con los demás objetos en el curso de la experiencia cotidiana.* (Ibid, pág. 3).

Sin duda, la primera «revolución» psicológica había sembrado la desconfianza sobre la terminología metafísica; pero nunca se había llegado tan lejos: Ribot hablaba de «fenómenos psíquicos», Wundt conservaba aún la palabra «conciencia». Lo que es radicalmente original en Watson es la actuación con un nuevo objeto y, por tanto, con un nuevo concepto: el nuevo objeto de la psicología es el *behavior*, es decir, *el comportamiento*, definido, en principio, como el conjunto de reacciones adaptativas objetivamente observables que un organismo —generalmente provisto de un sistema nervioso— ejecuta respondiendo a unos estímulos —también observables— procedentes del medio en que vive.

Las palabras-clave de esta definición: adaptación, organismo, estímulo, medio, revelan su origen biológico; y, en efecto, encontramos en la obra de Watson el dualismo organismo-medio. El «behaviorismo» concibe las relaciones entre estos dos términos exactamente del mismo

modo que las concibe la biología darwiniana, es decir, bajo la forma de una adaptación del organismo a su medio: la acción ejecutada, la réplica, la respuesta, no tiene más que una sola y única función, que consiste en adaptar el organismo a los cambios del medio que lo estimulan; la acción ejecutada es pues, siempre, una acción adaptativa. De ahí que la ruptura conceptual realizada por Watson sustituye un dualismo ontológico —el del alma y el cuerpo— por un dualismo biológico y social: el del organismo y el medio. La psicología moderna pone con ello en evidencia el fundamento teórico que yacía más o menos ocultamente en sus primeras tentativas.

Es evidente que la ciencia psicológica se concibe, desde esta perspectiva, como una ciencia *práctica* que tiene la tarea de *prever*: prever la respuesta conociendo el estímulo; predecir el estímulo conociendo la respuesta. La psicología es, así, una ciencia práctica basada en la observación y que debe formular leyes de conjunción:

*El behaviorista pregunta: ¿por qué no ocuparnos de aquello que podemos observar y que constituye el verdadero terreno de la psicología? Limitémonos a las cosas que pueden ser observadas y formulemos unas leyes que conciernan solamente a ellas. En este momento ¿qué podemos observar? Podemos observar el comportamiento, todo lo que el organismo hace o dice. Y señalemos inmediatamente que decir es hacer —o sea comportarse. Hablar abiertamente o hablarse a sí mismo (pensar) constituye un tipo de comportamiento tan objetivo como jugar al beisbol (...) Entendemos por estímulo cualquier objeto en el entorno general o cualquier cambio en el organismo mismo, debido a la condición fisiológica del animal, tal como el cambio que provocamos cuando se frustra la actividad sexual del animal, o su alimentación, o*

*cuando le impedimos construir su nido... Por respuesta entendemos todo lo que el animal hace, por ejemplo: aproximarse a una luz o alejarse de ella, sobresaltarse en el momento de la percepción de un sonido, y, del mismo modo, cualquier actividad más altamente organizada como construir un rascacielos, dibujar unos planos, tener niños, escribir libros, etc. (Ibid. pág. 6).*

La tarea de la psicología ya no es el análisis de los «estados mentales» o de los «estados de conciencia», sino el estudio de cómo funciona el organismo para adecuarse a los cambios de su medio. El reflejo, coordinación entre el estímulo y la respuesta, será considerado como el tipo más simple de interacción y todo comportamiento será observado y estudiado en tanto que desarrollo de esta coordinación elemental. Finalmente, la ciencia tendrá por objetivo la previsión y el control de los organismos individuales.

Hay que comprender que, a los ojos de Watson, el medio no es solamente el medio físico en que vive el organismo, sino que es igualmente —e incluso, sobre todo— el medio *social*; sin esta consideración, la psicología se disolvería completamente en la biología y sus veleidades de autonomía serían absolutamente ilusorias.

Al presentarse la adaptación como el hecho fundamental, la psicología toma un camino que no es, en absoluto, desconocido:

1. Por la idea de que el organismo perfectamente adaptado no hace nada, está en estado de reposo.

2. Por la idea de que la inadaptación, la desadaptación, la mala adaptación, son referidas a la norma de la perfecta adaptación y no interesan al psicólogo más que como adaptaciones fallidas o monstruosas, esto es, tentativas de adaptación.

3. Por el hecho de que las situaciones en las cuales el organismo se halla implicado— y que son casi siempre de naturaleza social— son, de hecho, constelaciones complicadas y muy elaboradas de estímulos siempre definibles sobre el modelo físico, químico o fisiológico.

4. Por el hecho de que Watson —como prueba de la esterilidad de la psicología tradicional y, al mismo tiempo, como estímulo para su propia concepción— aprueba la muy floreciente situación en que se encuentran las ramas de la psicología que se han separado de la psicología de la conciencia y que constituyen lo que se llama la psicología aplicada (psicología experimental, tests, psicología de la publicidad, del trabajo, industrial...) cuyo carácter científico no le plantea duda alguna. (Es útil aquí una referencia al libro de A. Tilquin *Le Behaviorisme*, Vrin, 1942.)

Las cuestiones planteadas por Watson —y que rigen todo su proyecto— son las siguientes:

*¿Por qué las personas se comportan como lo hacen —cómo puedo yo, en tanto que «behaviorista» que trabaja en favor de la ciencia, conducir a los individuos a comportarse hoy de modo diferente, a seguir un camino distinto al que siguieron ayer? ¿Hasta dónde podemos modificar el comportamiento por medio del adiestramiento (training), por medio del condicionamiento? Tales son algunos de los problemas esenciales de la psicología del comportamiento. Para alcanzar estos objetos científicos, el «behaviorista», como cualquier otro hombre de ciencia, debe entregarse a la observación. (Ibíd., pág. 20.)*

Evidentemente, puede parecer que el planteamiento de semejantes cuestiones no está guiado sino por «objetivos científicos» y ningún psicólogo pondrá en tela de juicio el carácter científico de su trabajo. Incluso algu-

nos marxistas han visto en el materialismo de Watson un respeto de las reglas del materialismo dialéctico. Politzer lo creyó durante algún tiempo. Naville, en *Psychologie, marxisme, matérialisme* (Ed. Marcel Rivière, 1946) no duda en escribir:

*Así, el materialismo dialéctico no puede enriquecerse en el terreno de la psicología más que en la vía abierta por el «behaviorismo» tal como Watson lo formuló, o bien en las investigaciones en conexión con él (...) Con la eliminación progresiva de toda «subjetividad» mistificadora, esta psicología alcanza una forma de objetividad óptima (pág. 100).*

No obstante, es extraño que, al confundir con tanta facilidad las luciérnagas por linternas, nadie se haya preocupado por preguntarse sobre la eventual originalidad de tales cuestiones y sobre la legitimidad «científica» de su formulación.

La importancia del «behaviorismo» de Watson, precisamente por el privilegio que otorga al concepto de adaptación, reside en el hecho de que nos permite desvelar uno de los más importantes presupuestos de la psicología moderna: la transferencia de conceptos de lo biológico a lo psicológico entraña paralelamente la importación de un modelo biológico al seno de la disciplina psicológica. Este presupuesto fundamental puede formularse del siguiente modo: el comportamiento del individuo en el medio social debe ser el análogo del comportamiento del individuo en el medio natural. La analogía de las técnicas científicas y psicológicas de que hemos hablado anteriormente descansa, en el fondo, sobre este postulado implícito. Esta nueva forma de «naturalismo» tiene increíbles consecuencias, pues llega a afirmar que el comportamiento social persigue la misma fi-

nalidad que el comportamiento vital (los conceptos de selección, adaptación, aptitud, etc. son prueba de este reconocimiento) y que, por tanto, no hay una ruptura absoluta entre naturaleza y sociedad; en este contexto la psicología —al investigar las leyes del comportamiento individual— debe mostrar, por así decirlo, cómo este comportamiento (en el medio social) afina y prolonga el comportamiento (en el medio natural), cómo los mismos conceptos revelan leyes análogas, sea cual sea, por otra parte, la complejidad del fenómeno estudiado, sea cual sea incluso, la función de pantalla que pueden realizar ciertos conceptos derivados como el de «variable» (que permite jugar sobre varios tableros simultáneamente).

De ahí la importancia de la psicología animal y de su postulado fundamental debido a Darwin (y por ello también a La Mettrie): el hombre no se distingue del animal más que por su grado de complejidad; es distinto cuantitativamente no cualitativamente; el mecanismo de base es el mismo, es decir, el arco reflejo, el dualismo estímulo-respuesta (con sus correlatos: condicionamiento, aprendizaje, etc.)

De ahí también, la importancia en psicología del problema de lo innato y lo adquirido. No es un hecho casual que Ribot, uno de los apóstoles de la psicología científica, se haya interesado tanto en el estudio de la herencia de los hechos psíquicos; si el comportamiento del individuo en el medio social obedece fundamentalmente a las mismas leyes que el comportamiento del individuo en el medio natural, la psicología no sólo —como lo deseaba Ribot— se convierte en una parte de la biología sino que, además, el problema de la herencia de los caracteres intelectuales se hace crucial. Desde este momento, son posibles dos actitudes: o bien se intenta de-

mostrar que las aptitudes intelectuales revelan menos diferencias individuales en relación con diversos medios sociales que en el seno de un mismo medio social y en este caso nos vemos obligados a reconocer que el concepto de aptitud se refiere a algo innato— es decir: adquirido hereditariamente—, quedando referidas a la influencia eventual del medio social sólo las condiciones de desenvolvimiento de tal o cual aptitud; o bien, se intenta demostrar que la herencia biológica de los caracteres intelectuales, del «carácter» o del «rasgo de personalidad», no es en absoluto evidente y que sólo las contradicciones sociales (que sí son observables) determinan el éxito o el fracaso, la adaptación o la no-adaptación; pero entonces, para juzgar sobre el éxito o el fracaso, se toma siempre como referencia una cierta configuración de normas que son las mismas que ofrece, al psicólogo y a su sujeto, la sociedad en la cual viven.<sup>2</sup>

2. "Repetición" del dilema Lamarck-Darwin sobre la influencia del medio y la herencia genética. Sería interesante destacar la filiación Malthus-Darwin-psicología moderna. El modelo biológico, importado en psicología, vuelve —por este camino— a su primer destino, encontrando de nuevo el lazo que le unía a su origen: la ciencia económica como modelo de la biología (este hecho ha sido notablemente señalado por G. Canguilhem en sus *Études d'histoire et de philosophie des sciences*, Vrin, 1968, cf. p. 109). Tendría un gran interés estudiar de cerca los desplazamientos y fluctuaciones de los conceptos de "selección" y de "adaptación", por ejemplo. Igualmente, quizás no se ha destacado suficientemente la analogía formal que rige la primera ley psicofísica (ley del umbral de Weber-Fechner) y el principio de población según Malthus. Hay que hacer notar, por último, que los psicólogos lúcidos comprenden —incluso cuando se propone en términos "desvirtuados"— el alcance real de la cuestión de lo innato y lo adquirido. Así, por ejemplo, Stephen Wiseman cuando escribe en su libro sobre *Education and Environment*, 1964, p. 30: "La cuestión de la herencia y del medio es, para la educación y para los educadores, un problema fundamental pero, es también un problema fundamental para el filósofo y para el hombre político. Hasta tal punto que plantear la cuestión ha sido peligroso en ciertos períodos de nuestra historia y darle una respuesta concreta podían acarrear la prisión, la tortura y la muerte. Y ello en razón de la estrecha ligazón del problema con la cuestión de



En definitiva, sea cual sea la actitud adoptada respecto de este problema —por un proceso de inversión bien conocido que consiste en tomar el efecto por la causa—, se llega a la siguiente posición ideológica —nunca claramente proclamada pero siempre implícita en la construcción misma del sistema—: considerar como «natural» el medio social ambiente y en consecuencia, a partir de la consideración de los individuos, racionalizarlo y organizarlo para compensar los posibles fallos, que pondrían en peligro la buena marcha del sistema. Se trata, en resumen —entendámoslo como una metáfora— de «empujar» un poco a la naturaleza, descubrir sus dictados en el individuo implicado en el medio social considerado como «natural», y asegurar, así, el buen funcionamiento del sistema social.

*El interés, dice Watson, con que el «behaviorista» mira las acciones de los hombres es algo más que el interés del espectador —lo que él quiere es controlar las reacciones humanas al igual que los físicos quieren controlar y manipular cualquier otro fenómeno natural. La tarea de la psicología del comportamiento consiste en ser capaz de prever y controlar la actividad humana. Para llevar a cabo este cometido debe recoger los datos científicos con la ayuda de los métodos experimentales. (Ibíd., p. II.)*

---

la autoridad, divina o laica. Una especulación sobre este punto podía ser considerada como herética y sediciosa, dirigida contra el poder de la Iglesia o del Estado, dado que este poder era detentado por una élite de manera hereditaria. El médico-brujo, el príncipe-obispo, el barón, el emperador, todos ellos han proclamado el poder de los factores innatos; el reformador, el republicano, el radical, el revolucionario han insistido sobre la igualdad del hombre y el poder de la educación, de la formación y de un medio favorable. He aquí por qué tal problema es, ante todo, una cuestión social y política y sólo en segundo lugar una cuestión pedagógica.”

Con el «behaviorismo», nos encontramos ante el logro de la transferencia de un modelo teórico (biológico) a la psicología. Y, al mismo tiempo, la psicología moderna, nacida de técnicas experimentales, encuentra en ello el asiento teórico —finalmente confesado— que desde un principio guiaba más o menos oscuramente su esfuerzo; el «behaviorismo», a este respecto, es menos una «revolución» que una puesta al día de la finalidad profunda de la psicología moderna. Con el «behaviorismo» nos encontramos también ante la elaboración arquitectónica de la combinatoria conceptual de la disciplina psicológica.

Dibujémoslo a grandes rasgos. La anunciada ruptura frente a lo que Politzer llamaba el «mito nocional» de la psicología clásica, a saber, el dualismo del alma y del cuerpo (que implica una dualidad del objeto, una dualidad en su aproximación y, por tanto, la imposibilidad de una psicología científica autónoma), exige en contrapartida el establecimiento de una nueva dicotomía, la del estímulo y la respuesta, o, lo que viene a ser lo mismo, la del medio y el organismo. La psicología tiene su objeto: el comportamiento, es decir, las respuestas de tipo adaptativo. La *adaptación* aparece así como el concepto operativo dominante, puesto que es a la vez el fin, explícito o implícito, de la respuesta y el fin del trabajo del psicólogo mismo en tanto que observador y experimentador: el psicólogo es aquél que debe reajustar una conducta no-adaptada o, al menos, facilitar el proceso adaptativo que caracteriza el comportamiento humano en el medio natural y social (la concepción de la psicología como ciencia práctica de la previsión está ahí para confirmarlo); el psicólogo es aquél que debe, por así decirlo, «corregir» las definiciones del organismo en el me-

dio social (de donde se derivan las nociones correlativas del condicionamiento y de aprendizaje como mecanismos constitutivos del comportamiento). La finalidad del trabajo del psicólogo es, en definitiva, la «racionalización» de la conducta del individuo en el medio social. Y es a este nivel donde se establece la unión entre la psicología «aplicada» y el modelo teórico: los conceptos operativos correlativos al de adaptación, a saber los conceptos de orientación y selección en la vida escolar y profesional, asumen la misión de adaptar o de readaptar (cuando con el concepto de personalidad se desarrolla una cierta función de la psicología llamada clínica) el individuo al medio social al cual pertenece, en función —directa o indirectamente— de los imperativos sociales mismos. El único concepto temático que domina esta «organización» es el concepto de *aptitud* (tal como será desarrollado principalmente por Spearman): el trabajo de la psicología «aplicada» —a través, esencialmente, del método de los tests, los cuestionarios y las entrevistas— consiste fundamentalmente en desvelar las aptitudes del individuo en relación con sus motivaciones y su personalidad (los tests de personalidad reforzaron más tarde el aparato de los tests de aptitudes), con el fin de prever o resolver cualquier conflicto real o posible del individuo consigo mismo o con los demás individuos y garantizar, así, el mejor funcionamiento del sistema.

Sin duda, las motivaciones no eran, al menos en apariencia, unívocas: un embrión de tecnocracia, pero también de humanismo, y un cierto aspecto de igualitarismo; un inicio de dirigismo capitalista, pero también voluntad de desenvolvimiento del individuo, etc. El principal vector sigue siendo, no obstante, el espíritu del «management» frente a la competencia internacional y a

las nuevas salidas abiertas por las conquistas coloniales. Binet y Simon lo revelan ingenuamente cuando escriben :

*Actualmente, el empleo de los tests está muy extendido; incluso existen autores contemporáneos que se especializan en organizar nuevos tests; los organizan según puntos de vista teóricos, sin preocuparse de probarlos repetidamente. Es un trabajo tan divertido como realizar un viaje de colonización por Argelia, avanzando... sobre el mapa, sin quitarse el batín de estar por casa. Pero, nosotros no tenemos la más mínima confianza en esta clase de viajeros y no hemos tomado nada de ellos. Todos los tests que proponemos han sido probados por nosotros numerosas veces, y conservados entre muchos otros que, una vez probados, han sido eliminados. Podemos asegurar que los que aquí presentamos han pasado sus pruebas. (L'Année psychologique, 1905, p. 196.)*

Hay que sustituir este trabajo «sobre el mapa» por una exploración metódica. Nunca se habría conquistado Argelia con la imaginación. La ciencia psicológica debe ser esta «colonización» interior hecha con rigor y destreza.

En consecuencia, lo que se elabora, lo que se perfecciona es la ideología de la gran industria en cuyo destino participan, de la manera más estrecha, la psicología moderna y sus técnicas.

## V

Por ello, resulta curioso constatar la insistencia con que el psicólogo o el psicosociólogo defiende su posición de «neutralidad», se agarra a ella como a las ramas del

árbol de la sabiduría, llegando incluso a veces —en un deseo de salvar unas acusaciones que, seguramente, nadie habría imaginado formularle— a defenderse de ser un agitador o un revolucionario. No necesito otra prueba más que la discusión que siguió a la intervención de Claude Faucheux en el coloquio de Royaumont sobre *El psicólogo en la ciudad* (el coloquio es de 1962, las ponencias fueron editadas en Editions de l'Epi en 1967); durante dicha discusión Claude Faucheux, tomando la palabra, precisó su pensamiento:

*En lo que concierne al problema político sé muy bien que se quisiera hacer del psicólogo un agitador o un revolucionario. Personalmente, no considero que mi papel sea el de hacer la revolución o transformar la sociedad. Transformar la sociedad es la tarea de los hombres mismos que en ella se encuentran. En la medida en que tal transformación es una tarea a la que se entregan sus hombres, nuestras sociedades modernas están en evolución y en continuo cambio. El psicólogo no debe hacer elección alguna en lugar de su sociedad. En contrapartida, podrá ayudar a la realización de estas transformaciones de un modo tanto más deseable cuanto mayor sea su neutralidad.*

Y, sin duda, en un deseo de no faltar a la objetividad, el orador se apresura a añadir: *Ciertamente, cada cual tiene unos valores y unas preferencias, unos deseos que no domina totalmente, que no siempre consigue cuestionar. Pero, yo creo que debe esforzarse por actuar precisamente en esta dirección: poner entre paréntesis sus propios valores, estar en la mejor disposición posible para facilitar las transformaciones, las evoluciones, la comprensión misma de la realidad, con el fin de proveer, a aquellos que intenta ayudar, de una mayor lucidez*

*frente a lo que quieren emprender y a las consecuencias mismas de su actuación. La psicología es política por esencia; lo cual no significa que el psicólogo deba hacer la revolución. La revolución es uno de los aspectos de la realidad social. El psicólogo es, ciertamente, un agente de cambio. No es quien debe decidir respecto de la orientación de este cambio. (Pág. 34. El subrayado es mío.)*

Más adelante, en el transcurso de la misma discusión, Max Pagès, queriendo insistir en el discurso de Faucheux, precisa:

*Lo que nosotros intentamos hacer no es provocar tal o cual cambio, sino facilitar el cambio que tiende a producirse y que las personas, los grupos, las organizaciones, las sociedades están a punto de vivir. (Pág. 45.)*

Notemos de paso el uso de expresiones tan vagas y ambiguas como «evolución», «comprensión de lo real» (¿a qué realidad se refiere?), «agente de cambio», «orientación del cambio» (¿de qué cambio se trata?) y la inevitable cantinela sobre las transformaciones de nuestras sociedades, la evolución rápida, la aceleración de la historia y yo qué sé cuantas cosas más... A duras penas nos hemos salvado de la «dependencia de la realidad humana» y de la «fluidez de la realidad social».

Podemos estar seguros de que en este caso la falta de rigor conceptuable no se debe exclusivamente a un deseo de adaptarse a la complejidad de las cosas. No es tampoco únicamente la expresión de un desfallecimiento teórico. Es, mucho más profundamente —y en el carácter ideológico mismo de su enunciado—, la señal de una *incomodidad*, confusamente vivida, a causa, precisamente, del lugar del psicólogo o del psicólogo en la ciudad. Este lugar problemático confirma el reconoci-

miento del vacío de un lugar teórico real. El psicólogo, en la ciudad, está *en su sitio*; pero este «sitio» no puede, de ningún modo, determinarlo en un discurso explícito. Y, siempre que lo ha determinado ha sido por antilogía: el psicólogo o el psicosociólogo no es un revolucionario; o bien mediante metáforas: siendo neutral no debe elegir la orientación del cambio que constata y sigue para facilitarlo; o bien, por último, con verdaderos lapsus: debe disponerse para facilitar las transformaciones, las evoluciones de las cuales rechaza, desde el principio, la responsabilidad. En resumen, por medio de su discurso, el psicólogo reconoce la esencia del sistema económico y social en cuyo seno trabaja y reconoce también, al mismo tiempo, su pertenencia ideológica a dicho sistema. Es él quien *intenta* —y cito aún a Cl. Faucheux— *remediar los disfuncionamientos y facilitar la solución de un cierto número de dificultades que proceden de la proliferación independiente de subconjuntos culturales en el seno de un mismo organismo social, recibiendo, por tal intento, un gran número de demandas.* (pág. 28.) Traduzcamos brutalmente: el psicólogo o el psicosociólogo —a pesar de tenerlas y siendo cuales sean sus convicciones— es pagado, en el ejercicio mismo de su trabajo, para prevenir o ahogar los conflictos en el seno de la organización social.

Diremos pues que a este respecto, la psicología moderna, responde a la vez a una *demanda* que le ha sido formulada y a una *pregunta* correlativa que nunca se ha planteado directamente. La demanda está ligada al ingreso en la sociedad industrial avanzada, es la demanda de orientación y de selección escolares y profesionales, y son también una serie de demandas terapéuticas ligadas a esta misma sociedad. Es, si se quiere, la psicología «por

encargo», la de Binet, la de Sir Francis Galton; es también la psicología que no sabe aún que su único sentido se lo da la demanda que, oscuramente, justifica su proyecto y sus progresos. En cuanto a la *pregunta* es, ciertamente, correlativa de la demanda pero, muy astuto habría de ser el que fuera capaz de leerla, como en un libro abierto, en los textos psicológicos. De hecho, la pregunta no aparece más que de modo indirecto, lacunar, en la colección de respuestas que constituyen las obras psicológicas propiamente dichas. La psicología moderna es una colección de respuestas a una pregunta que el psicólogo nunca ha planteado y que podría formularse del siguiente modo: ¿cómo integrar lo mejor posible a los individuos en el sistema social al que pertenecen? ¿Cómo conseguir que esta pertenencia *de hecho* se convierta, para el individuo, en una pertenencia *de derecho*?

La psicología moderna es un fenómeno socialdemócrata. Cumple con bastante exactitud —aunque muchas veces a pesar suyo— las condiciones definidas por Marx en *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*:

*El carácter peculiar de la socialdemocracia se resumía en el hecho de que reclamaba instituciones republicanas democráticas como medio, no de suprimir los dos extremos, el capital y el trabajo asalariado, sino de atenuar la su antítesis y convertirla en armonía.* (Colección «Libertés», Ed. J. J. Pauvert, 1964, pág. 260.)

Igualmente, la finalidad de la psicología moderna —en su teoría y en su práctica, unidas indisolublemente— puede expresarse bajo esta forma imperativa: en nombre de un ideal humanista y en nombre de la democracia se la hace actuar de tal modo que el resultado más manifiesto sea la eliminación de aristas y el escamoteo de los conflictos sociales. La elección dolorosa del indi-



viduo como referencia última entraña, irreductiblemente, la manifestación indirecta o larvada de una cierta huella ideológica cuyo trazo es particularmente perceptible cuando, la psicología, nacida en el liberalismo, se revela en el presente como uno de los más claros signos anunciadores de la tecnocracia y se abre paso laboriosamente desde lo que Wright Mills —en otras circunstancias— llamó el «empirismo liberal» hasta el «empirismo iliberal».



## 2

# Una ideología de recambio

La psicología es vehículo de ideales: la psique no representa más que el padrinazgo que la hace calificar de académica. El ideal es sirvo de la sociedad.

J. Lacan, *Ecrits*, Seuil, 1966, pág. 832.

Los ingenieros de almas pronto descubrirán que está usted situado a dos sigmas de la media de adaptación.

Raymond Borde, *L'extricable*, ed. du Terrain vague, 1964.



Encontramos, pues, en las fuentes mismas de la psicología moderna y de la constitución de sus técnicas, la necesidad correlativa de la *organización* y de la *racionalización*. Éste es el lugar común de la psicología teórica y de la psicología experimental que irradia sus técnicas (medidas, tests, cuestionarios, escalas, encuestas, etc.) en todas las ramas de la disciplina, desde la psicotécnica a la psicología clínica, tanto en el medio escolar como en el laboral.

El taylorismo, sin duda, apareció como la primera tentativa de racionalización del trabajo industrial y su plan en tres puntos puede aún hoy ser considerado, a los ojos de un psicólogo como H. J. Eysenck, por ejemplo, *como una especie de manifiesto del psicólogo industrial* (Eysenck, *Us et abus de la psychologie*, Delachaux et Niestlé, Neuchatel, 1956, pág. 114).

¿Cuál es, pues, este plan? En primer lugar, se trata de emplear «únicamente a los hombres buenos», es decir, a los que poseen las aptitudes necesarias para el empleo que se les quiere confiar, garantizándose con tales aptitudes la eficacia de su trabajo y evitando así el desperdicio de energía; esto requiere, por supuesto, una rigurosa

selección de los sujetos. En segundo lugar es necesario instruir convenientemente a los obreros elegidos con el fin de evitar el gesto inútil y la pérdida de tiempo que se traducen para la empresa en una disminución de los beneficios. Por último, hay que estimular al máximo a los obreros con el incentivo de un aumento de salarios. *Selección, aprendizaje, motivación*, éstas son las tres nociones fundamentales para una actuación lúcida en la empresa; son, así, definidas las condiciones de una economía controlada, de una mayor eficacia, de un rendimiento acrecentado y —«prima de seducción» diría Freud— de una más perspicaz utilización de las aptitudes humanas. Todo el mundo, en principio, debería encontrarse a gusto. Es bien sabido que la opinión según la cual el obrero debe ser tratado exactamente igual que cualquier otra pieza del utillaje mecánico ha levantado la indignación humanista del psicólogo y se han expresado vivas protestas contra este «mal uso» de la ciencia. Se ha decidido restaurar el «factor humano», restituirle al trabajador su dignidad y no se encontraría hoy ningún psicólogo —no nos cabe la menor duda— que pretendiera cínicamente ser continuador de la doctrina taylorista.<sup>1</sup> Pero, ¿y si fuera lo contrario?: ¿y si el tay-

1. La reacción de J. M. Lahy es significativa a este respecto. En *Le système Taylor et la physiologie du travail professionnel* (Masson et Cie éd., 1916), Lahy denuncia el triple error que, según su opinión, entraña el taylorismo: error psicológico en primer lugar ya que el obrero, equiparado a una máquina, no es utilizable más que en la medida en que se somete a unos criterios de rendimiento intenso, de superproducción, etc., y las preocupaciones de orden psicológico —o más simplemente de orden fisiológico (como la fatigabilidad)— pasan a un segundo plano, cuando no son pura y simplemente olvidadas. Error sociológico en segundo lugar porque el taylorismo trata al obrero como si toda su existencia se redujera a sus horas de presencia en su lugar de trabajo, como si las distracciones, la iniciativa, el reconocimiento de la dignidad humana no fueran necesidades primarias (es por ello que la guerra contra la “vaguería natural” aparece

lorismo —o cualquier otra forma de «racionalización»— no se hubiera hecho posible, en un juego sutil de demandas y respuestas, más que por el esbozo de las técnicas psicológicas nacidas precisamente para ello? ¿Y si el taylorismo no fuera otra cosa que la conciencia cínica de la exacta finalidad de la psicología moderna y de sus técnicas? Entonces, probablemente, ante esta torpe manera de «meter la pata», la psicología moderna —en sus veleidades humanistas— aparecería como una forma de sus propias «motivaciones» puesto que, del mismo modo, con las mismas nociones (las enunciadas anteriormente) y con la misma finalidad, enmascarada y no deliberada para el psicólogo mismo, la técnica se perfecciona a partir de problemas análogos planteados en términos de rendimiento, eficacia y éxito. El taylorismo, ya no es, a partir de este momento, un incidente en el

---

como una aberración), como si el obrero no fuera, igualmente, cabeza de familia, ciudadano, etc. Error industrial, por último, por cuanto ignora que el uso progresivo de la máquina que sustituye al hombre y le impone un trabajo muy distinto al puramente mecánico, exige, a la vez, facultades de atención, vigilancia, adaptación, en una palabra, “cualidades mentales”, que deberían detectar con exactitud una previa selección profesional. Lo que Lahy reprocha al taylorismo es, pues:

1.º Su carácter inhumano: el rendimiento a toda costa es el único criterio de organización del trabajo profesional (Cf., pág. 180).

2.º Su ignorancia del progreso industrial y de las nuevas condiciones que éste provoca: el obrero se concibe únicamente sobre un modelo mecánico, es una máquina que prolonga el “motor mecánico” (v. pág. 185). Y así es como toda la obra de Taylor no concierne, en definitiva, más que al peonaje con un total olvido del obrero cualificado (v. pág. 177).

3.º Su empirismo: el sistema Taylor, aunque señala un gran progreso en relación con la ausencia total de racionalización del trabajo industrial, no constituye todavía un método rigurosamente científico para el estudio de la actividad profesional (el problema de la fatiga, principalmente, está muy mal planteado). Solamente una psicología industrial basada en la previa selección profesional, seguida de un “adiestramiento metódico de los jóvenes obreros” (v. pág. 195), del perfeccionamiento de la técnica y de la “búsqueda de signos objetivos de la fatiga profesional”, será capaz de ejercer esta función.

recorrido; es, como máximo, una excrecencia de la psicología moderna, extraña, en esencia, a su proyecto, pero torpemente exhibida por un personaje demasiado apresurado.

La propuesta humanista es un importante componente del espíritu de la psicología moderna; su función de «parapeto» es evidente, pero su única manifestación revela suficientemente que el peligro es confusamente presentado como amenaza a la empresa científica misma, más que como amenaza exterior. Ciertamente, el psicólogo se refugia a menudo tras la balaustrada de la neutralidad científica; a propósito del taylorismo Eysenck escribe (op. cit. pág. 116):

*La psicología moderna no tiene ya este mismo sesgo, pero los pecados de los padres caen sobre las cabezas de sus hijos, y hoy en día, para la mayoría de los sindicatos obreros, el psicólogo industrial sigue siendo aún el hombre que comparte los errores psicológicos de los pioneros.*

Y tras el reconocimiento de una cierta «responsabilidad» del psicólogo, tras este examen de conciencia psicológico, llega rápidamente la última excusa:

*El uso que la sociedad hace de los conocimientos científicos está determinado por fuerzas sociales y políticas; en sí mismos los descubrimientos científicos son neutros. En las manos de un dictador los métodos de la psicología industrial pueden convertirse en el medio de acrecentar, con fines diabólicos, la productividad de sus esclavos; controlados por los representantes demócratas de un pueblo libre, estos mismos métodos pueden hacer el trabajo más fácil, más productivo, más remunerador. (Ibíd., pág. 121.)*

Estos dos textos muestran a las claras cómo el psi-



cólogo se encuentra atrapado entre la angustiante situación del aprendiz de brujo y la huida pura y simple ante la responsabilidad científica; entre estos dos polos oscila constantemente —para los psicólogos más conscientes— la «defensa» de su disciplina. Así, H. Piéron escribe en el *Traité de Psychologie appliquée* que ha sido publicado bajo su dirección (tomo III, P.U.F., 1960, pág. 1.397):

*El peligro reside en la tendencia de las colectividades a utilizar los descubrimientos de la ciencia, no para facilitar y racionalizar las actividades humanas, ayudar a los individuos en sus tareas y en su vida, obteniendo además mayores rendimientos, sino para explotar a los hombres en su propia detrimento, tal como no dudó en hacer el taylorismo.*

En el texto de Eysenck, es cuestión de productividad; en el de Piéron, es cuestión de rendimiento. Münsterberg, uno de los pioneros de la psicología industrial y contemporáneo de Taylor, planteaba cuestiones que este último no hubiera desaprobado: ¿Cómo encontrar el mejor trabajador posible? ¿Cómo producir el mejor trabajo posible? ¿Cómo llegar a los mejores resultados posibles? El psicólogo, de hecho, lo reconozca o no, está «embarcado». Es por ello que, tras la denuncia de un peligro exterior, emerge siempre la toma de conciencia de un oscuro peligro procedente del interior; a tal efecto se elaboran códigos de deontología. H. Piéron consagra a ello tres páginas de su *Traité*; cita principalmente a P. Rennes declarando:

*Como «prácticos» no podemos olvidar que nuestra acción recae sobre hombres y que todo lo que hagamos implica una actitud social, una elección entre distintas posiciones posibles. (Ibid., pág. 1.420.)*

La A.P.P.D. (Asociación Profesional de Psicotécnicos Diplomados) ha adoptado un cierto número de principios. El psicólogo, se dice, debe negarse, *en el ejercicio de su profesión, a todo acto o a toda palabra que atente a la dignidad humana; el objetivo esencial de sus esfuerzos será siempre que las personas afectadas por su actividad logren un mayor bienestar y una mejor adaptación a su medio. El psicólogo no debe aceptar condiciones de trabajo que restrinjan su independencia moral y su autonomía técnica; el psicólogo está sometido a la regla del secreto profesional.*

Curiosamente, el peligro «interior» es de nuevo rechazado hacia el exterior a través de las llamadas de atención sindicales. Un texto de Barjonet, citado por H. Piéron, precisa: *el caso de la psicotecnia no es, por otra parte, fundamentalmente distinto del de todas las demás ciencias que pueden ser utilizadas en provecho de intereses egoístas; se pedirá la independencia absoluta de los investigadores y científicos respecto del patronato, el secreto profesional, la posibilidad para cualquier hombre de no responder a ciertas preguntas que considere (incluso equivocadamente) de carácter policiaco.* A pesar de las apariencias y por su mismo desconocimiento profundo de la finalidad de la psicología moderna, tales principios no hacen en realidad más que reforzar el estatuto de la disciplina psicológica como ciencia moderna y probada; en todo caso, un malestar cada vez mayor —especialmente entre la juventud— hace que los propios psicólogos estén retirando tales principios. Éstos responden a una exigencia legítima, incluso necesaria, pero al mismo tiempo son la máxima expresión de la «falsa conciencia».

Es sorprendente que a partir de todas estas premi-

sas, el intento deontológico concluya en un estribillo vagamente humanista:

*De modo general, escribe H. Piéron (ibíd., pág. 1.421), tanto en las aplicaciones de la psicología como en la de todas las ciencias, el principio absoluto debe ser el de trabajar en favor del Hombre, en su sentido más amplio, aunque se muestre claramente que ciertos progresos científicos representen los más graves peligros para toda la humanidad. Trabajar para el Hombre no es favorecer el bienestar exclusivo de una clase de privilegiados, sea cual sea su naturaleza. Trabajar para el Hombre no es ponerse al servicio de una sociedad, concebida abstractamente como una divinidad sobrehumana, cuyos miembros estarían llamados a sacrificarse individualmente en su beneficio, como si no fueran todos los miembros individuales los que constituyeran la sociedad real. (...) Por encima de cualquier ética particular, el principio moral fundamental es el de servir los intereses de la humanidad, es decir, del conjunto de los Hombres.*

La lección merece ser recordada, pues, a partir de este texto, se inaugura una «tercera vía» cuyo alcance habrá que medir. Tras la doble polémica se dibuja la afiligranada colocación de algunos conceptos cuya consistencia habrá que calibrar. Ciertamente la protesta humanista desemboca, tarde o temprano, en la apología de una cierta organización política; en ese momento la ciencia —aún a su pesar— revela también su opción ideológica y el sabio llega a olvidar su preciosa «neutralidad»:

*No obstante, escribe Eysenck (op. cit., pág. 125), los conocimientos aún tan limitados que hemos tenido se han empezado a aplicar y los resultados no son, en absoluto, descorazonadores. La evidencia nos conduce hacia una organización industrial más igualitaria, más democrática,*

*hacia unas relaciones más humanas entre los dirigentes y los trabajadores y, en general, hacia un clima más psicológico y menos económico (subrayado por mí, D.D.). Desde hace algunos años, numerosos escritores anuncian la agonía del «hombre económico». Raros son los que han comprendido que la causa de tal desaparición debe buscarse en la nueva orientación que se da al estudio de los problemas sociales y políticos, orientación basada en el conocimiento exacto de la naturaleza humana más que en creencias hipotéticas y nociones preconcebidas.*

Y añade todavía:

*La solución de los problemas sociales puede ser hallada, al menos en principio, del mismo modo que la de los problemas físicos y químicos (...) no existe, pues, razón alguna para suponer que tal método no sea capaz de obtener conclusiones exactas a propósito de la productividad industrial, o de la motivación o de cualquier otro problema psicológico. La especial atracción que el comunismo ejerce sobre muchos individuos se debe al aspecto aparentemente «científico» que éste da a los problemas sociales; la sustitución de las racionalizaciones equívocas de decisiones doctrinarias, emitidas por la dialéctica marxista, por la ciencia verdadera puede ganar para la causa de la democracia moderna un entusiasmo realmente necesario. Indudablemente, el cumplimiento de un programa de este tipo supondrá el trabajo de muchos cerebros; exigirá múltiples estudios teóricos y experimentales; precisamente en este sentido una de las más importantes contribuciones de la psicología al pensamiento moderno es el haber desvelado las infinitas posibilidades que sus métodos de investigación han abierto.*

Es así como —por un proceso de sustitución muy conocido— la psicología moderna tiende a convertirse en

una *ideología de recambio*. Gran feria de la mentira puesto que «ideología de recambio» no es ni puede ser «cambio de ideología», sino, al contrario, sutil refuerzo de la ideología dominante.

Nos queda por estudiar cuáles son los conceptos fundamentales empleados con este fin, normalmente con completo desconocimiento de causa.

## I

La primera forma de racionalización en el seno de la psicología moderna se elaboró con el concepto de aptitud. Gracias a este concepto se sustituyó —conforme al proyecto de Galton— una selección natural y ciega, basada en la ausencia total de criterios o en criterios puramente intuitivos, por la posibilidad de una selección racional fundada en criterios técnicos y de apariencia científica; tal sustitución se producía en el momento en que, sin duda, las informaciones aportadas por el psicólogo sobre las posibilidades sensomotrices no bastaban ya y se empezaba a ver como algo necesario la investigación sobre las «facultades superiores».

Así pues, en el proyecto de conformación de una «psicología individual», el concepto de aptitud se une, en un primer momento, a la idea de «clasificación»:

*Clasificar a los individuos según sus aptitudes*, escriben Toulouse, Vaschide y Piéron en la primera edición de la *Technique de Psychologie experimentale* (1904, página 252), con una precisión muy distinta a la que pueden lograr exámenes superficiales, concursos o circunstancias fortuitas, ésta es la obra de utilización social que

*la ciencia psicológica, aplicada a cuestiones concretas, podrá muy pronto reivindicar.*

La medida interviene aquí con un rigor inferior al que se plantea en la detección de los umbrales. A este nivel, exigido por el objeto mismo de la investigación, pensar es clasificar. A. Binet insiste a menudo en su obra sobre esta cuestión; hablando de su proyecto de psicología individual precisa:

*No he intentado esbozar un método de medida en el sentido físico de la palabra, sino solamente un método de clasificación para los individuos. Si se perfeccionan, los procedimientos que he indicado llegarán a clasificar a una persona delante o detrás de otra, o de otra serie de personas; pero yo no creo que se pueda medir ninguna de sus aptitudes intelectuales en el sentido en que se mide una longitud o una capacidad. (La mesure en psychologie individuelle, Revue philosophique, 1898.)*

Y más tarde, a propósito de su escala métrica de inteligencia, declara:

*Esta escala no permite la medida de la inteligencia propiamente dicha, pues las cualidades intelectuales no se miden como las longitudes, no son superponibles, sino una clasificación, una jerarquía entre inteligencias diversas; y, para las necesidades de la práctica, esta clasificación equivale a una medida. (L'année psychologique, 1905.)*

La idea de clasificación se corresponde, muy claramente, con una jerarquía funcional cuyos criterios de discriminación se refieren a la media normal obtenida a partir del examen de una muestra de población. Esta clasificación, que no tiene sentido más que en vistas a una posible utilización a nivel de la selección, principalmente, se refiere mucho más a la perspectiva de una división

social que a la de una simple división técnica del trabajo. Así, cuando los psicólogos consideran la noción de inteligencia (comprendida como aptitud general) y aplican tests para evaluar las posibilidades del individuo, se pone de manifiesto que el factor «inteligencia» es comprendido estadísticamente como prolongación de un cierto número de ideas preconcebidas y que los criterios discriminativos están ligados a nociones totalmente ideológicas y en absoluto científicas: la inteligencia será valorada en función de la rapidez de ejecución de una tarea, en función de la posibilidad de adaptación a una situación nueva, y todo ello ligado muy estrechamente a la posibilidad de éxito social, a la facultad de integración al cuerpo social. Terman no dudó en reconocer que la falta de adaptación profesional que caracterizaba a los hombres de un grupo al que le había administrado unos tests (se trataba del grupo C) era, en parte, el reflejo de la inferioridad de su juicio social, significado por el esbozo de síntomas neuróticos más o menos evidentes; mientras que por el contrario, el grupo A, que había dado buenos resultados, se caracterizaba por su esfuerzo para llevar a buen fin un equilibrio social completo: los individuos que componían este grupo eran pues más inteligentes. Eysenck refiriéndose a esta encuesta escribe:

*En lo que respecta al equilibrio social, era muy inferior en el grupo C. En el transcurso de los estudios secundarios y universitarios, los miembros del grupo A ocuparon puestos de dirigentes mucho más a menudo que los del otro grupo. Más adelante el porcentaje de matrimonios fue menor entre los C que entre los A, mientras que la frecuencia de divorcios era doble en los primeros. La felicidad conyugal reinaba más entre los hombres del grupo A y sus esposas que entre los del otro grupo. La*

*inferioridad de la adaptación en los sujetos del grupo C se reconocía también por la situación de paro repetida, por los numerosos cambios de empleo que no aportan ninguna mejora en la situación (...) Las comprobaciones de los padres, de las esposas, de las asistentes sociales, concuerdan y expresan entre los hombres del grupo A una superioridad de perseverancia, de confianza en sí mismos, y un sentido más perfecto de la adaptación a los objetivos perseguidos. Estos hombres carecen de cualquier sentimiento de inferioridad y superan a los del grupo C por su presentación, su atractivo, su vivacidad, su ponderación, su interés constantemente despierto, su curiosidad, su originalidad y su afectuosidad. (Op. cit., pág. 57.)*

El discurso del psicólogo descubre esa perpetua confusión entre criterios científicos y criterios puramente sociales, es decir, ligados a una sociedad determinada, así como el interés de presentar como científico lo que no es más que ideológico. El concepto de aptitud está unido, desde su aparición en la disciplina psicológica, a los conceptos correlativos (al igual que el origen biológico) de selección y de adaptación, pero está también unido a nociones de origen económico que le confieren su alcance real y su auténtico significado, tales la productividad, la eficacia, el éxito, el rendimiento. De donde se ve, una vez más, que la importación de conceptos biológicos al seno de la disciplina psicológica conduce, laramentamente, a una transferencia de modelo teórico que implica la unión de estos conceptos con nociones de un origen totalmente distinto. En realidad, a través de esta fricción de conceptos y de nociones se manifiesta el equívoco fundamental que padece la psicología contemporánea. En ocasiones son verdaderos «olvidos» los que re-



velan la significación y el fundamento de la empresa psicológica, tal como sucede en este texto de Eysenck que uno no puede resistir al placer de citar:

*El niño que haya sido declarado dotado por el diagnóstico establecido por medio de un test de inteligencia, se convertirá seguramente en un adulto inteligente y, a menos que una inestabilidad emotiva y un desequilibrio no creen algún obstáculo, este niño dotado será un hombre brillante en su profesión o un dirigente notable en el mundo de los negocios (ibíd., pág. 58).*

Todo sucede como si los «accidentes» del «camino» no pudieran proceder más que del propio fondo del individuo, de su configuración psicológica únicamente, al margen de cualquier intrusión exterior. Incluso cuando la acción del medio se revela lo suficientemente fuerte como para «desviar» el destino normal del individuo, es el individuo mismo quien asume tal responsabilidad por su falta de facultad de adaptación. Mediante este nuevo giro de *Teodicea*, Dios-Sociedad permanece inocente, únicamente el individuo es culpable.

En este momento se puede captar hasta qué punto la ruptura proclamada por la psicología moderna es una ruptura *formal*: la psicología rompe *formalmente* con el método metafísico de investigación del psiquismo, porque el discurso metafísico se ha hecho inadecuado a la nueva comprensión del psiquismo. Pero este método es sustituido por otro basado en la aportación de las técnicas físico-matemáticas y fisiológicas sin que, por otra parte, el postulado y la actitud fundamentales respecto del objeto hayan cambiado. Los odres nuevos están llenos de viejo vino. La ruptura afecta al método pero no al objeto cuya nueva definición no pone en tela de juicio su estatuto fundamental. La profundización cualitativa

del dato es sustituida por su formalización cuantitativa, pero el «dato» mismo no es, en absoluto, reconsiderado; su valor de fundamento irreductible de la actividad científica nunca se pone en entredicho: el dato es el sujeto cuyo comportamiento se observa, sujeto al que se hace reaccionar ante situaciones dadas y cuyo discurso explícito se acepta, con una aceptación que viene, precisamente, a moderar una desconfianza interpretativa. La ciencia psicológica pretende ser la racionalización de una realidad preexistente a ella y cuya inmediatez debe ser aceptada, en el peor de los casos, por referencia a unos criterios «intuitivos», y en el mejor de los casos por procesos de explicitación previsiva.

La psicología pretende ser ciencia experimental; pero sería necesario tener siempre presente, como lo recordaba recientemente Bourdieu, Chamboredon y Passeron en *Le Métier de Sociologue*, I (Mouton-Bordas, 1968, pág. 31), que la prueba experimental no prueba nada, a no ser bajo una forma tautológica, mientras que no va acompañada *de una explicitación de los presupuestos teóricos sobre los que se basa una experimentación verdadera*; en cuanto a tal explicitación, sigue sin tener ningún valor heurístico *en tanto no esté acompañada de la explicitación de los obstáculos epistemológicos que se presentan bajo una forma específica en cada práctica científica*. Vemos pues que, de hecho, la invención supone, bajo una u otra forma, la ruptura con lo real y con lo que éste ofrece a la percepción. Esto es lo que Bachelard quería dar a entender cuando afirmaba que la máquina de coser no pudo ser inventada más que a partir del momento en que se *había dejado de imitar los gestos de la costurera*. Éste es el caso que, en realidad, la psicología científica no ha dado, puesto que sus conceptos lejos de estar depurados

de toda determinación ideológica, están, al contrario, sobredeterminados por una tal configuración<sup>2</sup>.

Si quisiéramos convencernos de una tal sobredeterminación bastaría con detenernos a examinar las cuali-

2. Ésta es la situación de la psicología moderna en tanto que quiere ser en su conjunto y en un sentido amplio, "experimental". Evidentemente, no se trata de poner en tela de juicio la validez del método experimental sino, solamente, comprender su verdadero alcance. La observación es considerada en él tanto más fiel cuanto más cerca de presupuestos teóricos: "El psicólogo, escribe Paul Fraisse (*Manuel pratique de Psychologie expérimentale*, Avant-propos, págs. 4 y 35), parte de la observación de sí mismo, de sus semejantes, de sujetos (...) Intenta que su interpretación esté lo menos marcada posible por su ecuación personal". Este es, sin duda, el primer presupuesto teórico y no el menor (la famosa "escuela de los hechos"). No vamos a entrar en la escuela de los hechos puesto que el hecho —si por tal entendemos un dato bruto e inmediato— no se da nunca sino que siempre se construye (consciente o inconscientemente). Sin duda, el psicólogo, al querer reducir la acusación lanzada contra la psicología respecto de que la ley es abstracta mientras que la vida no presenta sino situaciones concretas, utilizará el modelo de Galileo para demostrar que, en psicología, ciertas experiencias tienen el mismo carácter aparentemente abstracto que la ley de la caída de los cuerpos; de este modo, se dirá, han sido las sílabas desprovistas de sentido, y no las palabras del lenguaje corriente, las que han permitido establecer las leyes mnemotécnicas.

Pero tomemos un ejemplo preciso: el de una experiencia sobre la formación de conceptos (que se encuentra en el *Manuel pratique* de P. Fraisse), experiencia llamada del "Wez"; el "wez" es una figura arbitrariamente definida como compuesta de dos segmentos de rectas iguales que se tocan por uno de sus extremos en un punto situado a igual distancia de los otros dos extremos. Evidentemente, las figuras serán variadas con el fin de complicar el problema. El experimentador lee la siguiente consigna: "Supongan un salvaje que nunca haya visto un asiento. Al llegar por primera vez a un país civilizado tendría que aprender por una serie de experiencias lo que es un asiento, teniendo en cuenta que este concepto se aplica a toda clase de sillas, taburetes, sillones, etc. Van ustedes a encontrarse en una situación análoga, es decir, que examinando una serie de figuras van ustedes a aprender qué es un "wez". Se muestra entonces la lámina A precisando que todas sus figuras son "wez". Después de 5 minutos de observación la lámina se retira de la vista de los sujetos que, por su parte, deben redactar un intento de definición del "wez" y luego dibujar una figura distinta a las que han visto. Finalizado este trabajo, el experimentador presenta a los sujetos una lámina B cuyas figuras se parecen evidentemente a las de la lámina A, pero que está compuesta de "no-Wez". 4 minutos de observación. Retirada de la lámina. Nueva se-

dades requeridas, en el sujeto de la experimentación, para que éste sea considerado por el psicólogo un «buen sujeto». Un artículo de Van Biervliet (*Psychologie et psychologies*, Journal de Psychologie normale et pathologique, 15 nov. 1927, págs. 818 y ss.) es muy elocuente a este respecto:

*Aquel que consienta en servir de sujeto en una investigación psicológica debe ser, ante todo, concienzudo, es decir, debe explorar el contenido de su conciencia psicológica con el deseo de satisfacer plenamente su conciencia moral.*

El sujeto —se puntualiza también— no debe conocer

---

rie de problemas: hay que repetir una definición del “wez”, decir si el concepto corresponde a una imagen visual, descubrir cómo se ha formado el concepto en el curso de la primera experiencia (¿por ensayo y error?, ¿por intuición directa?, ¿por razonamiento?).

Se ve claramente que la formación del concepto es comprendida como una verdadera inducción a partir de imágenes visuales. Se pone de relieve también que en ningún momento la palabra “concepto” es explicada a los sujetos, pero, al mismo tiempo, se les coloca en una especie de estado de naturaleza que les identifica con el salvaje o el niño. Se les pide, pues, a unas personas que están en posesión del lenguaje y de los medios conceptuales que hagan *como si* estos medios les faltaran, con la finalidad de reconstruir una génesis ideal del concepto que no se basa más que en un postulado empirista, es decir: que el concepto se forma a partir de la imagen visual. Este tipo de experiencias sólo es posible con sujetos que viven en un medio conceptual y no es nada extraño que los resultados de la experiencia corroboren la hipótesis de partida, que otra parte, tampoco está claramente formulada. Tampoco es de extrañar, a pesar del aspecto divertido de la experiencia, que ésta nos diga muy poco sobre la posible formación de conceptos. Hay en ella una forma de ilusión retrospectiva, perfectamente denunciada por Rousseau, que consiste en presuponer lo adquirido en la formación de lo adquirido. Pero este presupuesto teórico no está, en absoluto, explícito y esto nos recuerda la crítica que Merleau-Ponty hacía a Piaget cuando afirmaba que éste no se refería en absoluto a la experiencia real del niño sino solamente a su racionalización por medio de conceptos adultos.

La científicidad no puede ser conquistada en altas lides más que a partir del momento (razón necesaria pero no suficiente) en que los principios teóricos, de que se rodean la observación y la experimentación, se convierten en conscientes y sistematizados.

la finalidad de las investigaciones emprendidas pero debe, no obstante, *interesarse en ellas*. De donde nace la tercera condición: debe tener *un mínimo de inteligencia*; y también debe ser capaz de *fixar fácilmente su atención*; debe, finalmente, tener *un mínimo de resistencia*:

*Es necesario que su paciencia no sea poca ni su estabilidad mental precaria. Los nervios —son, en general, los más inteligentes— no deben llegar a los límites de la neurastenia; deben poder mantener un esfuerzo regular y constante. Toda experiencia psicológica exige, por su misma esencia, ser repetida; pero, cuanto más repetida es, menos interesa al sujeto. En general, es necesario que el sujeto consienta soportar algunas molestias, que sea paciente.*

No se trata de repetir aquí las críticas que tan a menudo se han dirigido a la experimentación psicológica en laboratorio; pero, una tal concepción de las cosas pone, al parecer, claramente en evidencia el hecho de que el sujeto no es tomado como fin sino como medio, un medio que debe reunir un cierto número de condiciones sin las cuales no es ya directamente viable. Pero, es medio ¿en vistas a qué fin? Ésta es la cuestión, la única que tiene sentido. El sujeto no es estudiado más que si responde a unas condiciones «ideales»; no es pues por él que se le estudia, no es *su* psicología la que se investiga, puesto que debe, ya de antemano, reunir un cierto número de condiciones psicológicas sin las cuales la experimentación se juzga imposible o «falseada». No es, pues, el psicólogo quien se dirige al sujeto sino el sujeto quien va hacia el psicólogo con la disposición de ánimo deseada por éste. No es en su «medio» donde el sujeto es estudiado por el psicólogo, sino en el «medio» del psicólogo. Este trabajo de geógrafo que realiza el psicólogo, lo rea-

liza en su propio terreno, sea éste el laboratorio, la sala de visitas o el despacho que ocupe en la escuela o en la empresa.

*El método por excelencia*, escribe Van Biervliet (página 821), *consiste en estudiar a cada sujeto aisladamente y reunir luego el mayor número posible de estas investigaciones individuales, con la condición de que éstas concuerden suficientemente. Actuando así nos basamos a la vez en la precisión de los datos y en la autoridad del número.*

Dicho de otro modo, lo que el psicólogo quiere percibir, en el campo de su investigación, es *la semejanza*; la diferencia —que es el individuo mismo, pero que es también lo contrario de la ley— no se toma en consideración más que en la medida en que es «pequeña». La diferencia no se juzga sino en nombre de la semejanza estadísticamente establecida que —a la vez— se hace norma. La detección de la diferencia «grande» se encuentra, en última instancia, referida a esta norma. La experiencia psicológica se convierte en dictamen pericial. Lo que demuestra claramente el modo en que es concebida la experiencia psicológica es que la adaptación sigue siendo el concepto operativo dominante en esta empresa. H. Spreng, en la obra colectiva dirigida por A. Carrard sobre la psicología del hombre en el trabajo (*Psychologie de l'Homme au travail*, Ed. Delachaux et Niestlé, 1953), precisa que lo que le interesa al psicólogo no es solamente el resultado del test, la prueba, sino el análisis detallado de los diversos factores que la han determinado, es decir, esencialmente, la disponibilidad del sujeto a la prueba, su voluntad de cumplirla y su modo de acogerla (pág. 55):

*La «situación de examen» entera ofrece al examina-*

*dor experimentado una ocasión particularmente favorable para hacer sus observaciones y para establecer, en unas cuantas horas, la capacidad que el sujeto muestra, no sólo de dominarse, sino también —y muy especialmente— de adaptarse a esta situación eminentemente «existencial». Los trabajos diversos y continuamente cambiantes a los que el sujeto se ve sometido, exigen de él una cierta facultad de adaptación intelectual, pero también exigen una adaptación de orden caracterológico que da a la encuesta entera un aspecto próximo a la vida real. De este modo el examen psicológico se desarrolla en una atmósfera que no tiene nada que ver con la atmósfera artificial de los exámenes escolares. No obstante, sucede de vez en cuando, que ni el Sujeto ni el Examinador son capaces de evitar el tan conocido «miedo». En este caso se trata casi sin excepción de candidatos cuyos «nervios» deberían ser tratados. (Pág. 57.)*

Así, el código deontológico del experimentador se corresponde, en el sujeto, con el código de las «buenas disposiciones». El hecho de que estas «buenas disposiciones» —de un modo o de otro— sean tenidas en cuenta por el psicólogo, tanto o más que los mismos resultados de las pruebas, invita una vez más o poner en evidencia el problema de la fusión de los conceptos y las nociones y a desvelar esa cierta percepción del hombre por el hombre que implica la disciplina psicológica con sus pretensiones científicas.

## II

Voluntariamente, tomaremos como punto de partida un texto «excesivo» (es decir: particularmente claro, aunque ciertamente no contaría con la adhesión incondicional de todos los psicólogos) que entresacamos de la obra colectiva citada anteriormente, y que está firmado por la pluma de F. Billon. Se trata de un análisis psicológico del parado:

*Por principio, cada vez que se estudia la posibilidad de enseñar un nuevo oficio a un parado, se debe empezar haciéndole esta pregunta: «¿Por qué está usted en paro?» Ciertamente, puede producirse una falta de plazas disponibles, de modo que no siempre encuentran empleo todos los que lo buscan; pero los buenos profesionales son siempre aquéllos que conservan su ocupación o que, en cualquier caso, encuentran siempre otra. (...)*

*Un parado es, pues, generalmente, un hombre que más o menos ha fracasado en su profesión. Se trata de estos desgraciados a los cuales ningún trabajo les va bien, que siempre tienen la impresión de que todo lo que hacen es demasiado duro para ellos y de que sus superiores no tienen la más mínima comprensión hacia su miseria y de que nadie es capaz de encontrarles el empleo conveniente. (Ibíd., pág. 203.)*

Más adelante Billon se adentra en el análisis atento de lo que él llama el «típico-candidato-al-paro», ser dudoso lleno de complejos de inferioridad, «amargado», «descontento».

Este párrafo de antología plantea, así, las premisas de una reeducación siempre posible —mientras no sea demasiado tarde— que se dirigirá más a una «salvación» psíquica del sujeto que a una eventual orientación en



función de sus aptitudes. Este proceso parece perfectamente comprensible puesto que el individuo en cuestión padece, de antemano, de una deficiente aptitud para la adaptación. La descripción del jefe, del ingeniero, del cuadro ejecutivo y de sus cualidades necesarias —descripción que encontramos unas pocas páginas más adelante, debida esta vez a A. Carrard— constituye una interesante contrapartida a la descripción del parado:

*...pondremos de relieve, en el director, además de las aptitudes innatas de jefe, la presencia de un don para conocer a los hombres y comprenderlos; la objetividad y un espíritu servicial; una seguridad desprovista de rigideces; iniciativa y gran sentido de las soluciones prácticas; decisión apoyada por un espíritu crítico; el gusto y el sentido de la responsabilidad; en fin, una eficiencia comunicativa irresistible. (Ibíd., pág. 213.)*

Esta apología delirante indica claramente que todas las cualidades, cuya ausencia se hace sentir dolorosamente en el parado, se hallan reunidas en la persona del jefe y que aquel que ha «triunfado» es también el que poseía ya esta aptitud para adaptarse, norma suprema en nombre de la cual son juzgados —explícita o implícitamente— los individuos examinados psicológicamente, huella indeleble marcada sobre *las* aptitudes a detectar.

En la medida de sus posibilidades el trabajo del psicólogo consiste en «reclasificarlo», en «sacarlo a flote»; en pocas palabras: interesarse por el hombre. Pero se da el hecho de que este trabajo es inseparable de un postulado metodológico que consiste —como lo querían Laugier y Lahy— en estudiar al parado «como tal», es decir, en considerar al individuo independientemente de las necesidades económicas que han podido hacer de él un «parado» y «hacer su psicología». Por sus mismos presupes-

tos, esta actitud conduce, directamente, a poner en evidencia una ineptitud fundamental para la adaptación, pero es también este criterio, procedente de un lugar distinto al de la ciencia psicológica, el que, de manera implícita rige el trabajo mismo del psicólogo.

Del parado «amargado y descontento» al «dirigente» no hay más que un paso que se da con facilidad. La psicología del parado desemboca, así, sin milagros de ninguna clase, en la psicología del dirigente. Todo sucede como si el parado fuese un dirigente virtual y de este modo una psicología al servicio del Hombre se descubre, en su finalidad oculta, como una simple higiene social. A este nivel el dictamen psicológico viene a ser una verdadera detección. Éste es, lo hemos dicho ya, el momento último de la ideologización de la psicología moderna, pero era necesario dar ese rodeo para la buena comprensión de la situación de los conceptos psicológicos esenciales. A. Carrard, en esta obra que constituye una verdadera joya ideológica, no se anda con rodeos:

*El primer ejemplo (se trata de una tentativa de agitación política iniciada por un «agitador» y que concluye con el despido de este último) manifiesta la influencia de un individuo aislado, que consigue romper la unidad colectiva de la empresa. Todo superior sabe, por experiencia, con qué rapidez consiguen, tales personas, envenenar una atmósfera de equipo. Los medios que utilizan son casi siempre los mismos: reúnen a su alrededor a los descontentos; luchan a base de argumentos demagógicos y de slogans, que actúan gracias a la simplicidad de sus enunciados; esparcen rumores calumniantes; deforman los hechos o los ocultan, y acuden a los bajos instintos del auditorio, tales como el odio, la venganza, la envidia, etc.*

Un poco más abajo llega el veredicto :

*En caso que cualquier esfuerzo sea vano —bien porque se está ante un incorregible, o bien porque el superior no posea la dosis de comprensión y la autoridad necesarias para corregir al individuo— un traslado o el despido son las mejores soluciones. De otro modo, si se tolera la reincidencia se agota al superior y a los compañeros de trabajo, la atmósfera se envenena y el mismo interesado no saca de ello ninguna enseñanza. El despido es, en ciertos casos, el único y el último medio de llevar a este tipo de personas a una reflexión. (Op. cit., págs. 235, 236 y ss.)*

No falta nada : desde la necesaria apelación a los «instintos inferiores», hasta la «corrección» del individuo que perturba la armonía del grupo. Nadie constatará que el trabajo del psicólogo consciente esté exclusivamente en esta simple detección de dirigentes. Hay, en la cita de Carrard, una imagen casi caricaturesca del trabajo del psicólogo, en todo caso hay una óptica que los recientes códigos deontológicos no podrían de ningún modo aceptar. Pero, a un nivel más modesto, menos excesivo, ¿no hay en ello como la dilatación» de un fenómeno que, no obstante, sigue persistiendo? Desde este momento debemos dirigir nuestra mirada más hacia el lado del aparato de los llamados tests de personalidad que hacia el lado de la detectación sistemática. ¿Por qué razón, bajo la influencia de los descubrimientos freudianos principalmente, la psicología moderna ha sentido la necesidad de reforzar el aparato de los tests de aptitud con la elaboración de técnicas que permiten delimitar la personalidad del sujeto? ¿Es, realmente —tal como indica el discurso expreso de los psicólogos—, para no dejar nada al azar, para restituir a la persona humana toda su «di-

mención», para evitar en suma, un diagnóstico precipitado y parcial? ¿No es, por el contrario, la expresión de una nueva necesidad —consecuente con la finalidad de la disciplina psicológica—, aunque nunca haya sido formulada directamente porque tal formulación se hace precisamente *imposible*?

Se trataría de prevenir o de eliminar el coeficiente de agresividad o de adversidad del que el individuo es portador y que amenaza, por ello, el orden establecido. La utilización desviada del psicoanálisis y su éxito clamoroso —sobre todo en los Estados Unidos— sirve aquí de testimonio, ya que la detección de los elementos indeseables se basa en una técnica que tiene, casi deliberadamente, por objetivo la transformación del lobo en cordero.

«No están seguros de que no les llevemos la peste», debió decir Freud a Jung en el barco que les llevaba a América. Entre la peste y el cólera los americanos eligieron la peste, pero esta peste era rentable en la medida en que se podía evitarles, de antemano, cualquier posible cólera. No se podría negar la utilización ideológica del psicoanálisis, utilización en relación con la cual el psicoanálisis ya no es considerado sino como una más entre las diversas técnicas psicoterapéuticas, originadas —muy a pesar— a partir de él y que se refugian bajo su paternal autoridad. De Moreno a Rogers, del psicodrama a la entrevista directiva o no-directiva, pasando por ciertas formas de la antropología cultural, se pone de manifiesto una imagen del psicoanálisis cuya deformación no es, en este caso, esencialmente narcisista. Hasta Freud, la psicología despreciaba lo «inferior»; gracias a Freud, lo recupera, puesto que se hace necesario tenerlo en cuenta; pero se trata de recuperarlo para mejor dominarlo

en el sujeto que lo tuviera en demasía o, en el peor de los casos, para eliminar al sujeto en cuestión. Utilización ideológica que se trasluce claramente cuando el *traduttore* se convierte en *traditore* y la fórmula freudiana: *Wo Es War, Soll Ich werden* se traduce tranquilamente por: «El yo debe desalojar al ello». El yo, seguramente lo hemos comprendido ya, no es otro sino el psicólogo. H. Marcuse, en su epílogo a *Eros y Civilización*, ha mostrado claramente cómo el revisionismo neo-freudiano transformó la teoría psicoanalítica en ideología, intentando edulcorar el dinamismo de los instintos, reducir su alcance y salvar el alma así purificada mediante una ética idealista mezclada de religiosidad. El análisis de Marcuse es, en este aspecto, ejemplar; no podemos hacer más que aconsejárselo al lector. La degeneración de los conceptos freudianos llega a hacer de la cura un simple proceso de adaptación a unas normas que mantienen el *statu quo* y que dan como valores supremos la salud, la madurez y el éxito, asimilando amor y productividad y basando los valores culturales en una vasta armonía que únicamente el individuo, por una sorprendente torpeza, rompería. A este nivel, la neurosis es, en primer lugar, un problema de orden moral y la protesta humanista (otra vez ella) que acompaña a la denuncia del maquinismo y de la pérdida del sentido de «lo espiritual» se reduce a una apología de la voluntad y de la valentía de ser «uno mismo» (*Man for himself* es el significativo título de una obra de E. Fromm) para «sí mismo», a la confabulación de la curación psicoanalítica del «alma» y del acceso a una actitud religiosa. Al mismo tiempo el concepto freudiano de inconsciente se transforma en irracionalidad de una conducta fundamentalmente consciente, algo así como la «mala fe» sartriana con, además,

ciertas connotaciones moralizantes. La sexualidad misma no escapa al replanteamiento general y su papel se ve considerablemente atenuado :

*Los problemas sexuales*, escribe Karen Horney (*Les voies nouvelles de la psychanalyse*, Ed. de l'Arche, págs. 9, 10), *aunque, a veces, puedan prevalecer en el cuadro de los síntomas no son considerados ya como el centro dinámico de las neurosis. Los trastornos sexuales son el efecto, más que la causa, de la estructura del carácter neurótico. Por otra parte, la importancia de los problemas morales aumenta.*

El concepto de personalidad es esencialmente comprendido en la perspectiva de un desarrollo de sí mismo y de las propias virtualidades, como una «maduración»; desarrollo que debe dominar las incidencias mecánicas y materiales que la sociedad levanta en su camino, desarrollo que no puede concluir más que en una perspectiva moralizante: perfecta adecuación del yo a los profundos ideales sociales que se le ofrecen.

Como dice Marcuse :

*Para los revisionistas, el hecho bruto de la represión social se ha transformado en un «problema moral» —al igual que en todas las filosofías conformistas de todos los tiempos. (Op. cit., pág. 229.)*

En este cambio de perspectiva a propósito de la función de la cura analítica, se desliza de manera subrepticia la idea privilegiada de una educación en nombre del criterio de salud psíquica, de un refuerzo del yo, es decir: el arte, y la manera de someterse a una cierta imagen del principio de realidad. Más aún; a pesar de las repetidas, y bienintencionadas, alusiones a la influencia neurotizante del medio social, el conflicto no puede resolverse más que planteando la cura en términos de adaptación

del yo al medio y concibiendo el yo, fundamentalmente, desde la perspectiva de un optimismo sanitario: no hay más que seguir la tendencia natural hacia la completa maduración para restablecer esta comunicación con el otro que, en algún momento, pudo debilitarse.

Cuando una ideología dominante se siente oscuramente amenazada, no tiene ningún escrúpulo en valerse de un aparato proclamado científico para savarse del naufragio. La sociometría del Moreno cumple con bastante eficacia este papel. El punto de partida es, a la vez, una protesta humanista y la cuestión de la selección natural en un medio social. En primer lugar protesta humanista. Largos estribillos lacrimógenos nos explican que la enfermedad de nuestro tiempo reside en *la incapacidad del hombre para oponer a la máquina, a la rutina cultural, al robot, algo distinto de la sumisión, del sabotaje destructivo o de la revolución (Fondements de la Sociométrie, P.U.F., 1954, pág. 357)*. Se ha dado el tono, y sin equívocos. Se trata de transformar al hombre mismo en lugar de limitarse a arreglar su entorno. Evidentemente, no dejará de plantearse cómo unas invenciones mecánicas pueden llegar a ser peligrosas para «las aptitudes creadoras del hombre». No se dejará tampoco de recordar la angustia del hombre ante la exuberancia del progreso industrial y la perpetua amenaza que presenta la proliferación de la máquina. Desgraciadamente para él, el hombre no ha sabido responder al peligro más que por una «actitud agresiva»:

*Inventa el socialismo con la esperanza de que cambiando los modos de producción y de distribución la máquina podrá servir a su progreso con mayor eficacia. (pág. 358.)*

El hombre, cómo dudarlo, se ha descarriado. Curio-

so acto fallido: ha olvidado que él es, ante todo, un ser «creador»:

*Para el hombre que quiere luchar contra el peligro hay otra salida muy distinta que la destrucción de las máquinas o la planificación económica: puede ver en el hombre al ser biológico y al creador y considerar la humanidad como una asociación de creadores. La traición del conservadurismo y la amenaza de mecanización pueden ser evitadas gracias a una estrategia de la creación. (Ibid.)*

La sociometría será la teoría de esta estrategia. Por esta razón la polémica antimarxista alimenta gustosa el proyecto de Moreno. Este texto, por ejemplo:

*Poco a poco se prepara el terreno para la gran experiencia. Sistemas como el marxismo u otros análogos, que sueñan con reorganizar las relaciones humanas en el mundo entero, han sido analizados y las causas de su fracaso puestas de evidencia. Parece claro que este fracaso es debido a un insuficiente conocimiento de la estructura de la sociedad humana tal como existía en el momento del proyecto marxista. Un conocimiento parcial bastaba: había que conocer la estructura total. Sabemos que para alcanzar este total conocimiento todos los miembros de una sociedad deben convertirse en activos participantes. Cada individuo, cada pequeño grupo, cada grupo importante, cada clase social, debe participar. (pag. 61; ver también pág. 7.)*

La idea general está muy clara: lo que Moreno reprocha a Marx es la idea misma de la lucha de clases. Marx prestó poca atención al «factor psicológico» y no se dio cuenta de la tendencia esencial del hombre a la participación, ni de que es esta participación la que hay que racionalizar con los métodos adecuados y con un mínimo de buena voluntad. En la prolongación de la doctrina



del impulso vital, inscribamos, pues, en el frontispicio del monumento erigido a la gloria de la naturaleza humana, las categorías de la espontaneidad y la creatividad, y actuemos para conseguir su desarrollo racional. Así se irá reformando, progresivamente —a partir del pequeño grupo como unidad de base—, toda la sociedad:

*He llegado a la conclusión de que sería más provechoso hacer revoluciones a pequeña escala que intentar subversiones totales (pág. 8).*

Todo el espíritu de la psicología moderna está, quizá, contenido en esta simple frase.

Pero es también cuestión de selección. Este tema, decididamente, vuelve a plantearse con seguridad sobre el tapete psicológico. Su filiación es, por otra parte, de todos conocida; se cita a Malthus, Darwin y Galton:

*Francis Galton fundó la eugenesia, arte «de conservar y mejorar las cualidades innatas de las generaciones futuras». Yo propongo la sociogenesia, arte «de estudiar y de preparar en el universo aquellas condiciones que permitan a cada humanismo vivir y que no nieguen a ninguno el acceso a la vida» (pág. 369).*

No insistamos sobre las soluciones delirantes propuestas en las últimas páginas de la obra. Otros lo han hecho ya y no hay ninguna necesidad de volver sobre ello. Ciñámonos más bien a la pregunta misma y a lo que significa en el plano de los conceptos. *Who shall survive?* Éste es, por otra parte, el título original de la obra:

*La hipótesis darwiniana de la selección natural afirma la supervivencia de los organismos mejor adaptados a su entorno: de este modo las variaciones favorables a la adaptación tienden a conservarse, las desfavorables tienden a destruirse. ¿Quién debe sobrevivir? Este es un problema que, hasta el presente, se ha planteado en el te-*

*rreno de la biología. Nosotros recogemos tal problema, pero planteándolo sobre el terreno de la sociología, o, más exactamente, la sociometría. ¿Cuáles son las leyes «sociales» de la selección natural? ¿Quién debe sobrevivir? la cuestión no se plantea, evidentemente, más que en una sociedad que —como de sobras lo ha probado la sociometría— permite la ruina y la destrucción de una parte considerable de su población. Por el contrario, dicha cuestión no tendría ningún sentido en una sociedad «sociométrica» en la que cada cual encontrara su lugar, en la que cada uno pudiera aportar su participación en lo mejor de sus aptitudes, en una palabra, en la que cada uno pudiera sobrevivir. (Págs. 3-4.)*

El planteamiento de una cuestión tal podría hacer suponer que las soluciones consecuentes tendrían en cuenta las relaciones de producción en el seno de la sociedad global, pero, de hecho, esta «sociología» (que no es más que una psicología camuflada) concluye en la consideración del individuo como elemento fundador del grupo: la posibilidad de supervivencia del individuo no se encuentra más que en el individuo mismo y en su reforma interior; el peligro está en el maquinismo que mecaniza las relaciones humanas y aliena, de este modo la profunda naturaleza del hombre; la solución es el dominio de la máquina por el hombre y la correlativa introducción de la espontaneidad creadora en las relaciones humanas mecanizadas:

*«En el medio dominado por la máquina, el modelo técnico está únicamente en función de la creatividad y en estricta dependencia de ella, el ser que tiene derecho a ser considerado como «el más apto» es el hombre-creador, el dueño, y no el servidor o el esclavo, de la máquina. El tipo de hombre que prevalece en un medio mecanizado*

y rígido está, en el otro medio, condenado a perecer (pág. 359).

Así se realiza la unión entre la protesta humanista y el problema de la selección.

Hermoso programa. Pero, en realidad, ¿a dónde nos conduce? El aspecto mesiánico de la obra de Moreno no puede obnubilar el evidente resultado de su teoría y de sus técnicas. El hecho de que se hable de la formación de una *república duradera y armoniosa*, de que se condene el egoísmo de los individuos y de los grupos que no dudan en levantarse los unos en contra de los otros, *persiguiendo cada cual solamente su propia felicidad*, pone en evidencia con claridad meridiana una opción: se trata de reconsiderar, *frente al brutal conflicto de fuerzas espontáneas, el problema de la libertad* (pág. 4). En realidad, esta reconsideración del problema de la libertad conduce, desde el primer momento, a disciplinar la espontaneidad. Si bien la espontaneidad es buena, no lo es cualquier espontaneidad. Se le dice a Freud:

*Una ciencia de la personalidad, una ciencia de la sociedad, una ciencia de la civilización que no se basen en una teoría de la espontaneidad y de la creatividad carecen de todo valor. Se mete en un callejón sin salida: éste es el destino de cualquier sistema negativo de análisis, como el de Freud o el de sus discípulos, incluso los más heterodoxos* (pág. XXIX).

La espontaneidad que Freud descubre es una mala espontaneidad, esclerotizante y destructiva. Al contrario, la espontaneidad que se acompaña de creatividad representa el valor supremo y la más alta dignidad de la naturaleza. La tarea del sociómetra consistirá, pues, en convertir la mala espontaneidad en buena espontaneidad, en limar las tendencias mórbidas y corrosivas de la espon-

taneidad; su tarea será una «catarsis» con miras a la constitución de una «ética social»:

*La sociometría es la ética social por excelencia. Tras el frente de las operaciones sociométricas se halla oculto un conjunto de principios ético. En uno de nuestros tests sociométricos recomendamos a nuestros sujetos, entre líneas, tomar esta actitud moral: «Cuando elija o rechace una pareja sea sincero», «sea espontáneo»; cuando en un psicodrama o en un sociodrama pedimos a los participantes (individuos o grupos) que representen sus problemas, les recomendamos que no se encierren en su egoísmo, que sean generosos; en otros términos, nuestras prescripciones son de orden ético: 1.º Di la verdad y recibirás la verdad; 2.º Da tu amor al grupo y te responderá con amor hacia ti; 3.º Sé espontáneo y encontrarás la espontaneidad (pág. 60).*

El concepto moreniano de espontaneidad tiene sus raíces en la biología; es concebido como una manifestación del impulso vital y Moreno ve en él el origen de la cultura misma. Pero:

*Aunque la espontaneidad sea la facultad más universal y, desde el punto de vista de la evolución, la más antigua, es, no obstante, el factor menos desarrollado entre los que operan en el mundo del Hombre; en efecto, lo más frecuente es que sea contrariada y desestimada por los mecanismos culturales (pág. 17).*

En oposición a una energía sometida al principio de conservación (la libido freudiana, por ejemplo), la espontaneidad aparece, desde el momento en que se asocia a la creatividad, como una función de la vida misma, una especie de rayo liberador que garantiza el progreso moral de la humanidad, así como su progreso técnico. Un

espiritualismo de fundamento biológico, ésta es la significación real de la doctrina de Moreno.

Examinemos por un momento las técnicas empleadas por la sociometría. El postulado básico es el siguiente: el individuo es considerado, en primer lugar, como el *socius*, es decir, el prójimo, el compañero. La utilización de la expresión «ego auxiliares» para designar a los que participan en tal o cual experiencia, no niega en absoluto ese punto de partida. A partir de ahí, el trabajo se centrará sobre la más pequeña estructura social imaginable, a saber: un núcleo de relaciones interindividuales, que Moreno designa con el nombre de átomo social, sometido a distintas corrientes empáticas unidas bajo la designación general de *tele*. Para que la experiencia tenga un sentido la relación organismo-medio debe ser «activada»; para ello es necesario que el medio se transforme en una *situación específica, generadora de acciones, cargada de motivaciones estimulantes*; e igualmente, y al mismo tiempo, es necesario que el organismo se convierta en *el actor en situación susceptible* de representar su papel con el máximo de espontaneidad. Se requiere, por tanto, la participación consciente de los actores como condición *sine qua non* del éxito de la experiencia y la revolución verbal consiste, así, en restituir a la dicotomía organismo-medio una dimensión fuertemente dinámica que parecía paralizar la huella de la mecanización social. Hay que ser uno mismo: éste sería el único imperativo para el éxito de un psicodrama o de un sociodrama. Esta condición, tal como hemos visto, se basa en una concepción ética de la práctica comprometida.

Las dos técnicas esenciales puestas en práctica por la sociometría recapitulan, según parece, los dos aspectos fundamentales de la psicología moderna: por una parte,

se trata de cambiar interiormente al individuo para mejor ajustarlo al grupo; por otra, se trata de desvelar la constitución íntima de toda ideología y construir, artísticamente, las premisas de una ideología de recambio.

El psicodrama «realiza el primer proyecto. Cada individuo es susceptible de entrar en conflicto con la coerción que implica la vida en común. La necesidad primera, que preside la organización del psicodrama, es el conseguir que la libertad no engendre el desorden. Para lograrlo es necesario que los conflictos sean detectados a tiempo. Para remediar la inadaptación la única solución es recurrir a un proceso de liberación que desembarace al sujeto de sus obsesiones, de sus «complejos», con el fin de devolverle su «espontaneidad creadora». Puede captarse aquí la gran ambigüedad de una disciplina que quiere ponerse al servicio del hombre, permitirle actualizar su espontaneidad, pero que sólo puede realizar su proyecto dentro de un marco escénico. Es en esta ambigüedad donde se refleja la finalidad profunda de la teoría sea cual fuere, por otra parte, su discurso manifiesto. *De hecho* —como dice Moreno— *la resolución última de los conflictos mentales profundos exige un entorno objetivo, el teatro terapéutico*. De tal modo que el establecimiento de la situación experimental que debe llevar a su límite los tropismos irradiados en la situación social habitual, está totalmente sometido al principio de participación (*involvement*). Es entonces cuando pueden entrar en acción las manifestaciones del *tele*, factor universal cuya transferencia *no es más que la parte patológica*. El objetivo confesado es, pues, la reorganización de la personalidad y su fusión en el grupo: lo que Moreno llama una «catarsis de integración» y que distingue de la simple catarsis de abreacción de origen freu-

diano. El resultado final de esta catarsis de integración es una «catarsis de «grupo». El sujeto, en efecto,

*ha dado su amor y he aquí que, a su vez, los demás le dan el suyo. Sea cual sea ahora su psiquismo, ha sido, en su origen, modelado por el grupo; gracias al psicodrama él vuelve al grupo y, a partir de este momento, los miembros del mismo comparten sus experiencias vividas y él comparte, con ellos, las suyas* (pág. 39).

Esta catarsis por exceso que constituye el psicodrama, en cuyo transcurso el sujeto se libera de sus afectos manifestándolos libremente sobre la escena, muestra a las mil maravillas que esta descarga teatral de la «espontaneidad» es, al mismo tiempo, la mejor garantía de que no habrá una descarga análoga en el medio social cotidiano. Una vez desembarazado de todos estos agentes perturbadores, el sujeto puede volver a ser ese individuo dócil, buen marido, buen padre, buen empleado, buen ciudadano que nunca hubiera debido dejar de ser. Habiendo agotado un papel ficticio el sujeto puede asumir «con toda libertad» su papel social, es decir, la sumisión a los ideales del grupo. Una vez más, la higiene mental no es otra cosa que una higiene social. En nombre de la protección de la espontaneidad, es la protección del grupo y de sus ideales dominantes la que queda, de hecho, asegurada. La idea de conflicto entre grupos queda sustituida por la de conflicto intraindividual y de participación jurídica en el grupo.

La ideología de recambio aparece más claramente aún cuando se pasa del psicodrama al sociodrama, es decir, a la ampliación sistemática de una técnica eficaz. En este caso el verdadero sujeto ya no es el individuo sino el grupo, cuyos miembros se consideran impregnados ya de papeles sociales y de papeles culturales. Así pues, el

grupo es en el sociodrama el equivalente del individuo en el psicodrama. Pero, se trata ahora de una investigación activa y profunda, de las relaciones que se forman entre los grupos y de las ideologías colectivas» :

*La catarsis, en el sociodrama, es distinta a la del psicodrama. La aproximación psicodramática se dirige, sobre todo, hacia problemas personales y tiene por objetivo una catarsis personal; la aproximación sociodramática afecta a problemas sociales y busca la obtención de una catarsis social (pág. 40).*

El proyecto queda claramente definido: la terapéutica individual es cuantitativamente insuficiente pero cualitativamente eficaz; una cierta forma de rentabilidad exigiría, pues, la práctica colectiva de la técnica individual y solamente esta ampliación del campo de investigación permitiría unos resultados a la vez satisfactorios y rápidos :

*Estos últimos métodos no solamente se han revelado útiles sino irremplazables ya que, bajo la forma del sociodrama, pueden explorar y tratar, a la vez, los conflictos surgidos entre dos órdenes culturales separados, por cuanto que, al mismo tiempo y por la misma acción, emprenden la tarea de transformar la actitud de los miembros de un grupo cultural respecto de los miembros de otro grupo. Además, el sociodrama puede afectar a amplios grupos de gente y, poniendo en acción la radio y la televisión, puede afectar a millones de grupos locales, de grupos de vecindad en los cuales están latentes o incluso empiezan a manifestarse en abierta lucha, conflictos y tensiones interculturales. Pero a duras penas se empieza a entrever todo lo que —en las investigaciones sobre el drama y el papel social— sería virtualmente capaz*



*de sugerirnos métodos eficaces para influir y transformar la opinión pública y las actitudes* (pág. 41).

Está claro que se trata de reconciliar los grupos étnicos, pero se trata también de reconciliar las clases sociales. Y el «tratamiento», que se basa en lo que nosotros llamaremos *una eliminación sistemática de lo negativo*, está cimentado en el siguiente postulado ideológico: una ideología es segregada por una aglomeración de individualidades sometidas a múltiples «motivaciones», pero que el grupo consolida en una aparente unidad a través de «identificaciones» diversas que tienden hacia una «personalidad» dominante. La eclosión de la ideología, considerada como manifestación instintiva y no ya como estructura específica que expresa unos intereses de clase, conduce directamente a que la ideología sea reducida a una especie de fantasma individual susceptible de una terapéutica adecuada. En este sentido se puede hablar, a este nivel, de las premisas de una ideología de recambio:

*Ya no se trataba de explorar únicamente la estructura de una colectividad, sino de aplicar los resultados de la encuesta a situaciones colectivas reales con el fin de disminuir peligrosas tensiones internas y de llegar a una catarsis social. En otras ocasiones, la experimentación sociométrica ha permitido evitar alteraciones en la administración de ciudades y triunfar sobre la resistencia por parte de los ciudadanos* (pág. 62).

Vemos, pues de qué presupuesto se alimenta la idea de que el «pequeño grupo» reproduce, en su microcosmos, los fenómenos constitutivos de la sociedad global. El mismo «training group» no escapa a este presupuesto. En cierto modo B. This, G. Lapassade y A. Lhotellier lo han puesto de relieve (Cf. *Les stages de formation psycho-*

*sociologique*, en *Le Psychosociologue dans la cité*, págs. 204 y ss. en particular). Pero el artículo de J. B. Pontalis (*Les techniques de groupe: de l'idéologie aux phénomènes*, en *Après Freud*, T. M. Julliard, 1965, págs. 221-240) sigue siendo un análisis ejemplar. Por una parte, en efecto, las técnicas de grupo parecen responder a una cierta demanda económica: se trataría de aprender nuevas maneras de «dirigir» calibrando las múltiples posibilidades del clima más favorable; el problema pedagógico —que parece ser aquí determinante— se mezcla, de hecho, y muy estrechamente, al problema más general de la jerarquía y de sus componentes más aceptables para la buena marcha de la empresa. El «training group» es realmente un grupo de aprendizaje para los cuadros directivos y la selección se efectúa en ellos sin grandes problemas. Pero, por otra parte, el postulado que rige este tipo de actividad puede ser enunciado del siguiente modo: *la ley de estructuración de un grupo sería inmanente a este grupo* (Pontalis, *op. cit.*, pág. 230). El grupo se encuentra, así, separado del universo social, está basado en una independencia absoluta que concentraría esquemáticamente los mecanismos normales de la vida social activa. La necesidad de un «retiro», de un lugar cerrado para llevar a buen término el proyecto, para «hacer grupo», indica bastante claramente la aceptación conjunta de una «protección» y de una «reiteración». Desde este momento, el «grupo», unidad indisoluble, se encuentra transformado en valor primordial; el individuo no tiene más sentido que el de participante, no existe más que por y para el grupo; debe *integrarse* al grupo, modelo reducido de la sociedad global.

Por esta razón las técnicas de entrevista —de las cuales proceden, en parte, las técnicas de grupo—, sean di-

rectivas o no directivas, cumplen una función en muchos sentidos similar o, en todo caso, perfectamente complementaria. Un psicoterapeuta americano, Linder, escribe: *La psicoterapia es un proceso de educación tanto o más que de tratamiento. Su clima es esencialmente educativo* (citado por Nahoum, *L'Entretien psychologique*, P.U.F. 1963, pág. 62). *Se le pide al terapeuta, añade Linder, que sea un pedagogo y al paciente que participe en el proceso que se realiza por su bien.* Podemos preguntarnos con pleno derecho de qué tipo de educación se trata. Snyder, a través de Rogers, aporta la respuesta: *la finalidad de la psicoterapia es la modificación de las actitudes emocionales socialmente inadaptadas.* Thorne, por su parte, precisa que las capacidades intelectuales son las que constituyen las fuentes principales de la adaptación. Así pues, las conductas emotivas y afectivas son consideradas como factores de inestabilidad y, en consecuencia, como *causa* de inadaptación. Solamente el dominio de lo inferior por lo superior, o, si se prefiere, de la emoción por el intelecto, puede situar al individuo en el buen camino. Es inútil insistir sobre este punto puesto que no acabaríamos nunca de citar ejemplos pertinentes y la crítica se hace por sí misma. Pero, a partir de tales premisas, no deberemos extrañarnos de que las revoluciones con fama de «inalcanzables» sean vistas como inmensos psicodramas...

Todas estas corrientes concomitantes trazan la imagen de una técnica cuyo campo de aplicación se extiende desde una reabsorción metódica y cerrada de lo negativo hasta su sistemática eliminación.

### III

La reabsorción o la eliminación de lo negativo es —lo hemos visto ya— inseparable de la idea de grupo como criterio reconocido de todo proceso pedagógico o terapéutico. Por ende, esta reabsorción o esta eliminación no tiene ningún sentido mientras no va acompañada de un movimiento correlativo y más «positivo» que se llamará: *el desarrollo del sentimiento de pertenencia al grupo*.

En un análisis, admirable en muchos aspectos, William H. Whyte Jr. ha puesto de relieve las múltiples implicaciones del estatuto de las ciencias humanas en las sociedades industriales avanzadas. Apoyándose en particular sobre los trabajos de Gunnar Myrdal, el autor muestra (en *L'Homme de l'Organisation*, Plon 1959, págs. 40 y ss.) que el haber tomado de la física la noción de equilibrio, incluso la de equilibrio estático, conduce subrepticamente al teórico a considerar la armonía socialmente deseable (armonía del *statu quo* o armonía del futuro, precisa Whyte), mientras que las nociones paralelas de inadaptación, desequilibrio o desorganización son, de entrada y por el mismo presupuesto teórico, calificadas de «cosas malas». En el mismo sentido los subproductos de la idea de conflicto —tensión, frustración, etc.— se incluyen en la categoría maniquea de lo «malo», mientras que la moral del equilibrio se basa, por su parte, en el valor otorgado al grupo como última norma referencial que postula la no-fricción, el no-conflicto, en una palabra, la armonía inmanente como constitución jurisdiccional del grupo.

Este punto es particularmente evidente en esa indisciplina que, desde Elton Mayo, se ha llamado «relaciones

humanas», disciplina que tiene su origen en la esencial constatación de que, en el seno de una empresa, la producción aumenta cuando se hace una llamada a la participación de sus trabajadores. El fundamento del pensamiento de Mayo, según sus propias palabras, es el siguiente: «*Para todos nosotros, el sentimiento de seguridad y la ausencia de la inquietud se derivan siempre del hecho de la pertenencia a un grupo*» (Citado por Whyte, *op. cit.*, pág. 49). A partir de ahí, cualquier conflicto sugiere la imagen de una ruptura de comunicación (la imagen habla por sí misma: la comunicación es la primera de hecho y de derecho; la situación conflictiva no proviene más que de una «ruptura» y, por tanto, de una especie de falta frente a la racionalidad organizativa que es la única que querría poner en tela de juicio esta «caída» impenitente). La ciencia, como tal, se encarga de prevenir los conflictos o —cuando los hay realmente— de hacer que el individuo vuelva a la solidaridad social. La entrevista con el técnico-consejero permite, pues, el restablecimiento de la relación, considerada como «normal», del individuo con el grupo al cual, de hecho, pertenece. Whyte cita el caso de aquella obrera que, gracias a Mayo, *descubrió por sí misma que no le gustaba un encargado porque se parecía a su suegro, a quien ella detestaba* (*ibid.*, págs. 51-52). Se trata, también aquí, no de cambiar las relaciones sociales reales, sino de transformar el interior del individuo para readaptarlo a esas relaciones reales que, a priori, no pueden ser consideradas más que como satisfactorias. *En suma, el dogma, dice Whyte, consiste en un juicio de valor según el cual lo necesario es la adaptación y no el cambio.*

La protesta humanista, aquí como en otros lugares toma altos vuelos. En efecto, un mínimo de lucidez exige que

se comprendan las consecuencias del considerable desarrollo del modo de producción. Nadie discute que haya «crisis», pero son los términos mismos con que se afronta la crisis los que exigen ser reconsiderados. Por un desplazamiento, cuya significación no se trata ahora de dilucidar, es siempre el «lado bueno» de la máquina el que encaja las críticas más ditirámicas: la era medieval garantizaba una integración casi perfecta del individuo al grupo; la fusión se realizaba gracias al estatuto mismo del pequeño grupo que garantizaba estrechas relaciones del siervo con el señor: la solidaridad —por parodiar a Durkheim— era, en cierto modo, orgánica y no mecánica. Todo el mundo se sentía afectado, nadie abandonado. Pero, he aquí que la revolución industrial disgrega este antiguo modo de vida; la afluencia de los campesinos hacia las ciudades contribuye a establecer un estado de aislamiento moral y físico; la pérdida de los valores tradicionales no se ve, en absoluto, compensada por el vagabundeo espiritual que implica el nuevo modo de vida. La segunda evolución industrial añade al aislamiento producido por la primera la creciente deshumanización del propio individuo, simple engranaje de una mecanización creciente cuyo sentido último le es totalmente ajeno.

Vemos, así, que solamente la máquina es responsable, que solamente el progreso técnico —factor de progreso social por otra parte— detenta el privilegio de la culpabilidad intrínseca que envenena las relaciones sociales. Éste es el esquema simplista —falso rousseaunismo puesto al día— que abunda en la literatura anglosajona y europea.

¿Nos extrañaremos, a partir de ahora, de la buena conciencia inicial desplegada en los trabajos sobre las «relaciones humanas»? Se trata, en realidad —las premisas

lo garantizan—, de volver a introducir la humanidad de las relaciones en el interior de un grupo que el maquinismo desenfrenado amenaza, perpetuamente, en su solidaridad interna. ¿Viejos residuos del liberalismo de finales de siglo? De acuerdo. Pero también, primer jalón, aún no bien integrado, colocado en el camino de la tecnocracia triunfante. La huelga, las manifestaciones obreras son vistas, al mismo tiempo, como la eclosión de una crisis moral y psicológica profunda. Las masas no son más que un conglomerado de individuos frustrados, afectivamente desconcertados, inadaptados a la nueva situación. El psicólogo tiene ahí su función.

Kerr y Fisher (*Common frontiers of the social sciences*, 1957, citado por Bourdieu, Chamboredon y Passeron en *Le Métier de Sociologue*, pág. 67, nota 2) han deslindado claramente los presupuestos de la escuela de Mayo mostrando que la observación cotidiana de los contactos directos y de las relaciones interpersonales en el interior de la empresa implicaba la convicción confusa de que *servados para la investigación*, y, muy especialmente, *la organización de la empresa y que este grupo y sus miembros obedecen esencialmente a determinaciones afectivas*. Todo el sistema de Mayo *se desprende automáticamente de dos elecciones fundamentales. Una vez cumplidas tales elecciones, todo estaba ya dado: los métodos, el dominio del interés, las prescripciones prácticas, los problemas reservados para la investigación*, y, muy especialmente, *la indiferencia ante los problemas de clase, de ideología, de poder*.

Es, precisamente, este desplazamiento del acento de la crítica hacia los modos de producción lo que comporta, inevitablemente, la aceptación de las actuales relaciones de producción. El uso de los tests de personalidad

apunta a esa ideología implícita del justo equilibrio social que únicamente el individuo —por una especie de pecado original frente al sentimiento de pertenencia— podría alterar. Los tests de personalidad se destinan, entonces, a medir lo que Whyte llama —con una muy pertinente expresión— la «lealtad potencial» (*ibíd.*, pág. 237). La imaginación psicológica, insatisfecha con las medidas elementales entre las que aparecen la introversión y la extroversión, se puso a trabajar, no sin cierto éxito:

*En la actualidad, se usan normalmente tests que indican, con una aproximación de décimas, el índice de conservadurismo-radicalismo, la cantidad de juicio práctico, de juicio social, de perseverancia, de estabilidad de un individuo, su índice de satisfacción, su hostilidad hacia la sociedad, su comportamiento sexual y, actualmente, algunos psicólogos están trabajando en un test que permitirá medir el sentido del humor. (Ibíd., pág. 238.)*

Los cuestionarios, las técnicas proyectivas colaboran estrechamente en la creación de esta nueva inquisición. Cuando Whyte, a modo de novatada, tomó la iniciativa de un proyecto de carta universal en la cual serían consignados todos los resultados de los tests administrados al individuo desde su infancia y destinada a evitar a las empresas inútiles gastos de energía, hubo un gran número de personas que dijeron que se trataba de una idea maravillosa y que era ya hora de pasar a la acción.

La neutralidad de los tests de personalidad no es más que aparente; están, en su mismo enunciado, llenos de juicios de valor apenas implícitos y basta con un corto entrenamiento para desenmascararlos sin grave riesgo de error. El psicólogo objeta, a menudo, que en estos tests no hay ni buenas ni malas respuestas (ésta sería la diferencia esencial con los tests de aptitud). Pero, estas «bue-



nas» y «malas» respuestas se vuelven a encontrar a otro nivel que no es ya el de la habilidad o el del saber bruto, sino el de lo conforme y lo no-conforme. Tal como dice Whyte, con una sensatez desconcertante, «no vemos por qué tal o cual compañía se tomaría el trabajo de pasar unos tests si no estimara que ciertas respuestas son mejores que otras» (pág. 267).

De hecho, el «perfil psicológico» del individuo que la constelación de tests debe, en principio, descubrir, no tiene sentido más que en relación con el «perfil del grupo». Y cuanto más se aproxime el «perfil psicológico» del individuo al «perfil del grupo», es decir, a la *idea* que se hacen del grupo, tantas más posibilidades tiene el sujeto de triunfar en su carrera. Aquéllos que vendrían a trastornar las correlaciones establecidas son apartados sin miramiento alguno. Basta, para convencerse de este estado de cosas, con echar una mirada a las opiniones de los directores de empresa. Dos mil de ellos han sido interrogados por la revista *Enterprise*, n.º 428, 23 noviembre 1963, págs. 81-83 (citado por F. Bon y M. A. Burnier, *Les nouveaux intellectuels*, Ed. Cujas, 1969, pág. 151 sobre cuáles eran, en su opinión, las cualidades deseables en los cuadros para cumplimentar correctamente la función de dirigentes y de técnicos. He aquí la clasificación de las preguntas :

*El 41% de las cualidades primordiales son las morales y las de carácter: lealtad, rectitud, energía.*

*17'5%: cualidades de juicio.*

*14'5%: eficiencia en la organización del trabajo propio del cuadro.*

*14%: comprensión del otro, tacto.*

*13%: conocimientos técnicos.*

Es sorprendente, no obstante, que cualidades que, en principio, son calificables de «intuitivas», tras una investigación psicológica más profunda, pasen al primer rango de las cualidades requeridas, mientras que las cualidades que pudieran parecer, a un espíritu ingenuo, las esenciales (cualidades técnicas de saber y de competencia) no están más que en el último lugar.

Es muy recomendable, sin duda alguna, la lectura de las interesantes páginas que Whyte consagra, en su libro, a «Cómo hacer trampa en los tests de personalidad» (ver págs. 558-564).

#### IV

Tras la pareja correlativa de la eliminación sistemática de lo negativo y del desarrollo del sentimiento de pertenencia, aparece el concepto mágico de *participación* como postulado de la ideología de recambio. Gordon Allport, uno de los más importantes psicólogos americanos contemporáneos, dedicó a este tema una conferencia pronunciada en la sociedad de estudio psicológico de las salidas sociales, en 1944, en la Universidad de Columbia bajo el título *The psychology of Participation* (reproducida en: *Great Ideas in Psychology*, por Robert W. Marks, Bantam Books, U.S.A., 1966, págs. 473-496).

Allport distingue la simple «actividad» de la verdadera actividad a la cual llama «participación». Cuando el individuo realiza un trabajo mecánico sin dedicarle interés alguno, cuando no está «estimulado», termina siempre por rebelarse contra la autoridad establecida. Así pues, es interesante, tanto para la sociedad como para el

individuo, encontrar una fórmula de participación que motive suficientemente al individuo en su trabajo y evite de este modo la molesta aparición de tensiones y conflictos. La famosa «revolución industrial» tiene, de ello no cabe ninguna duda, una parte esencial de responsabilidad en ello:

*Desde la revolución industrial, se ha acrecentado considerablemente, para los ciudadanos medios, la dificultad de comprender y de actuar sobre las fuerzas que controlan su destino. El individuo es miembro, en potencia, de un gran número de colectividades, definidas como grupos de gentes que tienen un interés común, así, por ejemplo, los titulares del derecho al voto, los automovilistas, las personas de edad, los empleados, los consumidores, los practicantes.*

*Ninguna colectividad incluye todos los intereses del individuo (Op. cit., pág. 487).*

Allport resume en algunas frases todo su pensamiento:

*La actividad sola no es participación. La mayoría de nuestros conciudadanos pasan por el sistema sin comprometer sus propios egos, ni siquiera en las actividades vitales que les conciernen más directamente.*

*Cuando el ego no está realmente comprometido, el individuo reacciona. Vive una vida de incómoda (ugly) protesta, encontrando una salida en las quejas, las huelgas, y, sobre todo, en la víctima propiciatoria, en tales condiciones está maduro para convertirse en un demagogo cuyo único proyecto es el focalizar y utilizar la explosión agresiva de los egos no-participantes.*

Lo que se desprende de la lectura de esta conferencia de Allport es la impresión sensible de que ni siquiera las reformas políticas y económicas pueden absorber completamente este coeficiente de adversidad que el indivi-

duo mantiene frente al grupo social al que pertenece, pues siempre quedará un pequeño fondo de personalidad antidemocrática que es el propio del individuo. Lo que leemos, pues, entre líneas, es la idea de que solamente una «participación» reconocida es susceptible de hacer comprender al individuo que, más allá de los conflictos de interés y de los ideales de clase, el principio de identidad de la naturaleza humana, su dignidad, no tienen sentido más que por el reconocimiento del otro *ego*: este otro es también yo mismo; «participamos» juntos *en* la construcción de nuestra sociedad porque «participamos» *de* la misma naturaleza. Pero lo que leemos, también, es la idea de una reforma de afectividad, única manera de eliminar esa tasa de agresividad que el individuo, por una especie de malsana complacencia, alimenta en sus entrañas. Cambiar al individuo, metamorfosearlo en su interioridad combatiendo las fuerzas nocivas que lleva dentro de sí; promover la «participación» comprendida como expresión suprema de la dignidad humana, única esperanza, también, de cambiar las relaciones sociales; he aquí lo que lleva implícita esa «participación» de derecho que el psicólogo debe hacer entrar en juego. Por ende, el psicólogo es el primer participante («Los psicólogos como participantes» es el título de uno de los párrafos de la conferencia de Allport, cf. pág. 491). Él es quien está ya educado y quien, por tanto, puede asumir la tarea de educar a los demás para el mayor bien de la democracia. Toda esta misión no impide en absoluto —en la espera de que todos sean «educados»— que se preparen algunas válvulas de seguridad que conduzcan a un desplazamiento de los objetivos entre los individuos. En efecto, la participación es un arma de doble filo, ya que, si partimos del principio de que cuanto más ligado está

el grupo más intensos son los conflictos, comprendéremos fácilmente que:

*En un lugar en que la participación de los miembros implique a su personalidad total y donde los conflictos sean reprimidos, si, no obstante, los conflictos estallan, éstos pueden amenazar el fundamento mismo de la asociación (L. A. Coser, Les fonctions des conflicts sociaux, en: Psychologie sociale, Textes fondamentaux anglais et américains, escogidos, traducidos y presentados por A. Lévy, Dunod, 1965, pág. 494).*

En consecuencia, no es malo que en una sociedad global se mantengan algunos conflictos cuyos efectos se anulan, mientras que, por otra parte, se propone un cierto modelo de participación:

*En las estructuras sociales ágiles, continúa diciendo Coser, se entrecruzan múltiples conflictos, con lo que aumenta la posibilidad de escisiones fundamentales en un determinado plano. La participación de los miembros en otros grupos les mezclan en distintos conflictos de grupos, de tal modo que la totalidad de su personalidad no se encuentra implicada en ninguno de ellos. La participación fragmentaria en una multitud de conflictos constituye un mecanismo de regulación en el interior de las estructuras (ibíd., pág. 495).*

Para no limitar los efectos de la verdadera «participación» es, por tanto, necesario el establecimiento de válvulas de seguridad que faciliten los objetos sustitutivos para la hostilidad que será, de este modo, transferida. El conflicto mismo se encuentra desviado de la relación originariamente insatisfactoria hacia una situación en la cual el objetivo del individuo no es ya el resolver una situación insatisfactoria, sino solamente liberar la tensión

que de ella resulta para —¡claro está!— el mayor bien de la organización establecida.

Así es como se dibuja la posibilidad de esta «tercera vía» de la que antes hablábamos. Toda la dificultad consiste en transformar una notable hostilidad en participación, en sustituir el posible enfrentamiento por la colaboración efectiva. Para lograrlo, no se duda en tomar el apoyo de una concepción genética del individuo y de la masa. Del mismo modo que el individuo, en el estadio infantil, se caracteriza por una dependencia completa respecto del entorno y que su lenta y penosa emancipación viene marcada irreductiblemente por el egocentrismo, así también la masa informe, en una total dependencia económica, no empieza a tomar conciencia de sí misma, progresivamente, más que a partir de un cierto número de intereses que ella cree tener en común. Del mismo modo, también, como el adolescente experimenta el deseo de oponerse, por un rechazo de la autoridad, a los que le han educado, también la masa, en su fase organizativa, afirma el buen fundamento de sus derechos, reivindica, protesta, se rebela, entra en lucha contra la clase que la empleó. Del mismo modo, por último, que el hombre «hecho» es aquel cuya madurez viene acompañada de una conciencia aguda de las responsabilidades, de un espíritu de cooperación y de abnegación, con muestras evidentes de altruismo, así también, la clase obrera, reconocida a través de sus sindicatos, liberada de los problemas personales de cada uno de sus miembros, en posesión de una cierta objetividad, dispuesta a asumir tanto sus derechos como sus deberes, reemplaza *la actitud de oposición de naturaleza afectiva por la conciencia de la comunidad de intereses* (ver A. Carrard, *Psychologie de l'homme au travail*, pág. 241).

La madurez consiste en superar el estadio germinal de la oposición sistemática, ir al peluquero cada quince días, ser amable con el jefe y comprender que no se trabaja *para* él sino que todos trabajan *juntos* por el interés común de la empresa. Cuando se instala este estado de ánimo, cuando se puede pasar al estadio «constructivo», entonces los pequeños conflictos, que pudieran surgir a pesar de todo, son absorbibles mediante algunos oportunos «trucos» psicológicos. He aquí dos ejemplos citados por Carrard:

*Acaba de declararse una huelga en una fábrica. Los obreros ocupan sus edificios y no quieren dejar pasar al director. Este último no pierde la calma y se contenta con decirles: ¿Tengo derecho a pasar a mi despacho, verdad? Le saludan y le dejan pasar. (Op. cit., pág. 244.)*

*Cualquiera que desee combatir una consigna negativa deberá oponerle un slogan que exprese de manera parecida y, si es posible, mejor, los deseos y las aspiraciones esenciales del hombre (Subrayado en el texto). Así, por ejemplo, las consignas del tipo: «el capital explota el trabajo», «el patrón es el enemigo n.º 1», pueden ser contrarrestadas por slogans de este género: «Sin capital no hay trabajo», «sin colaboración no hay éxito», «in elevación de la productividad no hay aumento del bienestar», etc. (Ibíd. pág. 248.)*

Pero, como es necesario que el sentimiento reconocido de la participación se base en medidas «realistas», si hay que combatir, con la ayuda de medios adecuados, *dos opiniones muy extendidas hoy en día entre los asalariados, expresadas por los siguientes slogans: «Explotación del trabajo por el capital», «No tenemos voz ni voto»* (Ibíd., pág. 273), el combate estará, evidentemente, mejor fundamentado cuando se libre al trabajador del sen-

timiento de que es explotado: *Preconizaremos medidas que le permitan interesarse en el éxito y en el desarrollo de la empresa en el mismo grado que en el capital invertido* (ibid.). Así pues, la participación postulada se convertirá en participación efectiva por la vía paralela del interés en los beneficios y de la reforma interior del individuo.

## V

Tras el par «eliminación sistemática de lo negativo-desarrollo del sentimiento de pertenencia» y el postulado de participación, lo que rige el conjunto de la empresa, dándole, al mismo tiempo, a la disciplina psicológica su fundamento filosófico e ideológico más claro, es el *ideal de transparencia*. Es conveniente, pues, por último, que nos preguntemos sobre la significación exacta de este ideal de «transparencia». Un artículo de Karl Rogers, *La relation thérapeutique: les bases de son efficacité* (Bulletin de Psychologie, 224, XVIII, I, 1.º de octubre de 1963, págs. 1-9) puede servirnos aquí de hilo conductor.

La relación terapéutica requiere, según Rogers, cuatro condiciones esenciales, que descansan sobre un postulado fundamental. El postulado está enunciado en los siguientes términos:

*Lo que determina, más que ningún otro factor, la eficacia de la relación es la calidad del encuentro interpersonal.*

Es evidente, pues, que el «cliente» no debe ser considerado por el terapeuta como un «objeto» cualquiera, sino como un *sujeto* titular, de derecho, de una cierta



tasa de espontaneidad que aflora de mil maneras en el transcurso de la entrevista. Por ende, las condiciones de la eficacia de la relación terapéutica deben responder a esta necesidad de considerar al «cliente» como una «persona».

La primera condición es definida de este modo :

*El desarrollo hacia la madurez de la persona se facilita cuando el consejero es, verdaderamente él mismo, cuando en la relación con su cliente, es auténtico, sin fachadas, receptivo a los sentimientos y actitudes que en cada instante experimenta. La expresión «estado de acuerdo» (congruencia) intenta describir esta condición. Entendemos con ello que los sentimientos con los que el terapeuta realiza la actual experiencia le son disponibles, es capaz de tomar conciencia de ellos, de vivirlos, de experimentarlos en la relación de una manera existencial, de comunicarlos al cliente si lo cree conveniente. Dicho de otro modo, llega a establecer una relación directa en tanto que persona, se llega a un encuentro de persona a persona (pág. 2).*

En cuanto a la segunda condición, es correlativa de la 1.ª; a la autenticidad del consejero debe corresponderle el deseo de captar la autenticidad del «cliente».

*El terapeuta debe hacer la experiencia de una comprensión exacta, empática, del mundo privado de su cliente y debe ser capaz de comunicarle fragmentos significativos de esta comprensión. Revivir el mundo interior de su cliente con la significación que para él tiene, revivirlo «como si» fuera su propio mundo, pero sin perder nunca la cualidad de «como si», esto es la empatía. Esto parece lo esencial en toda relación que intente promover la actualización de la persona (...) esta empatía extremadamente sensitiva es lo que parece más importante*

*para permitir al cliente alcanzar un clima de intimidad consigo mismo, aprender, cambiar, expresarse.* (Pág. 3.)

En el fondo, no hay nada demasiado original. Volvemos a encontrar las fórmulas bergsoniana y scheleriana de «intuición» y «simpatía», así como la voluntad de comunicar directamente con el otro a través de un delicado juego de reflejos en el espejo, juego en el que la actitud inicial garantiza de golpe el éxito de la experiencia. A decir verdad, el deseo de sustituir una concepción en mosaico del individuo (la misma que se encuentra con los tests de aptitudes) por una concepción de la personalidad global (introducida en psicología con el uso de los tests de personalidad) apunta a dos tipos de preocupación:

1. Una preocupación de orden epistemológico. 2. Una preocupación de orden moral.

1. Ante el atomismo psicológico que rige la detección de las aptitudes en el campo de la selección y de la orientación escolares y profesionales, el psicólogo —en nombre de una concepción personalista— prefiere considerar la persona «como un todo» y como poseedora de una «profundidad» (cf. W. Stern, *La Psychologie de la personnalité et la méthode des tests*, *Journal de Psychologie*, 15 enero 1928, págs. 5-18). Lo que se hace entonces cuestionable es la idea de que, de una serie de resultados de tests, pueda salir, como por encanto, una imagen del hombre. Bien al contrario, solamente por la consideración de «la relación con el conjunto de la personalidad» se hace inteligible el resultado de un test (de aptitud, por ejemplo), por cuanto el resultado de un test aislado «representa ya una reacción de la personalidad global». Así, en contra de una cierta forma de simplismo, hay que considerar, tal como dice Stern, que «el resultado de toda la

serie de tests no es una yuxtaposición de elementos sino un sistema de capas en la personalidad activa que no difieren unas de otras más que por su posición y su centro» (pág. 10). Podríamos, quizá, aceptar fácilmente una tal crítica de índole «personalista» —Poltzer, en cierto modo, no decía otra cosa por cuanto la «persona» es considerada, en ella, como centro de perspectiva heurística para la buena marcha del método de los tests. Pero esta crítica es inseparable de la segunda en que el concepto de «persona» adquiere una connotación muy distinta.

2. La preocupación de orden moral se refiere a la idea de que la persona: a) tiene una profundidad, b) tiene una cierta espontaneidad.

a) La persona tiene una «profundidad». La idea de estratificación preside la temática de la profundidad «personal»:

*La vida personal no solamente extiende en superficie la simultaneidad y la sucesión de sus estados y de sus procesos, sino que posee un volumen, una estructura vertical que se compone de capas situadas a distintas profundidades* (pág. 10).

El psicólogo, sin duda alguna, debe la idea de estratificación, en primer lugar, a Freud. Por este motivo se podría esperar legítimamente una orientación claramente psicoanalítica en la investigación. De hecho no es así. Al contrario, Freud sólo se cita para criticarlo por haber tenido la insolencia de dar extremado privilegio al «aspecto sexual», al igual que su «falso hermano», Adler, no tomó en consideración más que la tendencia a «afirmarse e imponerse». Lo que, en realidad, interesa a Stern no es la hipostasia de tal o cual tendencia, sino la personalidad global, la personalidad tomada como un todo:

*Contra todas estas concepciones dualistas de la persona, la teoría personalística representa claramente, incluso en la cuestión de la estratificación, el punto de vista de la unidad del todo. No es tal o cual capa en particular la que constituye la esencia de la persona, sino el hecho mismo de la estratificación (subrayado en el texto). (Pág. 12.)*

En esta sustitución de la parte por el todo —sustitución que entraña, de vez en cuando, el rechazo de no se qué determinismo— se revela el carácter «moral» del concepto. Se considera, ciertamente, que la orientación personal del individuo no se refiere únicamente a unos intereses, deseos o voluntades conscientes, entre los que las tendencias «profundas» ocupen un lugar; sino que estas «tendencias profundas» emanan del fondo mismo de la personalidad, son la autenticidad del individuo transmitida al observador por la «actitud» del interesado; son la «profundidad» de la persona tanto en el sentido topológico como en el «moral». Precisamente esta confusión entre profundidad y autenticidad es la que dota al concepto de persona de su connotación «moral». Lo que aquí se defiende es el individuo en tanto que persona que alimenta en sus entrañas la más pura autenticidad. El concepto de «persona» se hace espiritualista.

b) No es demasiado sorprendente que, en contra de las oscuras determinaciones de la elección o de la acción, la persona se descubra portadora de una «cierta espontaneidad» que los tests de personalidad deberán sacar a relucir. Es entonces, cuando, a modo de beneficio secundario, estalla la voluntad polémica del humanismo personalista. El psicólogo reconoce que el diagnóstico psicotécnico de las aptitudes responde a dos problemas muy distintos (la selección y la orientación), pero

que las necesidades de la demanda social han dado prioridad al primero de ellos. Ya es hora, en nombre del respeto a la persona, de atraer la atención sobre el segundo problema; si los tests de aptitud cumplen perfectamente su función en el campo de la selección no sucede lo mismo con el de la orientación, cuyo problema (¿cuál es la profesión más conveniente para este individuo?) es muy distinto al de la selección (¿cuáles son los individuos mejor dotados para este trabajo?). Y es que la orientación profesional debe considerar *al hombre entero* (cf., pág. 17) que, en la elección de una profesión, *debe inspirarse en la estructura completa de su personalidad*.<sup>3</sup> De este modo, los tests de personalidad deben en apariencia llenar el vacío dejado por los tests de aptitud en el terreno de la orientación profesional; sólo aquéllos parecen apropiados para captar la personalidad total del individuo interesado en la elección de una eventual profesión.

Pero, en orientación profesional, no se pone el acento sobre la adecuación de los tests solamente por razo-

3. H. Wallon adopta una actitud fundamentalmente distinta ("Sélection et orientation professionnelle", *Journal de psychologie*, nov-dic. 1929, págs. 710-727, reproducido en *Principes de psychologie appliquée*, A. Colin, III, 2): 1.º al subrayar que la orientación tiene una gran importancia para la economía social, "puesto que tiende a proveer el trabajo y la producción de la mano de obra más apta y puesto que con ello reduce al mínimo el mal rendimiento del obrero y su desclasificación final". Sutil, como siempre, Wallon considera la orientación como provechosa, a la vez, para la empresa y para el individuo: la empresa encuentra en ella su tasa de rendimiento y su provecho, el individuo encuentra su nivel de promoción social o, al menos de su no-fracaso social. Tal como están las cosas no queda nada por decir. 2.º "La orientación profesional consistiría, sobre todo, en descubrir en cada uno las tendencias oscuras que una determinada profesión podría satisfacer, al menos simbólicamente: sería una aplicación del psicoanálisis" (art. cit., pág. 727). H. Wallon, consciente del equívoco que comporta una visión de este tipo, precisa que, en cualquier caso, lo que debe ser determinante es el punto de vista del individuo.

nes de método; es también por razones «morales». Hasta tal punto que Stern considera deseable que *la psicotécnica de la selección no quede del todo ajena al nuevo punto de vista personalístico* (pág. 18). En efecto, la industria, las empresas tienden, demasiado a menudo, a considerar al hombre como una máquina, como parte integrante del mismo equipo material. Éste era, tal como sabemos, el punto de vista taylorista. El psicólogo humanista reacciona contra esta óptica moralmente reprochable. Y, así, la selección aparece como el lado malo de la psicología, mientras que la orientación sería su lado bueno. Se dibuja, aquí, de nuevo, el buen uso y el mal uso de una disciplina que, en sí, sigue siendo técnica de una bienintencionada neutralidad. Hemos visto lo que se debía pensar de esta reacción humanista —verdadera feria de engaños— que permitiría —a través de los conceptos empleados y a pesar de la buena fe del psicólogo un perfilamiento de la técnica misma hasta el punto de llegar a constituir las premisas de una ideología de recambio. «Persona», «autenticidad», «espontaneidad»: la trilogía conceptual que, oscureciendo la pantalla de la influencia ideológica, contribuye, de hecho, a reforzar los ideales dominantes. Esta trilogía está, también, en la base de las dos primeras condiciones de la relación terapéutica definida por Rogers.

La tercera condición define una actitud extremadamente significativa: *La actualización, el cambio, tienen tantas más posibilidades de producirse cuanto más expresa el terapeuta una cálida actitud de positiva aceptación respecto a lo que existe en su cliente. Ello significa que el terapeuta valora a su cliente por ser persona, con un sentimiento bastante análogo al de un padre respecto de su hijo (subrayado por mí, D. D.) al que aprecia*

como persona y no en función de su conducta particular en un momento dado (pág. 4). Para el cliente, precisa Rogers, ello entraña una *receptividad deliberada*; para el terapeuta, implica un *amor* hacia su cliente en el sentido del *agapé*, es decir, en el sentido teológico del término, un sentimiento no de posesión sino de respeto. Cuando se conoce la opinión de Rogers de que la entrevista debe realizarse sumergida en las delicias de un clima esencialmente educativo, uno no se extraña ya de esta forma de «paternalismo» promovida en las relaciones del consejero con su cliente. Se intuye que una cierta idea de la educación preside tales asertos; y que es, precisamente, una idea de educación «a la americana» la que se considera, aquí, como modelo de referencia. La carta citada por Rogers en ese mismo artículo lo confirma; se trata de una carta que le dirige uno de sus amigos terapeutas y en la cual se afirma que *la clave para comprender a un ser humano reside en la manera cómo sus padres le han considerado* y cita como ejemplo a Franklin Delano Roosevelt que empieza siempre sus mensajes radiodifundidos con estas palabras: «Amigos míos...», lo cual demuestra, evidentemente, que sus padres le amaron profundamente... Las mismas condiciones de éxito para una psicoterapia no directiva, tal como son definidas por Rogers, ponen de evidencia la importancia de una cierta idea básica de la educación: es necesario que los sujetos tengan una edad y una estabilidad suficientes; es necesario que el sujeto tenga una cierta independencia respecto del medio familia; es necesario que el sujeto sienta una profunda necesidad de ser ayudado; es necesario que sea capaz de dominar su situación dolorosa (Cf. Ch. Nahoum, *L'entretien psychologique*, pág. 70). Evidentemente, solamente una edu-

cación concebida, desde el principio, en los términos más «liberales» y afectuosos puede formar sujetos de este tipo. Las perturbaciones transitorias que sufran no son más que incidentes en el recorrido y se eliminarán rápidamente con el restablecimiento de las idílicas relaciones padre-hijo. La relación democrática del padre con el hijo o con la hija, en el acto de su repetición, constituye, a la vez, la consecuencia y la garantía de la educación democrática. El mal de que sufre el individuo, es el de ya no ser —aun sin saberlo— considerado como una «persona». La relación terapéutica, al instituir de nuevo, desde el principio, la relación interpersonal, al liberar la espontaneidad del consejero y del cliente, despertando su autenticidad profunda, no puede más que *recordar* al individuo su verdadero estatus, es decir, readaptarlo a la *idea* de sí mismo y de los demás que éstos, precisamente, se encargaron de hacerle olvidar, pero que el grupo desea vérsela mantener.

Esta es la *idea* que se esboza en la cuarta condición de la relación terapéutica :

*Cuando el cliente percibe, con un mínimo de intensidad, la autenticidad del terapeuta, la aceptación, la empatía que respecto de él experimenta, se puede, entonces, predecir la actualización y la modificación del comportamiento* (pág. 5).

En efecto, el éxito está supeditado a la percepción, hecha por el cliente, *de este cierto clima psicológico en el seno de la relación*. Y Rogers precisa que este clima no se produce ni como resultado del saber, ni por la formación profesional ni tampoco por la orientación en un cierto marco de pensamiento o de técnicas. Sólo la autenticidad, la sinceridad, el acuerdo, la comprensión empática, la cálida aceptación, la consideración positi-



va incondicional, asume la garantía del éxito completo del proyecto. En realidad, se comprende muy bien todo lo que esto significa: allí donde se establece una relación interpersonal llena de espontaneidad y de autenticidad no existe necesidad alguna de recurrir a los artificios del saber o de la técnica. No se trata sino de desarrollar la espontaneidad que cada uno lleva dentro de sí, no se trata sino de amar al prójimo. De este modo, el cliente puede, por su propia espontaneidad, *percibir las buenas disposiciones que se tienen respecto a él*. Está preparado para la «maduración psíquica».

La noción que se perfila tras este discurso personalista es la de «transparencia». Rogers confiesa haber pensado en este término para describir el «acuerdo»:

*Si todo lo que en mí se produce con respecto a la relación puede ser visto por mi cliente, si él «puede ver claro a través de mí» y si quiero realmente dejar transparentar esta autenticidad en nuestra relación entonces, puedo estar casi seguro de que esta relación será un encuentro significativo por el cual ambos nos enseñaremos algo, ambos nos actualizaremos* (pág. 3).

Al igual que Stern en el artículo citado anteriormente Rogers también justifica, sin lugar a dudas, «sus condiciones» mediante una cierta filosofía de la persona, cuyas premisas el terapeuta debería aceptar, a la vez que mediante una polémica contra una concepción esencialmente «manipuladora» de la psicología.<sup>4</sup> Lo que se discute es el respeto de la persona humana. Pero tal respeto no es posible, al parecer, si no es con la condición

4. Rogers escribe: "Es cierto que el profesional del *counseling* que considera a los individuos como objetos que hay que manipular para el bienestar del país, para el bien de un sistema de educación o para satisfacer su propia necesidad de poder y de control, no podría experimentar los componentes de la actitud que he descrito, como

de aceptar una doble transparencia: transparencia de derecho de las relaciones interpersonales en el seno del grupo social, transparencia de hecho de las relaciones sociales en el seno de las cuales los eventuales conflictos no expresarían, en último análisis, más que un «malentendido» en el sentido estricto. Todos somos hermanos, pero se da el caso de que lo olvidamos; éste sería el trasfondo de la moral rogeriana. De este modo, la entrevista, acudiendo a la espontaneidad de uno y de otro, se ofrecería como el verdadero modelo de las relaciones sociales, al mismo tiempo (Rogers confiesa que su práctica no puede proponerse la transformación de las relaciones de fuerza en el seno de la sociedad global) que, gracias a la energía así liberada, el individuo se halla de nuevo disponible para el grupo. Evidentemente, tiene derecho a convertirse en un peligroso revolucionario puesto que nadie se lo prohíbe explícitamente; pero, de hecho, la orientación misma de la cura, así como los ideales que la sustentan, le destinan más bien a seguir siendo lo que aprendió a ser, es decir, aquél que —«democráticamente»— no ve más que transparencia enmascarada, equivocación lamentable, en los feroces enfrentamientos de los que puede llegar a ser testigo. No existe la inocencia del concepto y la sustitución de la opacidad de las relaciones de clases por la transparencia de las relaciones humanas no se puede dar, sea cual sea la buena voluntad del sujeto, sin un presupuesto ideológico que intente, precisamente, enmascarar la situación real de los hombres en sus relaciones cotidianas.

---

fundamental, en una relación que quiere desarrollar la maduración psíquica. Así, estas condiciones cuadran bien dentro de ciertos contextos filosóficos, mientras que en otros no cuadran en absoluto" (art. cit., pág. 6).

## VI

El aspecto más llamativo de la evolución de la psicología moderna es, quizá, esa ampliación del punto de mira que conduce desde la detección de las aptitudes al diagnóstico de la personalidad.

En el inicio, se trata —por las necesidades propias de la sociedad industrial— de elaborar un método que permita detectar las actitudes específicas para tal o cual tarea. El concepto de aptitud, desde su aparición en la literatura psicológica, se muestra inseparable de dos conceptos correlativos —al igual que el de origen biológico—, a saber: el concepto de adaptación y el concepto de selección. Pero, en un mismo movimiento que expresa su finalidad, el concepto de aptitud está flanqueado por tres nociones (eficacia, productividad, rendimiento) que aparecen siempre, bajo una u otra forma, en la definición misma del concepto. El problema teórico esencial gira, desde este momento, en torno al carácter innato o adquirido de la aptitud, y ya hemos visto lo que había que pensar en relación a ello.

Pero la demanda terapéutica ha colocado el tren de la psicología moderna sobre raíles, paralelos en su origen, que conducen hacia un muy interesante sistema de agujas. Cuando los tests de personalidad vienen a reforzar el aparato de los tests de aptitud es, ciertamente, para completar el diagnóstico y poner todos los triunfos en las manos del observador y del experimentador; pero esta intervención, esta ampliación, tiene, también, un significado muy distinto: ya no se trata solamente de adaptar al hombre a su oficio o de mejorar, con técnicas adecuadas, el rendimiento industrial.

El acento se ha desplazado sensiblemente. El que

debe ser colocado en su puesto es, en este momento, el «ciudadano», sean cuales sean, por otra parte, sus aptitudes profesionales. Se trata de mejorar las «relaciones humanas», de prevenir —o, peor aún, de resolver— los conflictos que pudieran surgir en el seno de tal o cual grupo. Se trata de armonizar, allí donde sea posible, las relaciones entre personas de clase, pertenencia u origen distintos. En última instancia, se trata de devolver al redil del orden establecido a aquellos que, en acto o en pensamiento, quisieran apartarse, o se han apartado ya, de mil distintas maneras.

A veces el psicólogo lo dice aunque *de una manera especial*, es decir, sin llegar nunca a las últimas consecuencias, sin reconocer en la «utilización» el fundamento mismo de su teoría y de su práctica. Así, por ejemplo, Suzanne Pacaud en *La Sélection professionnelle* (P.U.F. 1959, pág. 22):

*Es evidente que en esta perspectiva la solución de los conflictos locales se hace cada vez más difícil y compleja. Por ello, la mejor fórmula para la empresa es esforzarse al máximo por evitarlos.*

*Esto explica por qué la adaptación del hombre a su trabajo, considerada desde el punto de vista psicomotor e incluso intelectual, se ha hecho menos urgente que el apaciguamiento, en el interior de la empresa, de los conflictos intra e interhumanos y de los conflictos entre los grupos. La demanda es menos el situar the righ man in the right place (el hombre preciso en su lugar preciso), que el elegir un miembro de la empresa capaz de integrarse en ella. Por consiguiente, los factores caracteriales y afectivos del comportamiento humano se adelantan hacia el primer plano de la actualidad.*

El concepto *de adaptación* se ha ido sustituyendo

progresivamente por el *de integración*, es decir: una adaptación reforzada, una adaptación total —sin error—, una adaptación de la personalidad global a la organización. Esta sustitución de la medida de toda la presunta dicotomía entre psicología experimental y psicología clínica, dicotomía cuidadosamente planteada por el psicólogo en la búsqueda de una imposible unidad para su disciplina. Y es que la unidad de la psicología no es de naturaleza científica: es una unidad *ideológica*.

Si la psicología moderna proyecta los elementos de una posible ideología de recambio es, precisamente, porque su aparato conceptual quiere poner en evidencia —en lugar de un eventual cambio del medio social insatisfactorio para el individuo— la necesidad de un cambio interno del individuo que está en conflicto con el medio social al que pertenece. La constelación conceptual encuentra su unidad ideológica a nivel del tema de la armonía preestablecida, cuyas evidentes implicaciones resulta inútil considerar por más tiempo. La psicología moderna, por sus mismas premisas ideológicas, puede aparecer, así, como una solución de recambio para la supresión de los conflictos sociales; en cierta medida representa —independientemente de la honestidad, del escrúpulo y de las opciones políticas de los psicólogos—, por su sentido mismo, una posible asfixia de la conciencia política.

No se nos interprete mal. No se trata de condenar en bloque las técnicas psicológicas por el hecho de que su eficacia práctica paralizaría su estatuto científico. Nadie puede negar que, en ciertos casos, el psicólogo presta servicios verdaderamente importantes, principalmente en el campo de la psicología escolar. Pero no se trata tampoco de hacer una burda distinción entre buen uso

y mal uso de las técnicas psicológicas considerando un aparato teórico neutro y sin orientación predeterminada; precisamente a esta distinción —o a la distinción simétrica— se limitan la mayoría de las críticas de los psicólogos que se preguntan por el estatuto de su disciplina. Sin poner en tela de juicio su propio fundamento constatan «desviaciones», «charlatanismos» diversos, aplicaciones «peligrosas», etc. (un ejemplo reciente lo tenemos en el libro de Marc Richelle: *Pourquoi les psychologues?*. Ed. Ch. Dessart, Bruxelles, 1968), de tal modo que sería función del psicólogo mismo, mediante una formación adecuada y la elaboración y vigencia de rigurosos códigos de deontología, hacer fracasar estas molestas desviaciones de una disciplina que es honesta por cuanto es científica.

Lo que pretendemos decir es algo muy distinto. Podríamos adherirnos, sin ningún otro preámbulo a la declaración de Marcuse según la cual en nuestras sociedades industriales, *el proceso de integración se desarrolla, en lo esencial, sin terror: la democracia consolida la dominación más firmemente que el absolutismo; la libertad administrada y la represión instintiva se convierten en fuentes incesantemente renovadas de la productividad* (*El hombre unidimensional*, Ed. de Minuit, 1968, pág. 7). Puesto que, la psicología científica, con la fusión de técnicas sutiles y una arquitectura conceptual relativamente estable (sean cuales sean, por otra parte, las diversas «teorías» elaboradas), realiza, en su mismo destino, este proceso de integración, participa de un cierto tipo de ideología cuyo punto más avanzado se mezcla con el reformismo. Cambiar al individuo *para no* cambiar el orden social —cambiar al individuo *con la esperanza de* cambiar el orden social: entre estos dos polos

se despliega el trabajo del psicólogo; en el interior de estos límites se sitúa el oficio de psicólogo. Consuelo o conservadurismo por un lado, reformismo por el otro. Con mucha frecuencia el psicólogo cree ser el servidor del hombre no siendo, en realidad, más que el servidor del ideal. La psicología, mito científico de los tiempos modernos, es también la actualización presente de una cierta trampa de la razón.

Si nunca se ha planteado verdaderamente el por qué de esa necesidad que la psicología tiene de declararse científica, es porque esta cuestión es, en el fondo, de mal gusto. En efecto, importa poco que la psicología científica sea posible o no, desde el momento en que es *necesaria* en el seno de un determinado sistema. Esta ignorancia de una de las categorías de la modalidad es ya en sí misma claramente reveladora: la psicología es necesaria porque es útil (al sistema). Y el olvido de la cuestión es la confesión indirecta del destino de la disciplina y, al mismo tiempo, el velado reconocimiento de su fundamento último. Los problemas de la objetividad, de la explicación, de la comprensión, etc., no son más que disfraces o arreglos —como se quiera— del olvido fundamental del *sentido* del proyecto desde su mismo origen.





# Conclusión



## EMPIRISMO Y POLÍTICA POSITIVA

No nos hemos movido, ciertamente, en el terreno en que es más patente la incidencia ideológica. La propaganda, la publicidad, la acción psicológica,<sup>1</sup> etc., a pesar de formar parte del campo de la psicología aplicada, han sido voluntariamente omitidas en la argumentación. La «tajada» hubiera sido demasiado hermosa y poco demostrativa. Era preferible dirigirse hacia aquella zona en que la psicología aparece como inocente, no criticada ni criticable.

El propósito de esta obra no ha sido hacer la apología de una «anarquía» cualquiera. Todos sabemos que el proceso de adaptación se ofrece como una necesidad, sea cual sea, por otra parte, la constitución del grupo. Todos sabemos que la enfermedad mental, y lo que de manera execrable se llama el «débil profundo», no son atributo de una sociedad particular. Todos sabemos, en fin, que la orientación escolar o profesional —en un marco realmente favorable— puede ser considerada como una cosa positiva. El psicólogo no es, pues, ni un «policía» del imperialismo, ni un «perro guardián» del

1. Ver, por ejemplo, en el "Analyse de l'action psychologique" de J. F. Le Ny, Cl. Flament, H. Wallon, en *La Nouvelle Critique*, febrero de 1959, n.º 103, págs. 145-174.

capitalismo, ni un ser inútil y vanidoso. Es un investigador, es quizá un trabajador honesto y perfectamente consciente de las dificultades con que tropieza. El elogio de los psicólogos escolares y de su extraordinaria vocación ya está hecho.

Pero el psicólogo —que se me perdone esta perogrullada— no es la psicología, como tampoco es el filósofo la filosofía, ni el químico la química. La disciplina psicológica —en la unión indisoluble de su teoría y de su práctica— se ha construido en el seno de una sociedad determinada para responder a ciertas exigencias, a la vez formuladas y no-formuladas, de tal sociedad. Participa estrechamente de los ideales de esta sociedad y no sólo es imposible —sin reforma interior— cambiar cualquier cosa que se proponga, sino que además todo cambio que se proyecte conduce, por una indefectible lógica interna, a un reforzamiento del sistema hasta elaborar le las premisas —en este mismo reforzamiento— de una ideología de recambio. Hay que discutir a este nivel. Ni más ni menos. No al nivel de las querellas de escuelas, o de personas, que no hacen más que enmascarar el verdadero problema. Hay en ello un proceso muy específico —no el único— que no es más que un posible destino de la ideología en su continuo hacerse, deshacerse, siempre, no obstante, a partir de algunas ideas» fuertemente articuladas en un sistema que manifiesta, de este modo, su insistencia.

No se trata pues, en absoluto, de condenar o de demoler para gozar luego del espectáculo de las ruinas y agotar en ello no sé qué emoción estético-sádica. Se trata más exactamente, y también más firmemente, de *comprender* y de tomar entonces, según las propias convicciones, las medidas necesarias. Toda vida tiende hacia la

muerte, pero toda vida también segrega su propia muerte como única ineludible. Ciertos aspectos de la psicología moderna son muy adecuados para el desarrollo de una crítica interna y externa a la vez; los estudios sobre el condicionamiento, por ejemplo, si bien pueden servir al propósito de un condicionamiento reforzado, pueden también servir —en el mismo proceso de investigación— para desenmascarar ciertas formas de «teledirección», incluso ideológica, y suscitar, así, el espectáculo esencial de una utilización penosa. Los estudios de psicología social de Postnam, Bruner, McGines sobre la evaluación perceptiva pueden señalar claramente el impacto de la explotación y de la alienación sobre el desarrollo de los procesos psíquicos y, así, a través de estudios básicamente psicológicos, contribuir a desenmascarar uno de los múltiples aspectos que reviste la alienación ideológica. Todo esto viene «por debajo mano», pero quizá es a esto a lo que hay que aferrarse si no se quiere naufragar en una forma inconsciente de aceptación pura y simplemente del *statu quo* y contribuir a su mantenimiento. En el arsenal psicológico, hay tan pocas armas de doble filo, que relegarlas al desván sería hacer gala de muy poca perspectiva. Pero, sin duda alguna, lo esencial sería una «reforma interior» que implicara un cambio radical de actitud. La psicología forma parte de las «ciencia del hombre» y preguntarse si es el hombre algo dado originariamente a una observación aséptica, o si no es más bien una cierta *imagen*, conjunto determinado e incluso predeterminado por una constelación ideológicamente asignable, no es una cuestión ociosa. En tal caso la idea de una «naturaleza humana» —implícitamente admitida por el discurso psicológico— debería situarse en otro lugar muy distinto al que estamos acos-

tumbrados a situarla. Freud había denunciado claramente esta ilusión de la inmediatez en un artículo de 1917, *Una dificultad del psicoanálisis* en el que describe los «tres duros golpes» asestados al narcisismo del hombre: con la revolución copernicana el hombre es expulsado del centro del universo y recibe así su primera humillación; Darwin, al no ver en él más que un derivado de las especies animales, le retira su corona de rey de la naturaleza y le inflige, al mismo tiempo, su segunda humillación; el último reducto —la creencia inquebrantable en el Yo informado de todo lo que en él ocurre, conocedor de todos sus móviles y todos sus intereses, dueño voluntario de su destino y de su personalidad— es reducido por el psicoanálisis, puesto que el hombre no es «señor en su casa», dado que el Yo, «núcleo de resistencias», no es más que el lugar imaginario en el que el sujeto se aliena. Un síntoma, dice Reich. Que el sujeto *no es* el centro de su discurso, que la conciencia *no es* transparencia de sí para sí misma, que la conciencia *no es* la medida con la que el hombre debe medirse, eso es lo que el psicoanálisis nos enseña. Esta es la ruptura expresada por Freud frente a la ideología psicológica; pero esta ruptura —reconozcámoslo— no está en absoluto consumada en la psicología de hoy. Todo sucede como si la psicología, que, por otra parte, reconoce gustosa las «cosas positivas» que se pueden sacar del freudismo, a pesar de sus «claras exageraciones», haya olvidado completamente —por una especie de acto fallido— el verdadero sentido de la revolución psicoanalítica, la mutación de su problemática y la construcción de su objeto: el inconsciente como estructura específica.<sup>2</sup>

2. Para convencerse de la prudencia y al mismo tiempo de la valentía, del método freudiano, guardándose a la vez del empirismo

Una psicología verdaderamente científica, exigiría, pues, un cambio radical de actitud. Hasta este momento, la psicología no se ha mostrado en sus manifiestos más como una «ciencia natural», dispuesta a rechazar, en el fondo común del animismo, consciencia e inconsciencia. Paradójicamente, a pesar de sus rechazos polémicos (a veces muy mesurados, es cierto), la psicología moderna se encuentra mucho más cerca de la psicología clásica y de su espíritu —a pesar de la mutación conceptual—, así como de algunos de sus prejuicios, que de una ciencia verdadera. La biología nos está informando continuamente sobre el comportamiento animal y humano a su nivel más «elemental» pero ya considerablemente estructurado. El «biologismo» que invade la psicología contemporánea —en lugar de conferirle su nivel científico— tiende más bien, como hemos visto ya, a paralizar el proyecto y a darle unas determinaciones ideológicas en las cuales la disciplina agota su contenido. Todos los conceptos psicológicos —por más que hayan salido de la ciencia biológica— toman, en este nuevo campo de investigación, una colaboración especial que las vehementes protestas de neutralidad científica no saben salvar.

Cambiar radicalmente de actitud significa dirigirse deliberadamente a la constitución de un objeto específico, al cual dará su estatuto la experimentación. Freud lo nombró; no hay por qué buscar más lejos. Pero «inspirarse» en Freud acogiendo algunas de sus «ideas», protestando contra sus «excesos», conduce a envilecer los conceptos, a pulirlos para hacerlos más presentables convirtiéndolos, por ejemplo, el inconsciente en una especie de

---

ingenuo y del realismo conceptual, basta con referirse al pequeño manifiesto epistemológico que inaugura los ensayos de *Metapsychologie* de 1915 (Gallimard, 1968, págs. 11-12).

infraconsciencia, sin tener en cuenta las advertencias del mismo Freud. Así, se reduce constantemente el alcance del golpe. Cambiar radicalmente de actitud supone además —para sacar a la luz la constitución fundamental del sujeto y denunciar al mismo tiempo el objeto de la psicología moderna como pregnancia de lo imaginario— reflexionar metódicamente sobre las posibilidades de una teoría de la ideología cuyos primeros jalones se vislumbran ya hoy en día, aquí y allá.

La psicología moderna peca por exceso de *empirismo*. Entendamos con ello la utilización de una teoría que no admite como punto de partida de la ciencia verdadera más que el dato, el hecho bruto, «lo que se dice como lo que hace», sin que esta percepción ingenua, sobre la que se basan las técnicas más elaboradas, se comprenda, en ningún momento, como algo distinto a la singularidad que, por sucesivas adiciones, permite elevarse a un hipotético universal. La proliferación del detalle, tanto a nivel cuantitativo como a nivel cualitativo, desde el momento en que se acepta en un movimiento apologético (se observa...), implica una idea de la objetividad que Bachelard denunció perfectamente en *La formation de l'esprit scientifique*, precisamente como precientífica e incluso como anticientífica. La ciencia no es un banco en el que se acumulan los «datos» y su diversidad como simples capitales. La idea de la objetividad que agota los contornos del objeto por medio de una incesante observación, debe ser sustituida por la idea de una objetividad, incluida en el proyecto mismo de la investigación, como aproximación dirigida por ciertas normas reconocidas. Pero esta mutación conceptual implica también una ruptura ideológica.

La psicología es, en muchos aspectos, prisionera de



la ideología empirista. Si la ruptura darwiniana ha sido integrada hasta el punto de haber transferido un modelo, el «tercer golpe duro» está lejos de haber sido aceptado y parece incluso, por razones por otra parte evidentes, que presenta un obstáculo que nadie desea realmente superar. No es de extrañar que la ideología empirista haya guiado las investigaciones en el seno de la disciplina; los nuevos conceptos importados de otras disciplinas, como el de aptitud, selección, adaptación etc..., lejos de romper con los conceptos clásicos de la psicología, no han hecho más que sobreañadirse proporcionando un matiz que el discurso filosófico por sí solo era incapaz de asumir, matiz que, por muchas razones, exigían las nociones profanas de rendimiento, productividad, éxito, eficacia y algunas otras (de las que el empirismo no es más que una de las varias traducciones).

Los presupuestos teóricos no reconocidos señalan —en su fundación de ignorancia— el carácter ideológico de la disciplina psicológica. Esta ignorancia es, al mismo tiempo, la condición de posibilidad de la misma *psicología* moderna que —sin ruptura ideológica— no podía constituirse *formalmente* como ciencia más que ratificando la no-necesidad del reconocimiento de su fundamento teórico. Esta ignorancia del principio no es, en el caso de la psicología moderna, un simple obstáculo epistemológico. Es constitutiva de la disciplina misma en tanto que se presenta —tal como hemos dicho— como colección de respuestas a una demanda social formulada, y como colección de respuestas a una cuestión inicial que *no podía* formular sin negarse a sí misma como proyecto científico.

Así es como la psicología moderna lleva a cabo el programa sansimoniano de la sociedad industrial, cu-

vos entendidos habrían elaborado la carta contra los metafísicos y los juristas.<sup>3</sup> Saint-Simon deseaba la elaboración de una política positiva, apartando del poder a metafísicos y juristas, ineptos para dirigir una sociedad industrial cuyos productores (de hecho los capitalistas) serían los únicos capaces de elaborar el programa. Al mismo tiempo deseaba la elaboración de una ideología que sirviera de base a la sociedad industrial. No es imposible que la psicología moderna haya respondido, en cierta medida, a este deseo y que hoy en día se ofrezca —y más se ofrecerá en el futuro— como el sustituto ideológico de cierta política positiva inalcanzable.

3. Saint-Simon escribe: “La antigua doctrina había encargado principalmente a los gobernantes dirigir; la nueva, debe darles como principal función la buena administración y, en consecuencia, debe llamar a la clase de ciudadanos más capacitada en lo administrativo para dirigir los asuntos públicos” (*Du Système Industriel*; París, en Antoine-Agoustin Renuard, 1821, pág. 140).

Y sigue: “Las antiguas doctrinas ya no pueden servir de base a la sociedad y, en consecuencia, cuanto más se sienta la importancia de un sistema de ideas generales, más ardentemente se debe desear que tal nuevo sistema sea organizado prontamente para remediar la decrepitud del antiguo, que ya no le permite ejercer ninguna función real” (ibid., pág. 236).

## ÍNDICE

Prólogo por RAMÓN GARCÍA . . . . .	7
Introducción . . . . .	21
1. El fundamento ideológico de la psicología. . . . .	37
2. Una ideología de recambio . . . . .	83
Conclusión . . . . .	153



## **Colección Argumentos**

### **Ensayo y Ciencias Humanas**

- 1 **Hans Magnus Enzensberger**  
**Detalles**
- 2 **Roger Vailland**  
**Laclos. Teoría del libertino**
- 3 **Georges Mounin**  
**Saussure. Presentación y textos**
- 4 **Barrington Moore, Jr.**  
**Poder político y teoría social**
- 5 **Paolo Caruso**  
**Conversaciones con Lévi-Strauss, Foucault y Lacan**
- 6 **Roger Mucchielli**  
**Introducción a la psicología estructural**
- 7 **Jürgen Habermas**  
**Respuestas a Marcuse**
- 8 **André Glucksmann**  
**El Discurso de la Guerra**
- 9 **Georges Mounin**  
**Claves para la Lingüística**
- 10 **Marthe Robert**  
**Acerca de Kafka. Acerca de Freud**
- 11 **Wilhelm Reich**  
**Reich habla de Freud**
- 12 **Edmund Leach**  
**Un mundo en explosión**
- 13 **Timothy Raison (New Society)**  
**Los padres fundadores de la ciencia social**
- 14 **Renato de Fusco**  
**Arquitectura como «mass medium»**  
**Notas para una semiología arquitectónica**

- 15 **Jean-Michel Palmier**  
**Introducción a Wilhelm Reich**  
**Ensayo sobre el nacimiento del freudo-marxismo**
- 16 **Wolfgang Abendroth y Kurt Lenk**  
**Introducción a la ciencia política**
- 17 **Gilles Deleuze**  
**Nietzsche y la filosofía**
- 18 **Joseph M. Gillman**  
**Prosperidad en crisis**  
**Crítica del keynesianismo**
- 19 **Giorgio C. Lepschy**  
**La lingüística estructural**
- 20 **Roland Barthes y otros**  
**La Teoría**
- 21 **B. Trnka y otros**  
**El Círculo de Praga**
- 22 **Gilles Deleuze**  
**Proust y los signos**
- 23 **Georges Mounin**  
**Introducción a la semiología**
- 24 **Didier Deleule**  
**La psicología, mito científico**

En preparación:

**Otto Jespersen**  
**La filosofía de la gramática**  
**Guy Rosolato**  
**Ensayos sobre lo simbólico**

## **Cuadernos Anagrama**

**Serie: Psicología**

**Dirigida por Ramón García**

- 5 **Louis Althusser**  
**Freud y Lacan**  
Jacques Lacan  
**El objeto del psicoanálisis**
  
- 18 **Ramón García**  
**Psicoanálisis y sociedad:**  
**apuntes de freudo-marxismo 1**
  
- 19 **Wilhelm Reich, Igor A. Caruso**  
**Psicoanálisis y sociedad:**  
**apuntes de freudo-marxismo 2**
  
- 23 **Robert Kalivoda**  
**Marx y Freud**
  
- 26 **R. Loreau, F. Gantheret, J. P. Sartre**  
**La institución del análisis**
  
- 33 **Franco Basaglia**  
**¿Psiquiatría o ideología de la locura?**

En este libro se pone en tela de juicio la pretendida «neutralidad» y «cientificidad» de la psicología moderna.

Deleule, partiendo —no explícitamente— de Marx y Freud, así como de ciertos aspectos de las críticas de Althusser y Marcuse, analiza críticamente las más diversas corrientes psicológicas: caracterología (Le Senne), conductismo (Watson), neoconductismo (Eysenck), psicoanálisis culturalista (Fromm), sociometría (Moreno), teorías personalistas (Stern), etc.

Su crítica, pues, se refiere a los dos polos entre los que oscila la psicología moderna: el que da por sentado que la psicología debe pedir prestado —y hacer suyo— el método a la ciencia biológica, y el que como reacción postula un mal entendido humanismo. Deleule quiere «buscar en el fondo mismo de la disciplina psicológica la idea de la ciencia y de la técnica que preside su organización».

A lo largo de su análisis, muestra lo ideológico de la psicología y sus cometidos fundamentales: el estudio de la selección, el aprendizaje y la motivación. Para decirlo con las palabras del autor: «la psicología, mito científico de los tiempos modernos, es al mismo tiempo la actualización presente de una cierta estrategia de la razón... la psicología es necesaria porque es útil al sistema».

BORRAR  
LIBROS  
QUEMAR  
LIBROS